

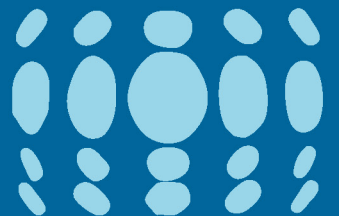


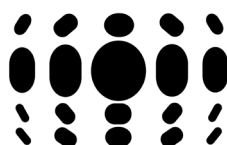
BOLLETTIN

46

Diciembre 2016

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA





Sociedad Chilena de Arqueología

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGÍA

(Periodo 2015-2016)

Directorio: Carolina Agüero, Gloria Cabello (Presidenta), Elisa Calás, Simón Urbina, Mauricio Uribe.

(Periodo 2016-2017)

Directorio: Gloria Cabello (Presidenta), Simón Urbina, Elisa Calás, Carolina Agüero y Daniela Valenzuela.

www.scha.cl

Editor: Roberto Campbell. Programa de Antropología, Instituto de Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile

Ayudantes de Edición: Antonia Escudero y Víctor Méndez.

Comité Editorial:

Carolina Agüero, Instituto de Arqueología y Antropología (IAA), Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile.

José Berenguer, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile.

Calogero Santoro, Instituto de Alta Investigación, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

Lorena Sanhueza, Departamento de Antropología, FACS, Universidad de Chile.

Juan Carlos Skewes, Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.

Robert Tykot, Department of Anthropology, University of South Florida, Florida, USA.

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología es una publicación anual fundada en 1984 y editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances, resultados, reflexiones y discusiones relativos a la investigación arqueológica nacional y de zonas aledañas.

Está indizado en *Anthropological Literature* y *Latindex-Catálogo*.

Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología..

Toda correspondencia debe dirigirse a editor Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, correo electrónico: schaboletin@gmail.com.

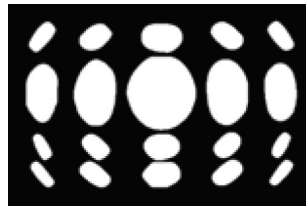
Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología

ISSN 0716-5730

Diciembre 2016

Impresión

www.EdicionesOnDemand.cl



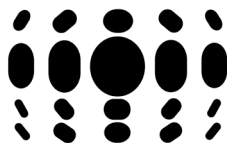
46 BOLETIN

Diciembre 2016

SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGIA

Índice

NUEVOS DATOS EN TORNO A LA OCUPACIÓN ALFARERA DE CUCHIPUY, CHILE CENTRAL Pablo Arenas, Johanna Jara, Javiera Bastías y Donald Jackson	7
SISTEMAS AGROHIDRÁULICOS EN EL LOA SUPERIOR: EL CASO DE TOPAÍN César Parceró-Oubiña, Pastor Fábrega-Álvarez, Andrés Troncoso, Diego Salazar, Frances Hayashida, César Borie y Mariela Pino	23
¿OCUPACIONES TARDÍAS DEL COMPLEJO CULTURAL BATO EN MAITENCILLO? IMPLICANCIAS PARA LA TRAYECTORIA HISTÓRICA DE LAS POBLACIONES DEL LITORAL DE CHILE CENTRAL Diego Salazar, Ignacia Corral, Paulina Corrales, Sebastián Avilés, Antonia Escudero, Daniela Estévez, Carola Flores, Cristobal Oyarzo y Camila Palma	43
INVESTIGACIÓN, CONSERVACIÓN Y EDUCACIÓN PATRIMONIAL COMO COMPENSACIÓN DE DAÑOS EN SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE BAHÍA ILQUE C. Rodrigo Mera, Doina Munita, Ricardo Álvarez, Christian García Riffo y Pablo García Riffo	71
MUSEALIZAR LA PREHISTORIA: PARQUE NATURALIA, QUILPUÉ, REGIÓN DE VALPARAÍSO Gabriela Carmona Sciaraffia	85
TRIBUNA	
NO NECESITAMOS FRONTERAS: COMENTARIOS TRES DÉCADAS DESPUÉS Benjamín Ballester	97
VOLVER A LOS 17, DESPUÉS DE VIVIR UN SIGLO Francisco Gallardo	104
LA FUERZA DE GRAVEDAD: COMENTARIO A “NO NECESITAMOS FRONTERAS: COMENTARIO TRES DÉCADAS DESPUÉS” DE BENJAMÍN BALLESTER Luis Cornejo	106
SENTIR QUE NADA ES IGUAL, PERO QUE TODO ES LO MISMO: DE LO SÓLIDO A LO LÍQUIDO EN LA ARQUEOLOGÍA CHILENA José Berenguer	107
COMENTANDO A BENJAMÍN BALLESTER Mario Rivera	115
NO SOY UN ARCOIRIS Benjamín Ballester	119



Editorial

Estimadas y estimados socios y lectores, el número 46 del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología que reposa en sus manos os llevará por temas tan diversos como las desdeñadas ocupaciones alfareras del sitio Cuchipuy de Chile Central (Arenas y coautores), los sorprendentes sistemas agrohídricos del Loa Superior en el Norte de Chile (Parcero-Oubiña y coautores), nuevos antecedentes sobre el Complejo Bato de la costa central chilena (Salazar y coautores), como también a la demandante vinculación e inserción del conocimiento arqueológico con la sociedad tanto en Chile Central (Carmona) y en el Sur de Chile (Mera y coautores).

Este número, por otra parte, reanuda a partir de un extemporáneo comentario (Ballester) -aunque en arqueología todo y nada es extemporáneo- el debate sostenido hace ya 30 años en las páginas de nuestro Boletín (números 5 de 1986 y 6 de 1987) respecto a las “Nuevas fronteras de la Arqueología”. Agradecemos a los participantes de aquel momento (Gallardo, Cornejo, Berenguer, Rivera) sus comentarios a esta contribución. Del mismo modo, esperamos que este sea el inicio de nuevas y fructíferas discusiones que, a diferencia de tantas otras, si queden registradas y quizás en espera también de futuros arqueólogos.

En otro sentido, comunicamos la alegre noticia del ingreso del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología al índice bibliográfico *Latindex*-Catálogo (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal). Este se suma a la indización que nuestro Boletín ya contaba en *Anthropological Literature*. Esta indización se hace efectiva desde este número y es testimonio del trabajo que hemos venido desarrollando desde 2012.

Aprovechamos de informar también que desde este número el Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología ha implementado el sistema “*ahead of print*” o de “versiones finales en prensa”. Es decir, tan pronto como un trabajo esté en su versión final esta estará disponible a los autores, no teniéndose que esperar a la publicación de un número para que dicho trabajo vea la luz.

Por último, nos sumamos a las celebraciones en razón de la publicación del nuevo “Prehistoria”, esta vez bajo el nombre de “Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas”. En este participaron más de 60 autores y una prueba más de cuanto ha cambiado nuestra disciplina en los últimos 30 años.

Roberto Campbell T.
Editor Boletín SCHA

Nuevos datos en torno a la ocupación alfarera de Cuchipuy, Chile Central

Pablo Arenas¹, Johanna Jara², Javiera Bastías³ y Donald Jackson⁴

Resumen

Las evidencias de las ocupaciones alfareras del sitio Cuchipuy, situado en la ex laguna de Tagua Tagua (Chile Central), muestran un contexto habitacional con entierros humanos y redundancia ocupacional asociada a la explotación de recursos terrestres y lagunares. El contexto presenta afinidades culturales con los niveles alfareros del cercano sitio de Santa Inés, así como con otros asentamientos de la localidad. La evidencia de obsidiana y moluscos marinos, muestra algún tipo de contacto con ambientes cordilleranos y la costa Pacífica, sugiriendo patrones de movilidad para el período Alfarero Temprano de Chile Central.

Palabras clave: Alfarero Temprano, subsistencia, afinidades culturales, Chile Central.

Abstract

Evidence gathered at the ceramic period occupations at Cuchipuy site, located in the former lake of Tagua Tagua (Central Chile), show a residential context with human burials and occupational redundancy in association to the exploitation of terrestrial and lake resources. The context presents cultural affinities with the pottery period levels of the closely located Santa Inés site, as well as with other settlements on the locality. The obsidian and marine mollusk evidences show some kind of contact with cordilleran and Pacific coast environments, suggesting mobility patterns for the Early Pottery Period of Central Chile.

Key Words: *Early Ceramic Period, subsistence, cultural affinities, Central Chile.*

El sitio de Cuchipuy, descubierto en 1978 al borde noreste de la antigua laguna de Tagua Tagua, en Chile Central (~34° S) (Figura 1), presenta una extensa secuencia ocupacional, ligada a sus singulares condiciones ambientales y a la abundancia de recursos bióticos, siendo habitada por grupos humanos desde finales del Pleistoceno.

Las primeras ocupaciones humanas en torno a la laguna se remontan a la transición Pleistoceno-Holoceno y corresponden a grupos cazadores de fauna extinta identificados en Tagua Tagua 1 y 2 (Montané 1968; Núñez *et al.* 1987, 1994). Posteriormente, sitios como Cuchipuy evidencian una serie de ocupaciones asociadas a enterratorios humanos datados entre los 9000 a 5500 años cal

1 Arqueólogo. parenasg88@gmail.com

2 Arqueóloga. jaraalfaro@gmail.com

3 Arqueóloga. javibastias@hotmail.com

4 Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Casilla 10115, Santiago. djackson@uchile.cl

A.P. aproximadamente (Kaltwasser *et al.* 1980, 1983, 1986a), mientras que los niveles superiores de Tagua Tagua 1 y 2 muestran ocupaciones contemporáneas, fechadas hacia los 7500 - 6500 años cal A.P. aproximadamente (Montané 1968; Núñez *et al.* 1994; Durán 1980). A finales del Holoceno, la secuencia local atestigua ocupaciones de cazadores-recolectores de amplio espectro económico en los sitios de Cuchipuy y Santa Inés, con fechas aproximadas entre los 4500 y 3500 años cal A.P. (Kaltwasser *et al.* 1983; Jackson *et al.* 2012).

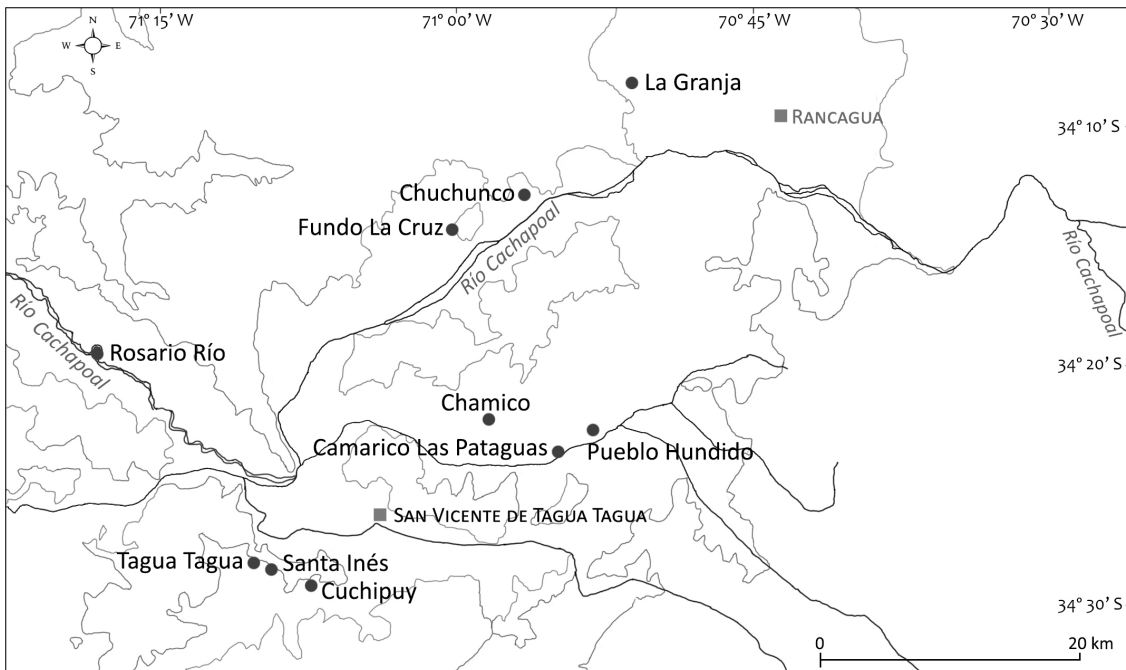


Figura 1 : Ubicación de Cuchipuy y de los otros sitios mencionados en el artículo.

Posteriormente, el área es ocupada por grupos alfareros datados entre los 640 y 1460 años d.C. aproximadamente (Kaltwasser *et al.* 1983, 1986a; Cáceres *et al.* 1994, 1995; Westfall *et al.* 2001). Para estos momentos se evidencian asentamientos habitacionales con ocupaciones más estables, a veces asociadas a entierros humanos, con una alfarería negra pulida y alisada de color café o rojizo. Dentro de este panorama, Cáceres *et al.* 1994, 1995 registró alfarería similar al complejo Llolleo en el sitio Rosario Río, ubicado en la cercana localidad de Peumo. En específico, se hallaron jarros negros pulidos y modelados antropomorfos, ollas con incisos reticulados y vasijas decoradas con hierro oligisto o incisión anular en la base del cuello, elementos que caracterizan la cerámica Llolleo (Falabella y Planella 1980; Sanhueza y Falabella 2009).

Por otro lado, desde una perspectiva más general, las últimas investigaciones realizadas en la cuenca del río Cachapoal han permitido afirmar una fuerte presencia del Complejo Llolleo, evidenciando ocupaciones cuyas fechas van desde los 500 a los 1.300 años d.C. y denominando al conjunto de sitios investigados (Fundo La Cruz, Pueblo Hundido y La Granja) como Agrupación Cachapoal (Sanhueza *et al.* 2006a; Sanhueza y Falabella 2009). Destaca dentro del grupo la alta presencia de vasijas con bordes reforzados, vasijas decoradas con hierro oligisto, incisiones anulares en la base del cuello y reticuladas oblicuas en el cuello. Aunque estos sitios manifiestan una fuerte presencia Llolleo, los investigadores han reconocido una alta heterogeneidad en el conjunto cerámico analizado en

comparación a otras agrupaciones, tales como Mapocho o Angostura/Cordillera de Rancagua, identificándose también en el área la presencia de otras unidades culturales contemporáneas, en sitios como Chuchunco en Doñihue y Chamico en el río Claro (Sanhueza *et al.* 2006a).

En este contexto, la nueva excavación realizada en el sitio de Cuchipuy, en conjunto con el análisis del material cultural y recientes dataciones, nos ha permitido llevar a cabo una caracterización adecuada de la ocupación del período Alfarero en el asentamiento, así como ha posibilitado identificar algunos elementos compartidos con otras ocupaciones tempranas de Chile Central.

Contexto Medioambiental

La zona donde se sitúa actualmente la ex laguna de Tagua Tagua (Provincia del Cachapoal, Región del Libertador Bernardo O'Higgins) presenta un ambiente caracterizado por un clima templado con lluvias invernales y una estación seca prolongada (Fuenzalida 1965), en la que la temperatura promedio anual es de 14,5° C y las precipitaciones alcanzan un promedio de 578 mm anuales (Luebert y Plischoff 2006). En estas condiciones, a nivel vegetal, destaca principalmente la existencia un “bosque esclerófilo mediterráneo andino de *Quillaja saponaria* y *Lithrea caustica*” (Luebert y Plischoff 2006), mientras que en los sectores más altos, en torno a la cuenca (500 msnm), se observan formaciones boscosas de *Nothofagus obliqua* y *N. glauca*.

Existen diversas descripciones que atestiguan la diversidad vegetal y faunística que albergó la laguna (Ovalle 1969 [1646]; Rosales 1877 [1670]; Darwin 2004 [1909]), y que caracterizaron un hábitat con abundantes recursos, especialmente para las ocupaciones humanas del Holoceno Medio y Tardío (Jackson *et al.* 2012). Una de estas descripciones nos revela su apariencia y rica biodiversidad:

“*Taguatagua, grande y bella laguna... Consiste en islas flotantes que cubren casi la mitad de la laguna y que, según la dirección de los vientos, la recorren de norte a sur o de oriente a poniente. Las visité con cuidado y después de examinarlas y estudiarlas bien, no he encontrado en ellas más que grandes montones de restos vegetales como convulvulos, pomageton, ranúnculos y sobre todo Typha arundo, y otras gramíneas, entrelazadas de mil maneras, y sobre las cuales aran otras plantas flotantes que, pudriéndose, depositan una especie de tierra extremadamente fértil, que se va aumentando más y más por la destrucción de otros vegetales que nacen entre ellas... Sobre estas islas llamadas chivin, por los habitantes, ponen sus huevos pájaros tan notables por su número como por su variedad, los cisnes (Cignus melancoryphys), los flamencos (Phoenicopterus chilensis), los chueques (Platalea ojaja), las garzas, los alcedos, las fúlicas, los ibis y una infinidad de otras especies nuevas, tanto para mí como para la ciencia..*” (Gay 1911 [1831]: 285).

Esta laguna se formó como parte de la antigua cuenca de Tagua Tagua, la que rodeada por un cordón montañoso genera una “rinconada” hacia su margen oriental de origen tectónico, donde la laguna correspondería a un área deprimida o fosa, cuyos depósitos estratigráficos muestran una unidad superior denominada “Formación Laguna de Tagua Tagua”, constituida por ocho miembros de origen lacustre (Varela 1976a, 1976b).

En específico, los archivos paleoambientales señalan que las ocupaciones humanas de los niveles alfareros de Cuchipuy se habrían desarrollado con posterioridad a un depósito arcilloso rico en diatomeas que reflejaría un lago profundo hacia los 6000 años cal AP (Valero Garcés *et al.* 2005).

De tal forma, como lo sugiere el análisis del techo del miembro 8, las poblaciones alfareras habrían aprovechado un ambiente con recursos predecibles y abundantes, dado por el aumento del nivel de la laguna bajo condiciones climáticas similares a las actuales, las que luego se hacen algo más frías y lluviosas, para luego retornar a características parecidas a las de hoy en día (Núñez *et al.* 1994).

Metodología de Estudio

Cuchipuy se encuentra ubicado a 10 km. al sur del pueblo de San Vicente de Tagua Tagua, al costado este de un cerro conocido como “El Cerrillo”. El asentamiento fue estudiado a fines de la década de 1970 y durante la década de 1980 a través de la excavación de cinco unidades. En este proceso se recuperó abundante material cultural y se reconoció una gran cantidad de enterratorios, a partir de lo cual el sitio fue definido como un cementerio conformado por cuatro capas culturales que iban desde los 8070 ± 100 años A.P hasta el 1320 ± 80 A.P (Kaltwasser *et al.* 1980, 1986a).

No obstante dicha definición, el análisis de las diferentes líneas de evidencia material ha sido más bien superficial, siendo necesario retomar el estudio de Cuchipuy a través de nuevas excavaciones que contemplen una mayor sistematicidad. Considerando esta situación, durante el año 2009 se procedió a realizar una nueva unidad de 2×2 m² en el sector este del sitio, denominada “Unidad 6”, tras lo cual se abordaría el análisis del material recolectado.

La excavación se realizó rebajando niveles de 10 cm., lo que abarcó todo el depósito, alcanzando una profundidad de 2,50 m., de los cuales los primeros cuatro niveles (40 cm.) presentan evidencia de una ocupación alfarera.

Todos los depósitos extraídos fueron tamizados en una malla de 3 mm, recuperando la totalidad de las evidencias culturales. Se describieron las características y el comportamiento de la estratigrafía, así como se tomaron muestras para dataciones por termoluminiscencia, permitiéndonos obtener dos nuevos fechados (TL) que se suman a los ya existentes para la ocupación alfarera del sitio.

El material cerámico se analizó consignando los atributos que nos permitieran caracterizar los fragmentos en términos morfológicos y tecnológicos. Para ello se identificó el tratamiento de superficie exterior (alisado, pulido y bruñido), espesor de paredes (delgado hasta 4, 9 mm, grueso entre 5 a 7,9 mm y muy grueso sobre 8 mm), tipo de inclusiones o pastas, y forma del fragmento. Para definir categorías morfológicas se utilizó la clasificación realizada por Shepard (1976), a partir de las variables de tamaño y forma, separando los fragmentos de acuerdo al sector de la vasija a la que pertenecieron (bordes, cuellos, puntos de unión cuello-cuerpo, asas, cuerpos y bases). En tanto, para hablar de “categorías de tamaño” se establecieron, según el diámetro de los bordes, los siguientes límites: vasija pequeña (diámetro de hasta 120 mm), vasija mediana (entre 120 y 180 mm) y vasija grande (superior a 180 mm).

El análisis de las pastas se realizó bajo los parámetros propuestos por Sanhueza (2004), según las características de los áridos (forma, tamaño y naturaleza de las inclusiones) para definir patrones. Estos patrones son asignables a unidades mayores o familia de pastas de acuerdo a su unidad geológica. Para medir el tamaño de los áridos se utilizó una tabla de rangos (Tabla 1).

Código	Tamaño real (mm)	Categoría
1	0,062 -0,125	Muy fino
2	0,125-0,250	Fino
3	0,250-0,5	Mediano
4	0,5-1	Grueso
5	1-2	Muy grueso
H	Sin medida	Tamaño muy heterogéneo

Tabla 1. Tamaño de las inclusiones.

Por otra parte, el conjunto lítico fue analizado, primero, identificando las materias primas utilizadas y luego los atributos técnicos (morfología, tecnología y dimensiones) de los derivados de núcleo y desechos de talla, con el objetivo de caracterizar al conjunto y determinar que fases de la cadena operativa están representadas. Así también, se definió y describió desde el punto de vista morfo-funcional (Bate 1971) aquellas categorías de instrumentos formales (Andrefsky 1998). Sobre la base de esta información se definió la estrategia tecnológica implementada (Nelson 1991).

En el caso de los restos arqueofaunísticos, se utilizaron dos niveles de reconocimiento: los “identificables”, aquéllos especímenes óseos asignables a un taxón y a una unidad anatómica determinada, y los “no identificables”; los que corresponden a elementos que no pudieron ser asignables a ninguna región esquelética. Posteriormente, se llevó cabo una determinación de taxones, y en los casos en que fue posible, una determinación de familia, género y especie. Para ello se utilizaron colecciones de referencia provenientes del Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales y del Laboratorio de Zoología de Vertebrados del Departamento de Ciencias Ecológicas, de la Facultad de Ciencias, de la Universidad de Chile.

Una vez clasificados los taxones del conjunto, se utilizó el criterio propuesto por Andrews (1990) para la discriminación entre fauna menor y fauna mayor, correspondiendo a la primera categoría todas las taxas que no sobrepasan los 5 kg. de peso. Luego se procedió a cuantificar la muestra en términos de índices de abundancia esquelética: NISP (Grayson 1984), MNI (Lyman 1994:1-9), MNE (Grayson 1984) y MAU (Binford 1984; Lyman 1994:1-9).

Finalmente, se llevó a cabo un análisis tafonómico, a través de la observación de los especímenes óseos en una lupa binocular con aumento de entre 10x y 60x, en el cual se consideraron tanto agentes naturales como culturales, tales como: acción de carnívoros (Binford 1981), acción de roedores (Andrews 1990), acción de raíces, meteorización (Behrensmeyer 1978), fracturas (Bonnichsen 1979), alteraciones térmicas (Meadow 1978; Brian 1981 en Velásquez 2004), y huellas de corte (Binford 1981).

Por otra parte, información adicional del conjunto de evidencias recuperadas en las excavaciones previas (Kaltwasser *et al.* 1980, 1983, 1986a, 1986b; Westfall *et al.* 2001) y la revisión parcial de algunas de ellas, han permitido precisar y ampliar la caracterización de la ocupación alfarera de Cuchipuy.

Resultados de la Investigación

El contexto y su cronología.

En todas las excavaciones realizadas en Cuchipuy se ha detectado una capa superior con evidencias atribuibles al período Alfarero. Nuestra investigación identificó una primera capa compuesta por un depósito de arcilla de color pardo claro, orgánico, semi compactada, mezclada con clastos angulosos y subangulosos asociados a restos de alfarería prehispánica y otros restos que incluyen los Niveles I, II y III (0-30 cm) y parcialmente el Nivel IV (30-40 cm). Este último nivel señala la transición, sin segregación estratigráfica, con la subsecuente ocupación del Arcaico Tardío.

El depósito cultural en su parte superior se encuentra removido y mezclado con materiales históricos sub-actuales (loza, vidrio, metal y tejas, entre otros), el resto presenta materiales prehispánicos que incluyen fragmentería cerámica, un reducido conjunto lítico, restos óseos y partículas de carbón.

La presente investigación aporta con dos nuevas fechas de termoluminiscencia, las que junto a dos fechas preexistentes (Kaltwasser *et al.* 1986a; Westfall *et al.* 2001), permiten tener cierta precisión cronológica de los eventos ocupacionales del Alfarero (Tabla 2). En particular, estas dos nuevas fechas (UCTL-2027 y UCTL-2028) corresponden a fragmentos de cerámica doméstica, alisada y monocroma, las que dieron un resultado consistente con el período Alfarero Temprano. Una de las fechas anteriores (Beta-¿?), esta vez radiocarbónica, asociada a cerámica y a un esqueleto, corresponde también al Alfarero Temprano. En tanto, la otra fecha preexistente (UCTL-1318), obtenida de un fragmento tubular atribuido a una pipa dio un resultado correspondiente al período Intermedio Tardío o Tardío (Westfall *et al.* 2001). Lo anterior sugiere diferentes eventos ocupacionales durante el Alfarero Temprano y al menos uno más tardío, aunque no diferenciables estratigráficamente.

Código Laboratorio	Descripción	Años A.P.	Rango de edad (con 2 sigmas)	Referencia
UCTL-1318	Nivel I	700 ± 80	1140-1460 d.C.	Westfall <i>et al.</i> 2001
Beta - ¿? (*)	Capa I	1320 ± 80	636-967 d.C.	Kaltwasser <i>et al.</i> 1986a
UCTL-2027	Unidad 6: Nivel II	1760 ± 170	90 a.C.-590 d.C.	Este trabajo
UCTL-2028	Unidad 6: Nivel III	1930 ± 190	300 a.C.-460 d.C.	Este trabajo

Tabla 2. Fechas ¹⁴C y TL del período Alfarero para el sitio Cuchipuy (*En la referencia no se señala el código de la muestra; fecha calibrada con el programa Calib 7.0 [Stuiver *et al.* 2005] usando la curva SHCal13 [Hogg *et al.* 2013]).

Las evidencias culturales.

En las excavaciones previas (Kaltwasser *et al.* 1980, 1983, 1986a, 1986b) de los niveles alfareros del sitio, se registraron fragmentos de cerámica de tipo temprana, algunos decorados y fragmentos de quíncha. En la nueva unidad, en tanto, se recuperó un total de 141 fragmentos cerámicos, los que presentan principalmente superficies exteriores alisadas y paredes de tamaños gruesos.

En todos los niveles se identificaron vasijas restringidas con cuello, tanto con superficies exteriores alisadas como pulidas. Para el Nivel I destaca la presencia de vasijas abiertas y vasijas restringidas trícromas (negro y rojo sobre crema), además de algunos fragmentos que presentan engobe naranja en sus superficies exteriores. Los fragmentos trícromos presentan un escobillado interior, rasgo tecnológico que sugiere una influencia incaica. Este tipo de fragmentos también ha sido registrado en el sitio Camarico Las Pataguas (comuna de Rengo), donde pese a sus características se postuló una adscripción preincaica, basado en una fecha por TL de 1.365 ± 90 años d.C., siendo vinculada a la Cultura Viluco del Centro Oeste argentino (Cáceres *et al.* 1993, 1995); mientras que los últimos estudios del material cerámico han sugerido una data incaica (Sanhueza *et al.* 2006b).

Las vasijas alisadas presentan bordes rectos y evertidos, perfiles inflectados y con asa cinta unida al borde, elementos que aluden a ocupaciones alfareras tardías. En el Nivel I se identificó una vasija de tamaño grande (200 mm) a diferencia del Nivel III en que se registró una vasija de tamaño pequeño (110 mm).

Con respecto a las características de las inclusiones, se observa un predominio claro de áridos volcánicos en todos los niveles del sitio, y escasos fragmentos con inclusiones graníticas (Tabla 3). Destaca la presencia de una mayor variedad de patrones cerámicos para el Nivel II, en comparación con el Nivel I en que sólo se registran fragmentos de origen volcánico. Los tamaños de los áridos se concentran bajo los 0,5 mm para los Niveles II, III y IV; y sobre los 0,5 mm para el Nivel I.

Finalmente, en algunos de estos elementos cerámicos fue posible identificar rastros de hollín en sus superficies.

En general, la evidencia alfarera sugiere la presencia no sólo de elementos adscritos al Alfarero Temprano, sino también del período Intermedio Tardío, e incluso de influencia incaica; estos últimos identificados en el Nivel I, principalmente.

Por otra parte, el conjunto lítico recuperado en los niveles alfareros se compone de 118 piezas, esencialmente derivados de núcleo, desechos de talla y algunas piezas modificadas. Entre estas últimas se identificaron lascas retocadas de basalto, además de una muesca de igual materia prima, una lasca de rejuvenecimiento de núcleo de andesita y una pequeña punta de proyectil triangular con aletas laterales, elaborada en obsidiana.

En el conjunto de derivados de núcleo y desechos de talla se identificó el uso de cinco materias primas: basalto, obsidiana, andesita, cuarzo y cristal de roca. Al mismo tiempo fueron reconocidas cinco categorías de derivados de talla, correspondientes a: lascas, láminas, fragmentos, desechos de desbaste bifacial y desechos de retoque.

Familia	Patrón	Nivel					
		I	II	III	IV	VI	Total
Bu	Bu2		1				1
	Bu3				2		2
Gr	Gr1		1				1
	Grb1		4				4
	Grb2			1			1
	Grb3		2	2			4
V	V1		1				1
	V2			3			3
	V3	3	10	12	5	1	31
	V4	11	8	4			23
	V5	5					5
	Vb1		1				1
	Vb2			2			2
	Vb3	2		3			5
	Vb4	3					3
	VG2	3	1				4
	VG3	26					26
	VG4	4					4
Total		57	29	27	7	1	121

Tabla 3. Frecuencia de familias y patrones de pastas, por Nivel.

A partir de esto, se constató un uso mayoritario del basalto (66,37%), especialmente en lascas correspondientes al 44,25% del conjunto de desechos, además de algunas láminas y fragmentos. En el caso de la obsidiana (24,78%), ésta se encuentra representada en todos los tipos de derivados, mientras que la andesita (7,08%) se identificó escasamente en lascas, fragmentos y algunas láminas. Finalmente el cuarzo (0,88%) y el cristal de roca (0,88%) sólo corresponden a fragmentería (Figura 2).

El 73,45% de los derivados y desechos no presenta corteza en su anverso, esto es particularmente significativo en el cuarzo y cristal de roca donde la totalidad de las piezas no tienen corteza, mientras que en la obsidiana (82,14%), la andesita (75%) y el basalto (69,33%), la ausencia de material cortical es proporcionalmente alta. Sólo esta última roca presenta un mayor porcentaje de lascas con corteza, algunas con un 100% de su cara dorsal cubierta, lo que es coherente con su procedencia local, mientras que en otras materias primas, más escasas localmente, como la andesita, o no locales como el cuarzo, el cristal de roca y la obsidiana, la presencia de material cortical es muy reducida o inexistente. En ese aspecto, al abordar la procedencia de las rocas utilizadas en Cuchipuy, el análisis de fluorescencia de rayos x realizado en muestras de obsidiana (Glascok 2010) ha evidenciado que la mayoría del material procede de Arroyo de Las Cargas, una fuente cordillerana ubicada dentro del complejo volcánico Planchón-Peteroa, mientras que en menor medida se habrían utilizado otras tres fuentes, hasta ahora desconocidas.

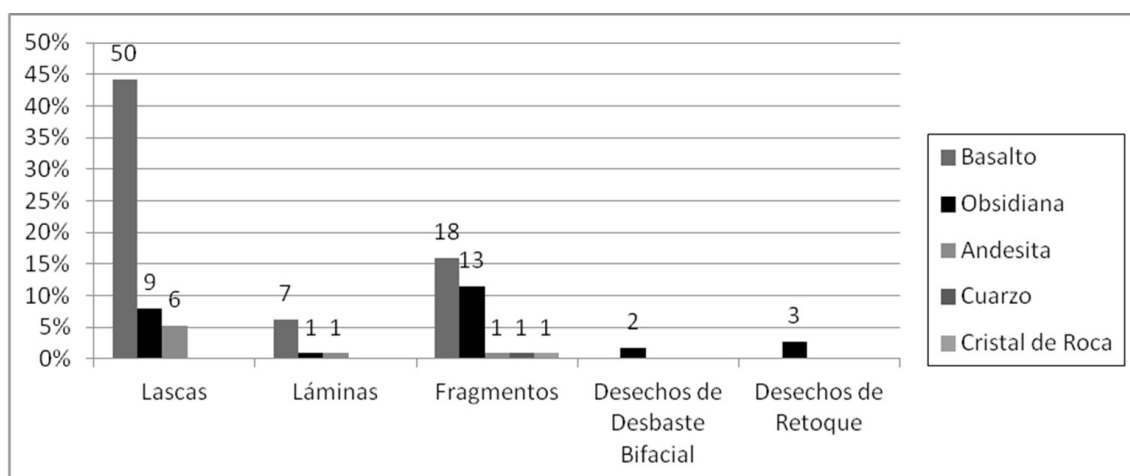


Figura 2. Frecuencia de materias primas en desechos líticos del período Alfarero.

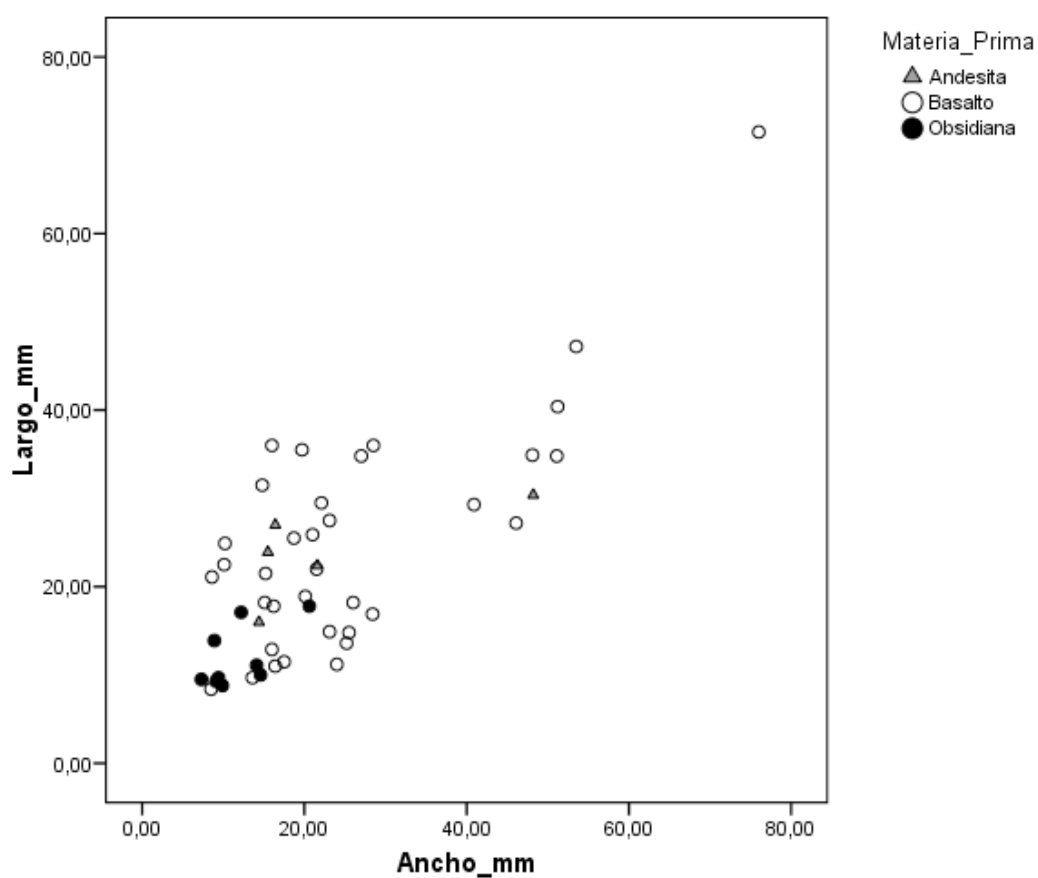


Figura 3. Tamaño de los desechos líticos del período Alfarero, según materia prima.

La información expuesta en torno a los tipos de desechos y los porcentajes de corteza, en conjunto con la dispersión del tamaño de estos derivados (Figura 3), sugieren que el basalto y la andesita representan fases iniciales de las cadenas operativas. Éstas se concentrarían en el desbaste de núcleos y el procesamiento de algunos instrumentos más bien informales, como lascas retocadas de función no definible, mientras que la obsidiana está representada por las fases intermedias y finales de la cadena operativa, al igual que el cuarzo y el cristal de roca. Esto es coherente con la presencia local y no local de dichas materias primas, y sugiere una estrategia tecnológica más bien expeditiva con las materias primas locales, mientras que con las no locales se priorizó una estrategia de tipo curatorial, especialmente en instrumentos bifaciales.

Efectivamente, sobre el basalto se encuentra la totalidad de lascas modificadas de función no definible (40% del conjunto instrumental), además de un artefacto en “muesca”, mientras que se utilizó obsidiana en la manufactura de la punta de proyectil hallada. Una revisión de los instrumentos formales recuperados en las excavaciones previas (Kaltwasser *et al.* 1980, 1986a) atestigua puntas de proyectiles apedunculadas elaboradas esencialmente en obsidiana, además de algunas sobre basalto y toba. También esta revisión señaló la presencia de manos de moler ovoidales, piedras horadadas, así como algunos núcleos, cepillos e instrumentos informales, probablemente utilizados como cuchillos y raspadores (Figura 3 y 4).

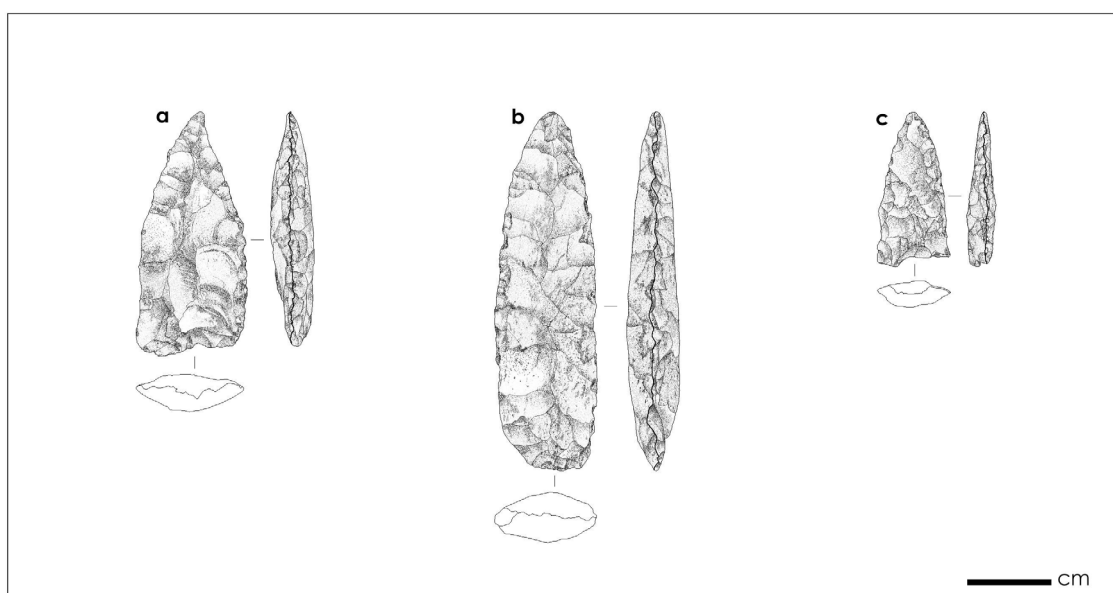


Figura 4. Puntas de Proyectiles triangulares y lanceoladas (Primera excavación [Kaltwasser *et al.* 1980, 1986a]).

El conjunto faunístico, en tanto, consta de 635 especímenes óseos que incluyen restos de fauna menor –particularmente aves, anfibios y roedores–, fauna mayor, especímenes “no identificables” y fragmentos mínimos. La mayor representatividad del conjunto se registra en la fauna menor, alcanzando un 75,3% de la muestra, seguida por los elementos “no identificados”, representados con un 19%, y finalmente la fauna mayor, con un 5,5%. Esta información se condice con los datos generados durante las primeras excavaciones del sitio, en las que se registró una alta representatividad para las taxas menores, especialmente aves y anfibios (Kaltwasser *et al.* 1986a).

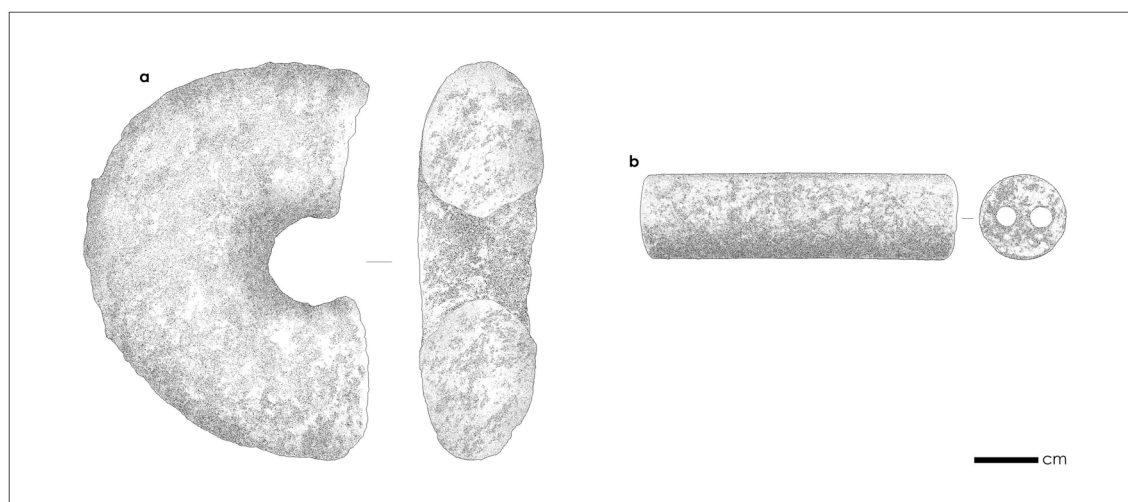


Figura 5. Artefactos líticos (Primera excavación [Kaltwasser *et al.* 1980, 1986a]).

Respecto a los taxones analizados en la nueva unidad, se identificaron las siguientes especies: en la categoría fauna menor, específicamente en el caso de las aves, fue posible distinguir la especie *Fúlca Rufifrons*, conocida como “Tagua de frente roja”, del género *Fúlca*, familia *Anatidae*. En el caso de los anfibios, se logró identificar la especie *Calyptocephalella gayi*, conocida como la “rana chilena”, endémica del centro de Chile (Jiménez-Huidobro *et al.* 2009) y, finalmente, con respecto a los roedores y la fauna mayor, se determinó la presencia de la familia Muridae, y el orden Perissodactyla y Artiodactyla, respectivamente.

Cabe mencionar que el NISP y el MNI reflejan una preponderancia de las taxas de roedores y anfibios (Tabla 4).

	Roedores		Aves		Anfibios	
Nivel/Índice	NISP	MNI	NISP	MNI	NISP	MNI
Nivel I	15	3	2	1	3	1
Nivel II	3	1	1	1	0	0
Nivel III	31	5	17	4	138	11

Tabla 4. NISP y MNI correspondiente a los niveles del período Alfarero.

Los resultados del análisis tafonómico muestran que una de las modificaciones naturales mayormente representadas en el conjunto faunístico es la acción de raíces, sobre todo en los restos de aves y anfibios. Otra de las alteraciones que muestra una alta representatividad en los tres taxones analizados es la presencia de fracturas, tanto frescas como no frescas.

En tanto, es necesario señalar que las modificaciones culturales preponderantes son las alteraciones térmicas, lo que se refleja, especialmente, en la presencia de especímenes de fauna menor quemados y calcinados. Con ello se evidenciaría el aprovechamiento de estas pequeñas especies lagunares durante el período señalado. Si bien, tafonómicamente, las huellas que se vinculan de forma más

directa con la acción antrópica –como las huellas de corte– tienen una baja representatividad en el conjunto, no podemos descartar una utilización culinaria de estos, dado que el tamaño de las taxas posibilita el consumo sin necesidad de llevar a cabo acciones de corte, documentándose incluso su ingesta mediante cocción sin previo trozamiento, principalmente en el caso de roedores (Salemme *et al.* 2012; Santiago 2004). Así también, es posible pensar que la explotación de estos recursos no necesariamente esté relacionada con aspectos culinarios, en cuanto podría tratarse de un aprovechamiento con “objetivos alternativos”; como por ejemplo, la obtención de dientes o plumas (Hesse 1984; Prates 2009; Prates y Acosta 2010).

Por otra parte, en las excavaciones previas de los niveles alfareros (Kaltwasser *et al.* 1986a), se registró la presencia de moluscos dulceacuícolas (*Diplodon chilensis*) procedentes de la laguna de Tagua Tagua y moluscos marinos (*Concholepas concholepas*, *Protothaca thaca*, *Olivia peruviana* y *Argopecten purpuratus*), los que atestiguan algún tipo de contacto con la costa. Junto a estas evidencias también se menciona la existencia de algunos artefactos elaborados sobre hueso y trozos de hierro oligisto, además de restos dispersos de entierros humanos, identificándose al menos seis individuos, dos de los cuales presentan índices craneanos definibles como braquicráneos, lo que los diferencia de aquellos dolicochráneos hallados en los niveles arcaicos (Kaltwasser *et al.* 1980).

Discusión y Conclusiones

Las evidencias registradas en el contexto estudiado, asociado a la información generada a través de los dos nuevos fechados (TL) y de la fecha radiocarbónica preexistente (Kaltwasser *et al.* 1986a), sugieren un campamento habitacional ocupado por grupos humanos del período Alfarero Temprano en más de una ocasión. Así también, el anterior fechado TL (Westfall *et al.* 2001), en conjunto con algunos de los fragmentos cerámicos del Nivel I, atestiguan una ocupación posterior de Cuchipuy, ligada al período Intermedio Tardío y/o Tardío.

Las escasas evidencias culturales contrastan con la redundancia ocupacional, indicando un campamento ocupado sólo ocasionalmente y en forma estacional, lo que podría estar vinculado con patrones de movilidad que articulan ambientes cordilleranos y costeros con el valle central. La laguna de Tagua Tagua estaría equidistante entre dichos ambientes y reúne condiciones favorables y predecibles para los asentamientos humanos.

El material encontrado sugiere que estos grupos humanos ocuparon el asentamiento orientado a la explotación de recursos terrestres, incluyendo la recolección de vegetales (Rojas 1991) y, particularmente, aprovechando los recursos lacustres, como ranas (*Calyptocephalella gayi*), algunas especies de aves como la tagua de frente roja (*Fulica Rufifrons*) y moluscos dulceacuícolas (*Diplodon chilensis*). La presencia de hollín en fragmentos cerámicos permitiría afirmar la utilización de algunas vasijas para la elaboración de sus alimentos.

La tecnología lítica fue simple, con énfasis en una estrategia de corte expeditiva, utilizándose numerosas lascas de materia prima local como instrumentos de filos vivos. Paralelamente se habría adoptado una estrategia tecnológica curatorial sobre materias primas locales y extra-locales, siendo enfocada especialmente en la elaboración de puntas de proyectiles triangulares apedunculadas.

Por otro lado, la alta presencia de áridos volcánicos en las vasijas cerámicas nos permiten sugerir radios acotados de obtención de materias primas, o una adquisición a nivel local fácilmente localizable en lechos de río.

En tanto, la actividad de molienda está representada en el hallazgo de manos de moler, vinculándose al procesamiento de vegetales y a la elaboración de pigmento a partir de trozos de hierro oligisto, los que se han encontrado en el contexto. Dichos elementos, en conjunto con los instrumentos líticos y algunos artefactos de hueso, muestran similitudes con los niveles alfareros del sitio de Santa Inés, con el cual Cuchipuy en algún momento fue relativamente sincrónico (Jackson *et al.* 2012).

En relación a la adscripción cultural del asentamiento, el conjunto alfarero de los Niveles II, III y IV muestra afinidades con el complejo cultural Llolleo, considerando principalmente la alta frecuencia de áridos volcánicos. No obstante ello, en Cuchipuy no se identifican todos los elementos que nos permitan definir este primer momento alfarero del sitio como Llolleo. Aún más, la presencia de vasijas alisadas de paredes delgadas y gruesas, y en menor medida de vasijas pulidas de paredes delgadas nos sugiere una afinidad con los grupos alfareros del PAT en general. El conjunto lítico, en tanto, evidencia la adopción no sólo de una estrategia tecnológica expeditiva, identificada usualmente en los sitios Llolleo, si no que presenta además una estrategia de tipo curatorial, especialmente implementada en relación a la obtención y uso de la obsidiana. Por lo tanto, tomando en consideración estos datos, nos sumamos a la propuesta de Sanhueza *et al.* 2006a y proponemos a Cuchipuy como parte de otras unidades PAT, apoyando la idea de la existencia de una gran diversidad cultural en la zona.

Finalmente, el análisis comparativo entre sitios cercanos y contemporáneos, como Santa Inés, Parcela 127 y Camarico Las Pataguas, en conjunto con el estudio de los materiales recuperados en Cuchipuy por investigaciones anteriores, nos permitiría definir más claramente la relación de este sitio con las diferentes unidades identificadas al norte y al sur del Cachapoal. Aun así, todos los antecedentes sugieren que la laguna de Tagua Tagua fue un polo de atracción para la instalación de asentamientos humanos durante el Alfarero Temprano, situación que, además, se habría mantenido en los períodos más tardíos.

Agradecimientos. Esta investigación forma parte del proyecto A/023587/09 del Programa de Cooperación Interuniversitaria e Investigación Científica (Secretaría de Cooperación Internacional, España) entre la Universitat Rovira i Virgili (Tarragona) y la Universidad de Chile.

Referencias Citadas

- Andresfky, W. 1998. *Lithic: macroscopic approaches to analysis*. Cambridge Manuals in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- Andrews, P. 1990. *Owls, caves and fossils: predation, preservation and accumulation of small mammals bones in caves, with analysis of the Pleistocene cave faunas from Westbury-sub-Mendip, Somerset, UK*. Natural History Museum Publications, London.
- Bate, F. 1971. Material lítico: Metodología de Clasificación. *Noticiario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 181-182:3-24.

- Behrensmeyer, A. 1978. Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 4(2):150-162.
- Binford, L. 1981. *Bones: ancient men and modern myths*. Academic Press, New York.
- Binford, L. 1984. *Faunal remains from Klasies River Mouth*. Academic Press, New York.
- Bonnichsen, R. 1979. *Pleistocene bone technology in the Beringian Refugium*. National Museum of Man Mercury Series, Archaeological Survey of Canada No. 89. National Museums of Canada, Ottawa.
- Cáceres, I., E. Aspillaga, A. Deza y A. Román. 1993. Un sitio Agroalfarero tardío en la cuenca del río Cachapoal, Chile Central. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Boletín del Museo Regional de la Araucanía* 4, Tomo II, pp. 423-428. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Temuco.
- Cáceres, I., C. Westfall, P. Miranda y C. Carrasco. 1994. Rosario Río: Un asentamiento Cerámico Temprano en Peumo (río Cachapoal - Chile Central). *Actas de II Taller de Arqueología de Chile Central*. <http://www.arqueologia.cl/actas2/caceresetal.pdf> (1 febrero 2016)
- Cáceres, I., F. Gallardo y P. Miranda. 1995. Prehistoria, asentamiento y paleoecología en la cuenca del Río Cachapoal, Chile Central: Un balance regional. *Gaceta Arqueológica Andina* 24:173-193.
- Darwin, C. 2004 [1909]. *The voyage of the Beagle*. Barnes and Noble, New York.
- Durán, E. 1980. Tagua Tagua II, Nivel de 6.130 años: Descripción y relaciones. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 37:75-86.
- Falabella, F y M.T. Planella. 1980. Secuencia cronológico cultural para el sector de desembocadura del río Maipo. *Revista Chilena de Antropología* 3:87-107
- Fuenzalida, V. 1965. Biogeografía. *Geografía económica de Chile*. Corfo, Santiago.
- Gay, C. 1911[1831]. Memoria de 20 de marzo de 1831 dirigida a la Comisión Científica Chilena. *Don Claudio Gay; Su vida y sus obras*. Editado por D. Barros Arana, Tomo XI, pp. 285-295. Imprenta Cervantes, Santiago.
- Glascok, M. 2010. *X-Ray Fluorescence Analysis of Obsidian Artifacts from sites in Chile*. Manuscrito en posesión del autor.
- Grayson, D. 1984. *Quantitative zooarchaeology: topics in the analysis of archaeological faunas*. Academic Press, Orlando.
- Hesse, B. 1984. Archaic exploitation of small mammals and birds in northern Chile. *Estudios Atacameños* 7:42-49.
- Hogg, A., Q. Hua, P. Blackwell, M. Niu, C. Buck, T. Guilderson, T. Heaton, J. Palmer, P. Reimer, R. Reimer, C. Turney y S. Zimmerman. 2013. SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0-50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4):1889-1903.
- Jackson, D., E. Aspillaga, X. Rodríguez, D. Jackson, F. Santana y C. Méndez. 2012. Las ocupaciones humanas del sitio arqueológico de Santa Inés, Laguna de Tagua Tagua, Chile Central. *Revista Chilena de Antropología* 26:151-168.
- Jiménez-Huidobro, P., C. Gutstein, M. Sallaberry y D. Rubilar-Rogers. 2009. Anuros del pleistoceno de Chile central. *Libro de resúmenes XXIV Jornadas Argentinas de Paleontología de Vertebrados*, pp. 39. Asociación Paleontológica Argentina, San Rafael.
- Kaltwasser, J., A. Medina y J. Munizaga. 1980. Cementerio del Período Arcaico en Cuchipuy. *Revista Chilena de Antropología* 3:109-123.
- Kaltwasser, J., A. Medina y J. Munizaga. 1983. Estudio de once fechas de R.C. 14 Relacionadas con el hombre de Cuchipuy. *Boletín de Prehistoria de Chile* 9:9-13.
- Kaltwasser, J., A. Medina, E. Aspillaga y C. Paredes. 1986a. El hombre de Cuchipuy: Prehistoria de Chile Central en el Período Arcaico. *Chungará* 16-17:99-105.

- Kaltwasser, J., A. Medina, E. Aspillaga e I. Cáceres. 1986b. *El Hombre de Cuchipuy. Breve información*. Ilustre Municipalidad de San Vicente de Tagua-Tagua.
- Lyman, R.L. 1994. *Vertebrate taphonomy*. Cambridge Manuals in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- Luebert, F y P. Plischoff. 2006. *Sinopsis bioclimática y vegetal de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Montané, J. 1968. Paleo-indian remains from Laguna Taguatagua, Central Chile. *Science* 161:1137-1138.
- Nelson, M. 1991. The study of technological organization. En *Archaeological method and theory*, Vol. 3. Editado por M. Schiffer, pp. 57-100. University of Arizona Press, Tucson.
- Núñez, L., J. Varela y R. Casamiquela. 1987. Ocupación paleoindia en el Centro-Norte de Chile: Adaptación circunlacustre en las tierras bajas. *Estudios Atacameños* 8:142-185.
- Núñez, L., J. Varela, R. Casamiquela, V. Schiappacasse, H. Niemeyer y C. Villagrán. 1994. Cuenca de Taguatagua en Chile: El ambiente del Pleistoceno Superior y ocupaciones humanas. *Revista Chilena de Historia Natural* 67:503-519.
- Ovalle, A de. 1969 [1646]. *Histórica relación del Reyno de Chile*. Instituto de Literatura Chilena, Santiago.
- Prates, L. 2009. El uso de recursos por los cazadores-recolectores posthispanicos de la Patagonia Continental y su importancia arqueológica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXIV*: 201-229.
- Prates, L. y C. Acosta. 2010. Las aves de los sitios arqueológicos del Holoceno Tardío de Norpatagonia, Argentina. Los sitios Negro Muerto y Angostura 1 (Río Negro). *Archaeofauna* 19:7-18.
- Rojas, G. 1991. Posibilidades de alimentación vegetal del hombre de Cuchipuy. *Revista Chilena de Antropología* 10:25-35.
- Rosales, D de. 1877 [1670]. *Historia general del Reyno de Chile*, Tomo I. Imprenta del Mercurio, Valparaíso.
- Salemme, M., P. Escosteguy y R. Frontini. 2012. La fauna de porte menor en sitios arqueológicos de la región pampeana, Argentina. Agente disturbador vs. recurso económico. *Archaeofauna* 21:163-185.
- Sanhueza, L. 2004. *Estilos tecnológicos e identidades sociales durante el período Alfarero Temprano en Chile central: una mirada desde la alfarería*. Tesis para optar al grado de Magister en Arqueología. Universidad de Chile, Santiago.
- Sanhueza, L., F. Falabella, L. Cornejo y M. Vásquez. 2006a. Período Alfarero Temprano en Chile Central: Nuevas perspectivas a partir de estudios en la cuenca de Rancagua. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Tomo I, pp. 417-426. Ediciones Kultrún, Valdivia.
- Sanhueza, L., E. Latorre, I. Correa y C. Cornejo. 2006b. Ocupaciones Tardías en la cuenca de Rancagua. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Tomo I, pp. 427-437. Ediciones Kultrún, Valdivia.
- Sanhueza, L., y F. Falabella. 2009. Descomponiendo el Complejo Llolleo: Hacia una propuesta de sus niveles mínimos de integración. *Chungará* 41(2):229-239.
- Santiago, C. 2004. Los roedores en el “menu” de los habitantes de Cerro Aguará (provincia de Santa Fé): su análisis arqueofaunístico. *Intersecciones en Antropología* 5:3-18
- Shepard, A. 1976. *Ceramics for the archaeologist*. Carnegie Institution of Washington, Washington, D.C.
- Stuiver, M., Reimer, P.J., Reimer, R.W. 2005. CALIB 5.0. [WWW program and documentation], <http://intcal.qub.ac.uk/calib/manual/> (1 febrero 2016)

- Valero-Garcés, B., B. Jenny, M. Rondanelli, A. Delgado-Huertas, S. Burns, H. Veit y A. Moreno. 2005. Palaeohydrology of Laguna de Tagua Tagua (34° 30' S) and moisture fluctuations in Central Chile for the last 46 000 yr. *Journal of Quaternary Science* 20(7-8):625-641.
- Varela, J. 1976a. Geología del Cuaternario de la Laguna de Taguatagua (Prov. de O'Higgins). *Actas del I Congreso Geológico*, pp. 81-112. Universidad de Chile, Santiago.
- Varela, J. 1976b. *Estudio estratigráfico-sedimentológico de los depósitos de Laguna Taguatagua. Provincia de O'Higgins*. Tesis de prueba para optar al título de geólogo. Universidad de Chile, Santiago.
- Velásquez, H. 2004. Método para estudiar huesos de animales en sitios arqueológicos: ventajas y problemas. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 Volumen Especial, Tomo I, pp. 349-359. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Westfall, C., I. Cáceres y A. Román. 2001. Nuevos fechados del Período Cerámico en la Ex-Laguna de Tagua Tagua, Chile Central. *Werkén* 2:37-46.

Sistemas Agrohidráulicos en el Loa Superior: el caso de Topaín

César Parceró-Oubiña¹, Pastor Fábrega-Álvarez², Andrés Troncoso³, Diego Salazar⁴,
Frances Hayashida⁵, César Borie⁶ y Mariela Pino⁷

Resumen

Durante el período Intermedio Tardío las comunidades del Loa Superior desarrollaron amplios proyectos agrohidráulicos orientados a la ampliación de la producción agrícola en un ambiente desértico. En este trabajo caracterizamos el sistema agrohidráulico del poblado de Topaín, el que habría estado en funcionamiento en el período Intermedio Tardío. A partir de un registro espacial, estratigráfico y formal, evaluamos la secuencia de construcción y funcionamiento de este sistema a lo largo del tiempo. Los resultados muestran un proceso de transformación de este sistema orientado a un manejo más eficiente del agua y un aumento en la cantidad de espacios irrigados. Estas transformaciones son hipotetizadas en el contexto de las dinámicas sociales de las comunidades prehispanicas de la localidad.

Palabras Claves: Desierto de Atacama, Loa Superior, Topaín, Período Intermedio Tardío, Sistemas Agrohidráulicos, Manejo del agua.

Abstract

During the Late Intermediate Period, the communities of the Upper Loa basin developed extensive irrigation projects to expand agricultural production in a desert environment. Here, we characterize the agrohydraulic system of the site of Topaín, which functioned during the Late Intermediate and Late Periods. Spatial, stratigraphic, and formal characteristics are used to evaluate the sequence of construction and functioning of this system through time. The results show a process of transformation oriented towards the efficient management of water and the expansion of the irrigated lands. These transformations are hypotetized in terms of the social dynamics of the prehispanic communities at the site.

Key Words: Atacama Desert, Upper Loa, Topaín, Late Intermediate Period, Agrohydraulic systems, water management.

1 Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), España. cesar.parceró-oubina@incipit.csic.es

2 Instituto de Ciencias del Patrimonio (Incipit), Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), España. pastor.fabrega-alvarez@incipit.csic.es

3 Departamento de Antropología, Universidad de Chile. atroncos@uchile.cl

4 Departamento de Antropología, Universidad de Chile. dsalazar@uchile.cl

5 Department of Anthropology, University of New Mexico, Estados Unidos. Correo.e:fmh@unm.edu

6 Profesional Independiente. cesarborie@gmail.com;

7 Profesional Independiente. marielitapino@gmail.com

Una de las principales transformaciones que se reconocen con el desarrollo del período Intermedio Tardío (ca. 950 – 1450 d.C.) en los Andes Circumpuneños es la aparición y desarrollo de grandes poblados amurallados asociados a extensos sistemas agrohidráulicos que denotan tanto una importancia de las prácticas agrícolas, como una fuerte inversión laboral por parte de estas comunidades en la construcción y mantenimiento de estas obras de ingeniería que abarcan complejos sistemas de terrazas, andenes, canales y acequias (p.e. Adán y Uribe 1995; Muñoz y Chacama 2006; Nielsen 2002; Schiappacasse *et al.* 1989). En el caso del norte de Chile, esta situación ha sido ampliamente documentada en Atacama (Cf. Adán y Uribe 1995; Aldunate y Castro 1981; Pollard 1970; Santoro *et al.* 1998; Uribe *et al.* 2002), al igual que en las quebradas de Tarapacá (Cf. Adán *et al.* 2007; Uribe 2006) y la sierra de Arica (Muñoz y Chamaca 2006; Santoro *et al.* 1987, 1998, 2004; Schiappacasse *et al.* 1989).

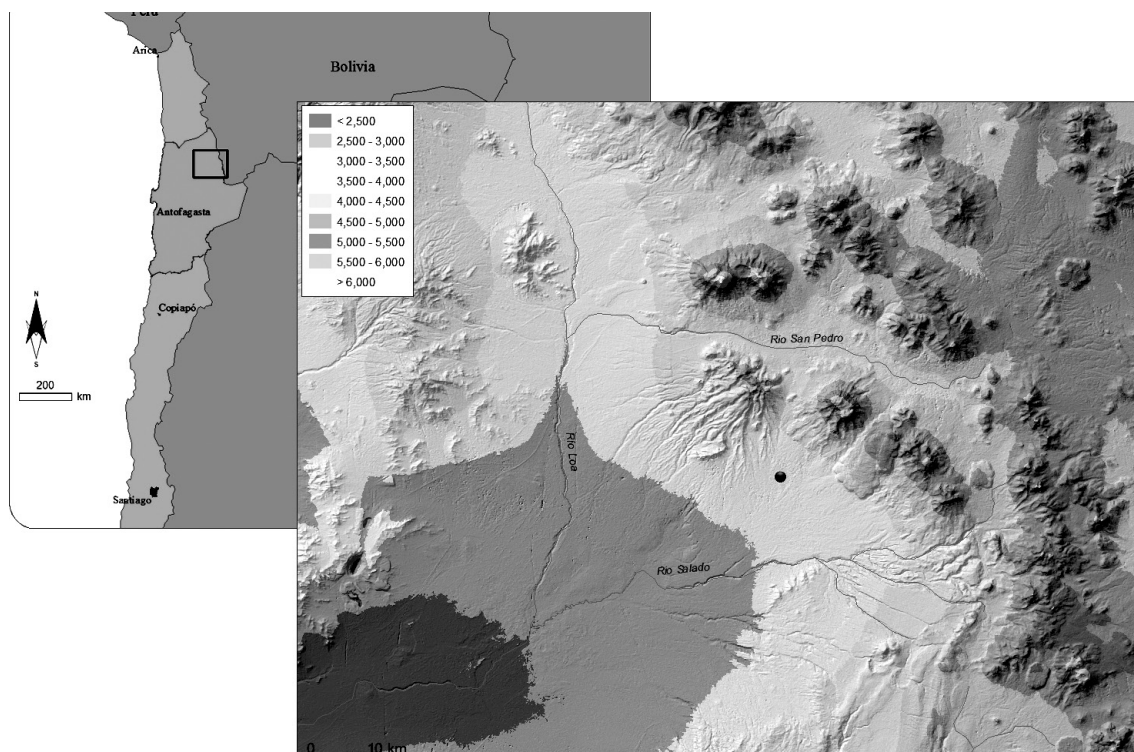


Figura 1. Localización de la zona de trabajo y el sitio de Topaín.

No obstante la notoriedad que adquieren estas obras ingenieriles en el paisaje del período Intermedio Tardío, así como el intenso conjunto de prácticas sociales que debieron desplegarse en relación con su construcción, funcionamiento y mantenimiento, estas no han sido estudiadas profundamente en pos de comprender sus formas de gestión del agua y su desarrollo a lo largo del tiempo. La gran mayoría de los estudios previos en el área constituyen aproximaciones preliminares y/o descripciones generales de los elementos materiales que conforman estos sistemas productivos (cf. Alliende *et al.* 1993; Castro 1988; Malim 2009; Núñez 1991, 1993; Osorio y Santoro 1989; Santoro *et al.* 1998). Sintomático del escaso interés que ha despertado el estudio de estos sistemas de producción es el hecho de la vigencia que aún tiene la introducción al trabajo de Santoro *et al.* (1987) sobre el sistema de riego Vilasamanani-Socoroma, posiblemente la primera investigación sistemática sobre esta temática en el norte de Chile, donde se indicaba la escasa atención dada

hasta esa fecha al reconocimiento de la complejidad de los sistemas productivos de esa época en los Andes Centro-Sur, y se reclamaba la pertinencia de su estudio para reconocer el elevado nivel de complejidad tecnológica que indican y para poder explorar ámbitos importantes del estudio de esas formaciones sociales.

En tal contexto, el presente trabajo muestra los primeros resultados obtenidos de las investigaciones que hemos realizado en el sistema agrohidráulico asociado al sitio de Topaín, localizado en la cuenca del río Salado, tierras altas de la actual Región de Antofagasta (Figura 1). En particular, nos centramos en describir el sistema de riego de Topaín y discutir las transformaciones que éste sufrió, sugiriendo unas primeras hipótesis relacionadas con este proceso. Nuestros resultados indican que el sistema agrícola de Topaín consistió en dos extensas redes que constituyeron proyectos ingenieriles independientes entre sí. Mientras la primera red sufrió un conjunto de cambios y remodelaciones a lo largo del tiempo, y que pueden asociarse a una complejización del sistema de manejo de agua, la segunda no fue mayormente alterada a excepción de pequeñas reparaciones. Esta situación podría sugerir alguna diferencia cronológica entre ambos proyectos, pero lamentablemente, no se cuenta con fechados directos que avalen tal hipótesis. Sin embargo, los datos con los que contamos parecen sugerir que ambas redes fueron construidas durante el Intermedio Tardío, a la par que se materializaba el desarrollo de los conglomerados habitacionales característicos del período.

Investigaciones arqueológicas en el sitio Topaín

El sitio de Topaín (571351E / 7548608N EPSG: 32719) se ubica en la cuenca del río Salado, en la región del Loa Superior (~22°S), a 3200 msnm. Es un asentamiento nucleado formado por alrededor de 150 estructuras singulares, asociado a un complejo sistema agrohidráulico muy bien preservado en líneas generales. La aldea fue descrita previamente por Mostny (1949), Le Paige (1958), Pollard (1970) y Schiappacasse *et al.* (1989). No obstante, trabajos más sistemáticos fueron publicados más recientemente por Urbina (2007, 2010), y descripciones más detalladas efectuadas por nuestro equipo se pueden encontrar en Parcero-Oubiña *et al.* (2012). Como ya fue indicado por otros autores (Urbina 2007, 2010), el sitio aldeano se puede dividir en varios sectores en los que se intercalan unidades habitacionales, corrales, vías de comunicación, estructuras de patrón constructivo tipo chullpa, y una posible área ritual con ofrendas en la parte alta (Pollard 1970). Si bien la ocupación del sitio no ha sido datada, la información cerámica y contextual indica que el sitio se asocia principalmente al período Intermedio Tardío, sin que exista total claridad sobre si fue ocupado en época incaica (p.e. Berenguer 2004; Urbina 2007, 2010).

Los trabajos efectuados en el sitio se han orientado a caracterizar espacialmente la estructuración del asentamiento y su sistema agrohidráulico, debido a la alta complejidad y excelente preservación de su sistema de terrazas y canales, aspectos ya destacados por otros autores (Mostny 1949; Pollard 1970; Urbina 2007, 2010). Para ello, se realizó en primera instancia un proceso de fotointerpretación del asentamiento y su entorno a partir de imágenes satelitales del sensor GeoEye 1. A diferencia de las fotografías aéreas convencionales, que únicamente aportan una o tres bandas del espectro visible, GeoEye 1 aporta dos más, entre ellas el infrarrojo cercano (IRC), usado típicamente para la detección de humedad y especialmente útil en ambientes desérticos.

Esta fotointerpretación permitió generar una planta del sistema de terrazas y su espacio circundante, abarcando una extensión aproximada de unos 5 km², e incorporando el sitio y

todo el conjunto de canales y campos de cultivo que lo rodean (Figura 2). El resultado de esta fotointerpretación fue revisado en terreno, donde además fueron descritas las principales estructuras de acuerdo con un sistema de registro que en esencia se orientó a capturar sus rasgos formales (morfología, orientaciones, distribución), sus relaciones estratigráficas (relaciones de superposición con otras estructuras) y contextuales (asociaciones con otros tipos de estructuras o materiales y su naturaleza). Una serie de puntos identificados en terreno, a partir de la colocación de media docena de bases de referencia con GPS de alta precisión, complementado con el uso de una estación total, sirvieron para ayudar a corregir las deformaciones geométricas de estas imágenes y garantizar una mejor georreferenciación de las entidades documentadas. Toda esta información ha sido volcada en una geodatabase en ArcGIS para su posterior análisis. En total se mapearon unas 1.500 estructuras individuales en el espacio mostrado en la Figura 2, y más de 800 de ellas fueron descritas de manera individual.

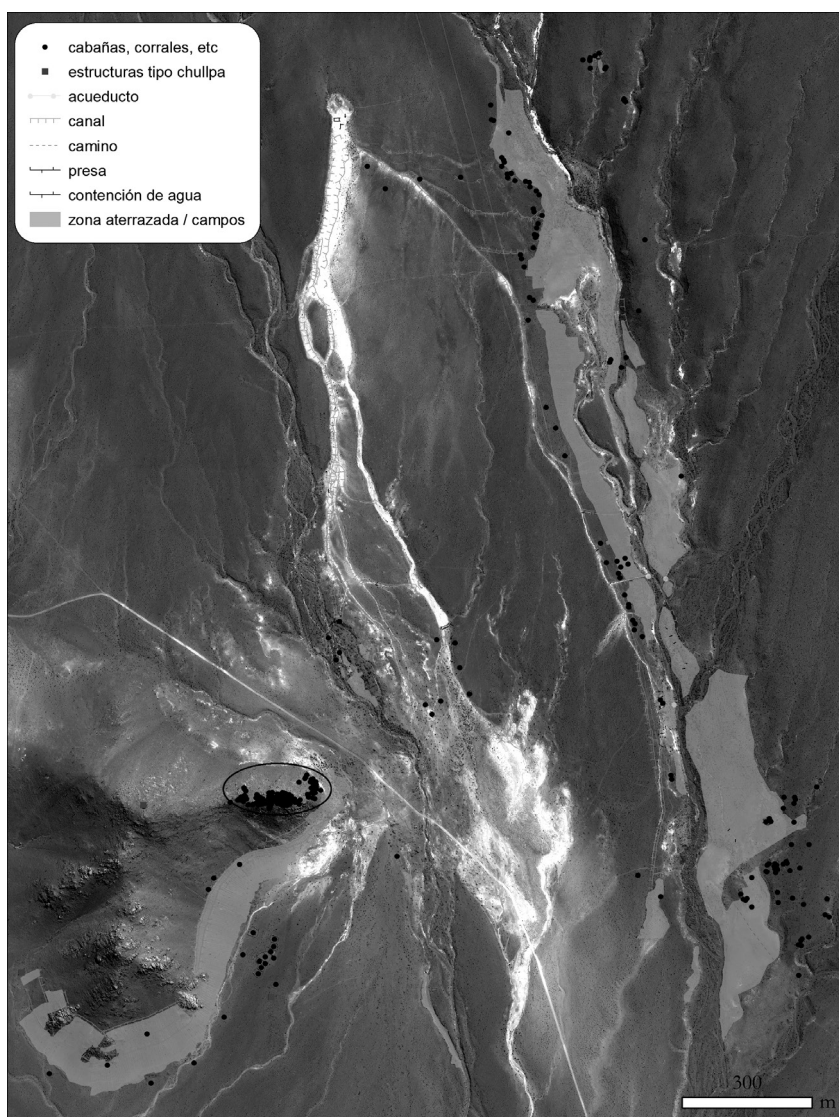


Figura 2. Vista general del conjunto de estructuras documentadas en el área de Topain. Se señala con un ovalo la localización del pukara. De fondo, composición de bandas de GeoEye1.

A partir del registro anterior se estableció una tipología de elementos constructivos a la que se le entregó un valor funcional a partir de sus características y asociaciones contextuales. Considerando su distribución espacial, características formales y relaciones estratigráficas se propuso una secuencia constructiva y de uso para el sistema agrohidráulico de Topaín. Se excavaron pozos de sondeo en algunas terrazas para caracterizar su estratigrafía y recuperar materiales para ser datados.

La conformación del sistema agrohidráulico de Topaín

Hemos definido una serie básica de tipos de estructuras que componen este sistema agrohidráulico y que caracterizamos a continuación.

Estructuras de irrigación

Corresponde a dos grandes sistemas de canales que tienen su origen en un ojo de agua ubicado a algo más de 1,5 km lineales al norte del asentamiento de Topaín (Figura 3).



Figura 3. Distribución de las redes de canales R1 y R2.

La primera red (R1 en adelante) sale desde este ojo en dirección Sur hacia el sitio de Topain, discurriendo en paralelo a las líneas de drenaje naturales del terreno (indicadas por una serie de quebradas, ver Figura 2), desviándose de esa dirección principal para girar al Oeste al llegar al cerro de Topaín, donde empieza a alimentar al amplio conjunto de terrazas ubicado en el flanco este y sur de este cerro isla (Santoro *et al.* 1998; Urbina 2007). Esta red tiene varios canales troncales que mueven el agua desde la fuente hasta el sitio, algunos de los cuales se cruzan y superponen entre ellos, distribuyéndose con una inclinación prácticamente constante de poco más de $1,5^\circ$ a lo largo de 1,7 km, salvando un desnivel total de 50 metros.

Se observan dos formas de construcción de canales para R1 (Figura 4). Una es la disposición de piedras hincadas en el suelo, sujetas y trabadas con alguna especie de argamasa arcillosa (Figura 4, derecha). Este sistema se empleó sobre todo en las zonas en las que se pretendía conducir el agua en direcciones diferentes a la tendencia de drenaje natural del terreno, como ocurre en aquellos puntos en los que los canales cruzan las quebradas, donde la estructura de base construida con este procedimiento llegó a formar acueductos. La otra forma de construcción es más simple, consistiendo en la realización de zanjias en el suelo y que hoy se reconocen por el precipitado calcáreo que las demarca (Figura 4, izquierda). Esta red abarca un espacio de unos 3 km lineales, desde el ojo de agua hasta las últimas terrazas que riega, aunque sumando todos los tramos superpuestos y paralelos de canales se alcanzan los 10 km. La superficie de campos que riega tiene unas 9,5 hectáreas.



Figura 4. Ejemplos de las dos morfologías básicas de los canales en la red R1.

La segunda red de canales (R2 en adelante) parte del mismo origen que la anterior, pero no da servicio al sistema de terrazas asociadas al cerro Topaín, sino a un área distinta (Figura 3). Esta red moviliza el agua desde el origen hacia una segunda quebrada ubicada unos 500 metros al este, para luego discurrir en dirección sur paralelo a dicha quebrada y al Camino del Inca (Varela 1999; Castro *et al.* 2004).

De manera subsidiaria, esta red también se alimentó de otros ojos de agua ubicados en la quebrada adyacente al camino del Inca y donde se emplazaron campos de cultivo canalizados, aunque parece que estos aportes serían auxiliares y menos importantes si tenemos en cuenta la propia estructura de la red.

A diferencia de R1, R2 presenta un canal principal que moviliza el agua y del cual salen múltiples canales menores de distribución hacia el Este que riegan las terrazas de uno y otro lado de la quebrada (Figura 3). Estos canales de distribución destacan también por su magnitud, siendo en casi todos los casos grandes estructuras que superan los cauces de la quebrada con grandes obras como presas y acueductos, sugiriendo en principio una mayor complejidad en su construcción (Figura 5), alcanzando una extensión de 6,5 km y regando unas 25 hectáreas de terreno.



Figura 5. Ejemplos de la morfología de los canales en la red R2.

Represas

Asociados a ambas redes se encuentran otras estructuras correspondientes a muros de piedras altos que delimitan amplios espacios dentro de las quebradas, que en la actualidad aparecen colmatados de sedimento (Figura 6) pero que en su momento permitieron almacenar agua y al mismo tiempo elevar la cota de los canales de salida. Estas represas son alimentadas por canales específicos de cada red que llevan el agua hacia las quebradas y, a su vez, la evacúan por medio de otros canales que vuelven a poner en circulación el agua en el sistema agrohídrico.



Figura 6. Represa perteneciente a la red R1.

Campos de cultivo

Asociadas a las dos redes de canales y al cerro donde se dispone Topaín se encuentra una amplia cantidad de espacios de cultivos que hemos segregado en dos tipos:

a) terrazas, que son espacios pequeños de cultivo ubicados en zonas de terreno con desnivel y que están construidas a partir de pequeños muros de contención que nivelan el terreno y las delimitan lateralmente; todas ellas están unidas e interconectadas a través de canales (Figura 7);

b) canchones, parcelaciones de forma y dimensiones similares a las de las terrazas, pero que ocupan zonas de terreno llano y, por tanto, no requieren de aterrazamiento, consistiendo en una serie de divisiones a base de alineaciones de piedras. En algunas situaciones, tanto campos como terrazas se encuentran delimitados por muros perimetrales. Mientras en la red de canales que riega el cerro Topaín priman las terrazas con pocos campos de cultivo, en la segunda red los campos están altamente representados.

Estructuras asociadas

Corresponden a unidades arquitectónicas que se encuentran asociadas a las dos redes de canales, terrazas y campos de cultivo. Suelen ser recintos aislados, con una baja formalización y con tamaños variables, ubicados en puntos que permiten controlar visualmente la circulación del agua (Figura 8).

Se asocian recurrentemente a la presencia en superficie de cerámica del Componente Loa San Pedro (*sensu* Uribe 1997), así como a fragmentos de palas líticas y mineral de cobre molido. Pensamos que, dentro de la posible variedad de usos y de momentos constructivos que pueden incluir, la mayor parte de estas estructuras se relacionan con el trabajo de mantenimiento y supervisión de las labores agrohídricas, así como con posibles actividades de carácter ritual.



Figura 7. Algunas de las terrazas localizadas al pie del cerro Topaín.

Reconstrucción del funcionamiento del sistema agrohídrico de Topaín

Trabajos anteriores habían planteado la existencia de una única red de irrigación en Topaín (Pollard 1970), la que Santoro *et al.* (1998) interpretan como “canal de trasvase”. No obstante, como se señaló en el apartado anterior, existen dos redes independientes de irrigación en Topaín, las cuales en conjunto implicaron la construcción de 16,5 km de canales conductores que irrigaron un mínimo de 34,5 hectáreas de terrazas y campos de cultivo. Por otro lado, si bien Pollard (1970) advierte que la primera red de irrigación estuvo compuesta por al menos cuatro canales principales (en la terminología de Santoro *et al.* [1998] corresponderían a “canales de conducción”), nuestros trabajos han permitido constatar que R1 se compone de diversos tramos y canales de conducción entrecruzados, superpuestos y con diversas bifurcaciones en distintos puntos del trayecto (Figura 9). R2, en cambio, correspondería a un canal de “trasvase y conducción” principal que dirige el agua

hacia la quebrada adyacente y no hacia el cerro Topaín. Desde este canal principal se derivan canales secundarios que conducen el agua, por medio de acequias, a las terrazas y campos de cultivo. Esta situación sugiere que las redes presentan historias particulares y orientaciones distintas.



Figura 8. En primer plano, restos de una estructura asociada al conjunto de terrazas del cerro Topaín.

R1 se orienta exclusivamente a alimentar los espacios de cultivos situados a los pies del cerro Topaín, sugiriendo, por tanto, una contemporaneidad entre esta red y el sitio aldeano. Sin embargo, la presencia de superposiciones y cortes de canales, reestructuraciones y reparaciones, dan cuenta de la existencia de una compleja secuencia de transformación de esta red que, por ahora, no podemos asociar a momentos cronológicos concretos, desconociendo cuál es su espesor temporal.

A partir de la secuencia de modificaciones observadas en la estratigrafía de los canales, sus atributos morfológicos y sus relaciones espaciales (topología, linealidad, distribución y topografía), proponemos la presencia de cuatro episodios principales de construcción del sistema de irrigación de R1 de Topaín (Episodio 1-4). Por su parte, el último de ellos incluiría dos remodelaciones secuenciales (4a y 4b) que se materializan en pequeños cierres de canal posiblemente temporales y reversibles. Estos diferentes episodios constructivos suponen cierta reestructuración y optimización de la red y debieron estar relacionados con cambios ambientales y/o los procesos sociales propios del Intermedio Tardío en el área. Describimos los rasgos generales de esta secuencia desde la más antigua a la más reciente.



Figura 9. Diferentes superposiciones de canales en ambas redes. En R1 (izquierda) ocurren frecuentes cambios de trayectoria del agua (un canal rectilíneo es modificado para desviar el agua a otro lugar, hacia la izquierda de la imagen). En R2 (derecha) las pocas superposiciones documentadas son simplemente pequeñas desviaciones que no conducen el agua a lugares diferentes (los dos canales visibles en la foto vuelven a unirse unos metros más abajo).

Episodio 1 (Figura 10-1): Forman parte de este momento un conjunto de canales generalmente mal conservados y que discurren, en algunos tramos, por debajo de canales más recientes. Se trata de canales bastante sinuosos, en muchos tramos desmantelados y que parecen haber sido construidos por substracción del terreno (excavando en el suelo). Resulta difícil precisar el destino y distribución del agua sobre las zonas de cultivo en este momento, ya que los fragmentos visibles de este episodio son muy parciales y, probablemente, la mayor parte de esta primera red está oculta debajo de alguno de los episodios posteriores.

Episodio 2 (Figura 10-2): La distribución del agua en la parte inicial de la red podría mantener su estructura, pero en la parte más próxima a los espacios cultivados se habilita un gran canal de distribución ya no excavado sino elevado sobre el suelo, construido como una estructura emergente (como en el ejemplo de la Figura 4, derecha). Teniendo en cuenta las dimensiones de este canal y la topografía que sigue, es posible que el agua llegue a las zonas aterrazadas del cerro de Topaín. Desde este canal, y en dirección SW, sale otro canal que podría irrigar algunas zonas de cultivo próximas al sitio y que por medio de su construcción sobre una estructura de piedras, supera la quebrada.

Episodio 3 (Figura 10-3): Se reestructura y se bifurca la conducción del agua desde el ojo de agua, añadiendo nuevos canales. Se inutiliza el principal canal de distribución del momento anterior (Episodio 2), que es cortado en varios puntos por un nuevo canal que, hacia el Sur, enlaza nuevamente con el canal secundario del momento anterior (Episodio 2). Este canal secundario, en este momento, se habría ampliado hasta alcanzar el cerro, lo que parece tratarse de un intento fallido ya que no hay evidencias de circulación sostenida de agua en este pequeño tramo.

Episodios 4a y 4b (Figuras 10-4A y 10-4B): El cambio esencial es la construcción de una gran represa (Figura 6) desde la que sale un nuevo canal que también irrigaría los espacios del cerro de

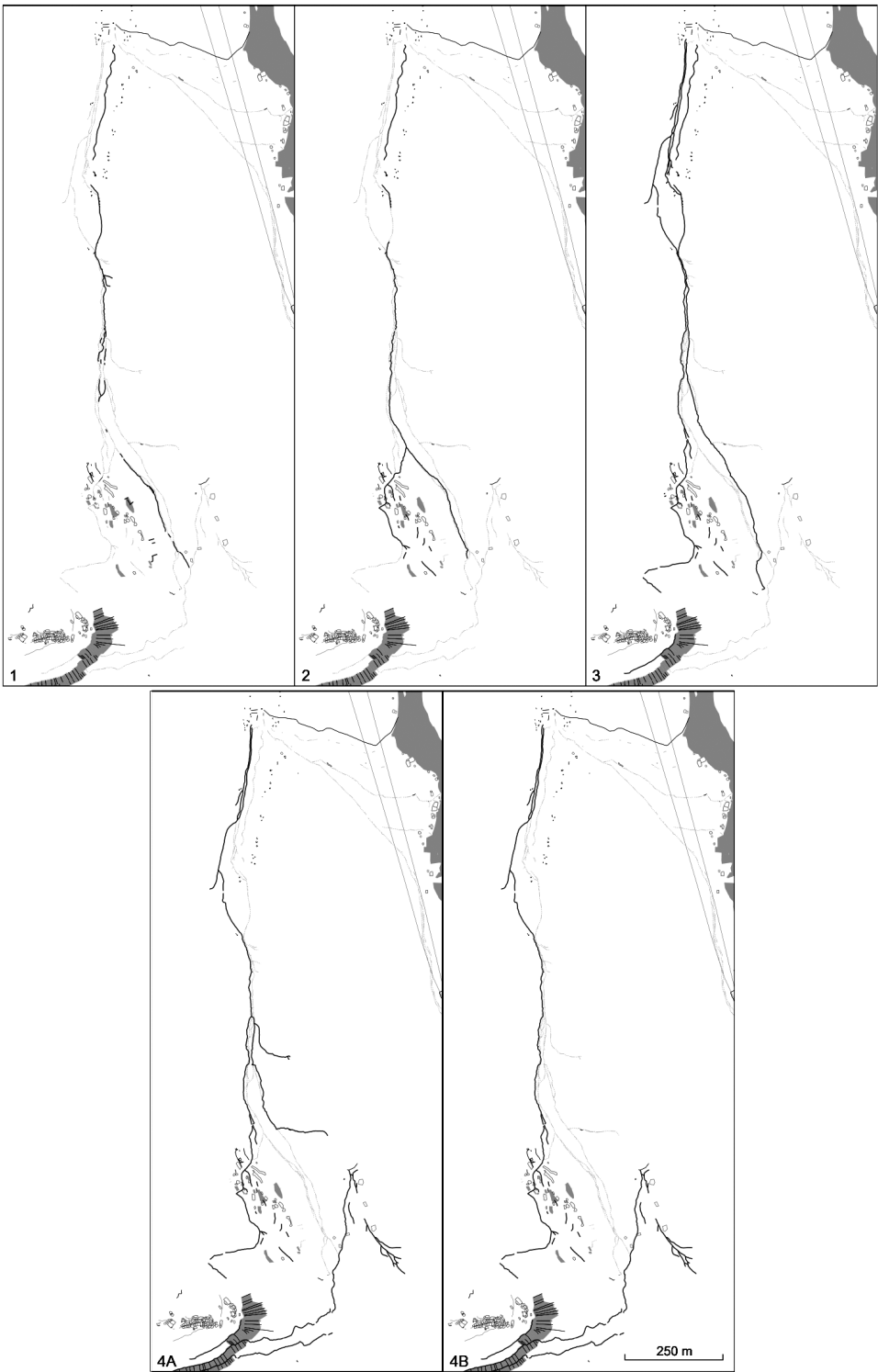


Figura 10. Secuencia hipotética de la red de canales R1.

Topaín. Este episodio parece constituir el cambio más notable en la evolución de esta primera red, ya que implica un modelo de manejo del agua nuevo, donde se posibilita su acumulación y, por tanto, una más amplia disponibilidad a lo largo del tiempo. Con el objetivo de suministrar agua a esta represa se construyen dos bajadas desde uno de los canales principales ya existentes (Figura 10-4A). Posteriormente, se cierra el canal principal del que salen las bajadas (Figura 10-4B), y es posible entonces que se mantengan dos fuentes de agua autónomas hacia las terrazas: una desde los canales, alimentados por el ojo de agua, y otra desde la represa, que podría estar alimentándose del agua circulante de manera natural por la quebrada en los momentos de lluvia, o del exceso de los propios canales.

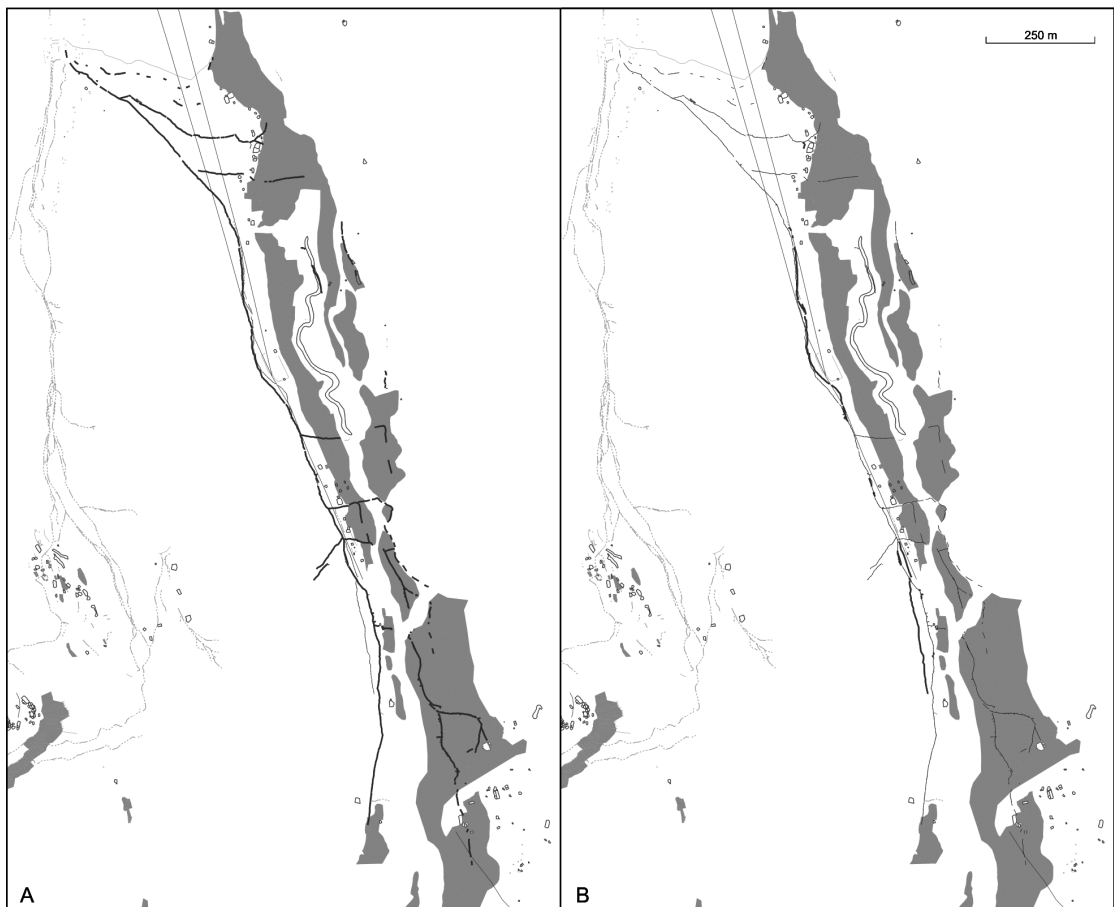


Figura 11. Secuencia hipotética de la red de canales R2.

En contraposición, R2 pareciera ser el resultado de un solo evento constructivo principal y algunas reparaciones que no alteran la estructura esencial dispuesta en el momento de su construcción inicial (Figura 11). En efecto, las relaciones de superposición y corte entre los canales son escasas. Cuando éstas ocurren, se dan sobre pequeños tramos que obedecen seguramente a reparaciones o desvíos provisionales y casi únicamente en el canal principal de distribución (Figura 11A y 11B). Estas reparaciones, en ningún caso cambian la estructura de la red y apenas modifican el trazado general de los canales: el agua fluye siempre desde y hacia una misma dirección en esta red. De esta red hemos conseguido el único fechado absoluto disponible hasta ahora para el sitio, el cual

proviene de un carbón aislado encontrado en el suelo agrícola de una de las terrazas de esta red. El resultado sitúa esta ocupación en el periodo Intermedio Tardío (Figura 12, Tabla 1).

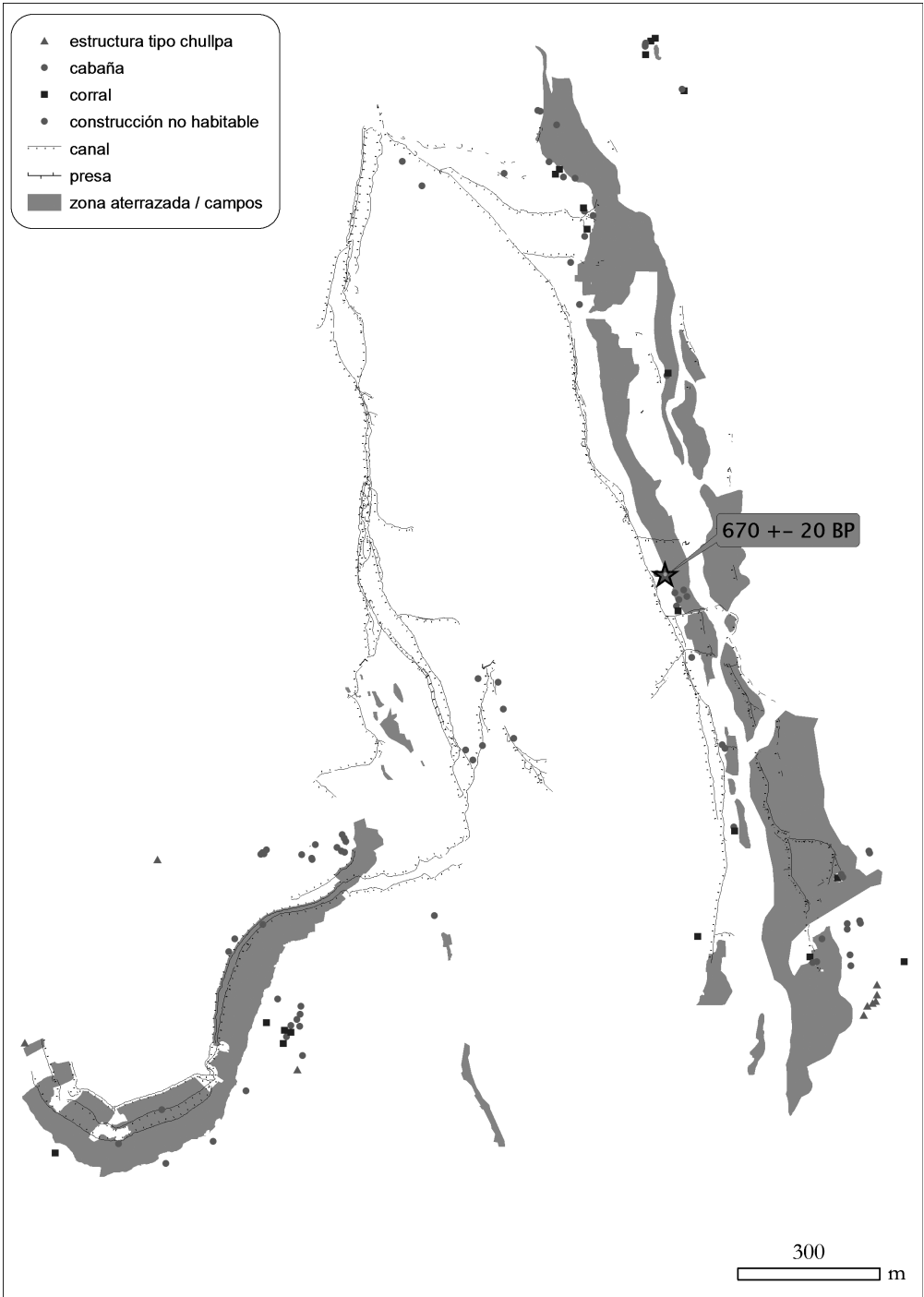


Figura 12. Procedencia de la muestra fechada.

Las diferencias en la lógica y morfología de ambas redes se expresa también en dos aspectos antes mencionados: el mayor tamaño del área irrigada por R2 y el hecho que el agua movilizadada por esta red no se dirige directamente hacia el cerro Topaín, sino hacia espacios cultivados en una quebrada que corre hacia el este del sitio.

Código	Procedencia	Años AP	$\delta^{13}\text{C}$	Edad calibrada
UGAMS 12817	ES111214Z02	670 $\pm$ 20	-25.5‰	1300 - 1394

Tabla 1. Fechado radiocarbónico de terraza agrícola asociada a la red hidráulica 2. Fechado calibrado con dos sigmas usando el software Oxcal 4.2 (Bronk Ramsey y Lee 2013) y la curva ShCal13 (Hogg *et al.* 2013).

Discusión

El estudio desplegado sobre las redes hidráulicas asociadas al sitio Topaín permiten sugerir una serie de hipótesis relativas a su historia. En el caso de R1, observamos como el proceso de manejo del agua no es homogéneo a lo largo de la historia, sino, que por el contrario, sufre una serie de modificaciones las que, al parecer, se orientarían a un manejo más eficiente del agua. Este proceso alcanzaría su punto más álgido con la construcción de la represa, la cual implicó un sistema de manejo del agua diferente, centrado en la acumulación y administración de este recurso, por sobre simplemente aprovechar la disponibilidad del recurso hídrico que se encuentra en el ojo del agua que alimenta todo el sistema. No obstante esta historia de modificaciones, lo cierto es que las terrazas más alejadas del cerro se riegan desde tempranamente (Episodio 2). Las siguientes modificaciones, considerando aquellas asociadas a la represa, amplían los espacios cultivados por medio de cubrir áreas más altas y/o más bajas del mismo cerro, pero aparentemente sin extender las terrazas hacia el Sur. Lo anterior refuerza la idea de que la represa buscó una forma diferente de manejar el agua, posiblemente de modo más eficiente, sin que necesariamente ello haya ido aparejado a una extensión de las superficies cultivadas.

Si bien no es posible excluir totalmente la posibilidad que parte del agua movida sea usada para el consumo humano, lo cierto es que la orientación de los canales y flujo del agua se relaciona en todo momento con el riego de las terrazas de la ladera del cerro de Topaín, pero también proveyeron de una u otra manera, una fuerte cercana de agua para otros usos. No tenemos ninguna evidencia de pozos acumuladores de agua, o de una circulación intencionada por el interior de recintos habitacionales del poblado.

Aunque no contamos con dataciones directas que permitan fechar este sistema, está claro que su funcionamiento se encuentra en directa relación con el uso de la aldea de Topaín. En tal sentido, y siguiendo las cronologías previamente discutidas, todo parece indicar que estas transformaciones se dan dentro del contexto del período Intermedio Tardío. Si bien no es posible descartar totalmente algún nivel de ocupación Incaica en Topaín, y por ende en la misma red, la evidencia no permite de momento avalar tal hipótesis.

Si seguimos las propuestas sobre la conformación de estos poblados hacia el 1000 d.C., así como la predominancia del Componente Loa-San Pedro en la cerámica superficial de la aldea, el sitio de Topaín, y su red agrohídrica asociada no podrían ser anteriores. Este hecho permitiría sugerir que

la serie de modificaciones a las que se ve afecta esta red se darían en un espacio temporal relativamente reducido, quizás de unos cuatro siglos. Las nuevas estrategias de gestión de agua y ampliación de áreas cultivables podrían responder en tal caso tanto a dinámicas internas de las comunidades del área durante el Intermedio Tardío y/o a condiciones de disponibilidad de agua diferenciales a lo largo del tiempo. Ambas hipótesis son posibles considerando los contextos paleoambientales regionales y los procesos de cambio y transformaciones históricas de las comunidades locales y sus conglomerados habitacionales, en especial hacia el siglo XIII d.C. (Nielsen 2013). Desafortunadamente, los datos con que se cuenta de momento no permiten explorar de manera más profunda tales aspectos.

En contraposición, R2 se asocia a un proceso de ampliación de las áreas cultivadas, las que se alejan del sitio de Topaín e implican una mayor complejidad arquitectónica al incluir una serie de acueductos en su planificación, no obstante de usar la misma fuente de agua que la R1. La ausencia de grandes remodelaciones sugiere o bien una extensión temporal menor que R1, y/o bien un proyecto que es delineado desde un inicio a gran escala, sin requerir de mayores modificaciones.

A pesar de corresponder a una red que no hace circular el agua hacia el cerro de Topaín, pensamos que este sistema se asocia también al mencionado poblado, por cuanto no sólo aprovecha el mismo ojo de agua, sino también que riega espacios circundantes y cercanos a Topaín. Ningún otro poblado ha sido reconocido en directa asociación con esta red hidráulica, por lo que su asociación con Topaín se fortalece. A su vez, si bien el sigma de la datación es amplio (cubriendo 100 años), es coherente con las cronologías aceptadas para el Intermedio Tardío.

Sin embargo, el hecho que esta red corresponda a un intento de ampliar espacialmente el sistema de cultivo de Topaín, extendiéndolo más allá del cerro mismo, sumado a las pocas modificaciones que ésta presenta, nos llevan a hipotetizar que R2 podría ser más propia de los momentos finales del Intermedio Tardío. Esta hipótesis articularía con el hecho que R1 muestra también un intento de realizar un manejo diferente y más eficiente del agua en sus momentos finales, específicamente con la construcción de la represa. En este sentido, pensamos que el Episodio 4 de R1 pudo ser contemporáneo con la construcción de R2 de Topaín y que dichos cambios pudieron darse hacia el siglo XIII cuando a nivel regional se están generando importantes transformaciones, las cuales incluso a nivel local se expresan en el cambio de la fase Yaye a la fase Solor (Uribe 2002).

Conclusiones

Topaín corresponde a uno de los varios proyectos agrohidráulicos que se despliegan durante el Intermedio Tardío en Atacama. Los resultados obtenidos a la fecha muestran que estos proyectos no fueron realidades estáticas, sino que por el contrario, fueron reparados, rediseñados y transformados a lo largo de este momento del tiempo como parte de una compleja microhistoria que sin dudas se asocia a procesos sociales más amplios en la región. Al respecto, nuestros datos apuntan a que el inicio del sistema habría estado asociado a R1, posiblemente en la primera mitad del Intermedio Tardío. Ambas redes habrían estado posteriormente en uso durante la segunda mitad del período, sin que de momento sea posible dar por sentado su construcción o funcionamiento en época Incaica. En relación con esto último, la evidencia reconocida en el sitio de Paniri (Urbina 2010), sugiere la presencia de un proyecto agrohidráulico asociado al período Inca. En este sitio, que hemos comenzado a estudiar dentro del proyecto, se reconoce la aparición de una tecnología agrícola introducida (*rumimoqos*) que no se identifica en Topaín y una gran extensión de campos de

cultivos (Castro 1988; Alliende *et al.* 1993; Malim 2009). Los relevamientos que hemos realizado en el sitio han documentado un área de producción agrícola de al menos 35 hectáreas en las que se distribuyen sobre 300 *rumimoqos*, indicando una fuerte inversión de energía en mano de obra para su construcción. Los estudios superficiales muestran una clara presencia de cerámica incaica en el asentamiento y en los campos agrícolas.

No obstante el reconocimiento de la secuencia de transformaciones que se dan en Topaín con relación a la historia del manejo de agua y sus sistemas agrohidráulicos, es necesario explorar aún la dinámica de los procesos existentes bajo estas situaciones, así como la historia constructiva misma del poblado con el fin de reconocer la existencia o no de paralelismo entre ambos aspectos y así profundizar en la comprensión de la diacronía social del Intermedio Tardío. De la misma manera, queda para futuras investigaciones seguir afinando la cronología de construcción y funcionamiento de ambas redes por medio de edades cronológicas absolutas (ciertamente considerando los rangos propios de la cronología por radiocarbón y OSL) de manera de poder correlacionarlos con los procesos sociales ocurridos a escala de la subregión.

No obstante, por ahora es posible asegurar que los sucesivos momentos de construcción, uso y mantención de estos sistemas de irrigación requirieron de trabajo colectivo supradoméstico, posiblemente dirigido por alguna autoridad local (Pollard 1970; Urbina 2010; Adán y Uribe 1995). Posiblemente la aldea de Topaín, construida en la cima del cerro homónimo, constituyó el espacio doméstico de los grupos a cargo de la construcción y mantención de la red. No obstante, debe esclarecerse la relación de este poblado y su sistema agrícola con el vecino sitio de Turi. ¿Se trató de unidades sociales distintas aunque emparentadas durante el PIT? ¿Funcionó Topaín como un sistema de producción dependiente de la aldea (y comunidad) de Turi?. Futuras investigaciones permitirán clarificar estas preguntas. Por lo mismo, éstos deberán clarificar la microhistoria de crecimiento de estos asentamientos, sus diferencias y similitudes funcionales y sociales, y sin duda su relación con las modificaciones progresivas del sistema agrícola.

Finalmente, no obstante las limitaciones que impone la necesidad de un mayor control cronológico, y las dificultades que esto implica cuando se trabaja con este tipo de registro, el estudio de estos sistemas agrohidráulicos permiten acercarnos a múltiples dinámicas de las comunidades prehispánicas, una de las cuales apunta al problema básico que impone la vida agrícola en espacios desérticos: el manejo y conservación del agua. En tal sentido, nos parece que por sobre el amplio conjunto de transformaciones espaciales y socio políticas que implicó el período Intermedio Tardío en la región, este llevó a la necesidad de que las comunidades desplegaran una serie de procedimientos técnicos, políticos y simbólicos que permitiesen desarrollar prácticas de cultivos a gran escala no obstante las limitaciones que imponía el medio en relación con las fuentes de agua y su disponibilidad.

Agradecimientos. Este trabajo es resultado de los siguientes proyectos de investigación: “Paisajes fortificados en el altiplano andino: El caso de Topaín” (financiado por el Ministerio de Cultura de España a través de su programa de Actuaciones Arqueológicas en el Exterior), “Agriculture and Empire in the High-Altitude Atacama Desert” (financiado por Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research grant ICRG-19, National Geographic Society’s Committee for Research and Exploration Grant #9296-13 y National Science Foundation grant NSF-OISE 1265816) y “Water management and agrohydraulic systems in desert environments: the Upper Loa from A.D.

1000-1500” (financiado por CONICYT grant USA 2013-0012). Queremos expresar nuestro especial agradecimiento a la comunidad indígena atacameña de Ayquina-Turi por permitirnos trabajar en sus sitios ancestrales, en especial a su ex presidente René Panire y a su actual presidente Mario Berna. Los colegas Mauricio Uribe, Victoria Castro, José Berenguer y Simón Urbina fueron extremadamente amables de acompañarnos en algunas de las temporadas de terreno que realizamos y de aportarnos una enorme ayuda a partir de su experiencia en los sitios y en el reconocimiento de los materiales visibles en ellos. Finalmente, queremos agradecer también la entrega y colaboración de quienes participaron como equipo de trabajo en las dos primeras campañas de terreno, 2010 y 2011, de donde proceden los datos manejados en este artículo: Sonia García Rodríguez, Roberto Aboal, Camilo Robles y Rocío Varela. Una primera versión de este trabajo fue presentado en el Simposio Norte Grande del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Arica, 2012).

Referencias Citadas

- Adán, L. y M. Uribe. 1995. Cambios en el uso del espacio en los períodos agroalfareros: Un ejemplo en ecozona de Quebradas altas, la localidad de Caspana (Provincia El Loa, II Región). *Actas del II Congreso de Antropología Chilena*, Volumen 2, pp. 541-555. Colegio de Antropólogos, Valdivia.
- Adán, L., S. Urbina y M. Uribe. 2007. Arquitectura pública y doméstica en las quebradas de Pica-Tarapacá: asentamiento y dinámica social en el Norte Grande de Chile (900-1450 d.C.). En *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, editado por A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli, Tomo 1, pp. 183-206. Editorial Brujas, Córdoba.
- Aldunate, C. y V. Castro. 1981. *Las chullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior. Período Tardío*. Ediciones Kultrún, Santiago.
- Alliende, P., V. Castro y R. Gajardo. 1993. Paniri: un ejemplo de tecnología agrohidráulica. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Volumen 2, pp. 123-128. Sociedad Chilena de Arqueología y Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Temuco.
- Berenguer, J. 2004. *Caravanas, interacción y cambio en el Desierto de Atacama*. Sirawi Ediciones, Santiago.
- Bronk Ramsey, C. y S. Lee. 2013. Recent and planned developments of the program OxCal. *Radiocarbon* 55(2-3):720-730.
- Castro, V. 1988. Una vieja tecnología para las nuevas generaciones. *Creces* 88 (2): 7-12.
- Castro, V., V. Varela, C. Aldunate y E. Araneda. 2004. Principios orientadores y metodología para el estudio del Qhapaqñan en Atacama: desde el Portezuelo del Inka hasta Río Grande. *Chungara* 36(2):463-481.
- Hogg, A., Q. Hua, P. Blackwell, M. Niu, C. Buck, T. Guilderson, T. Heaton, J. Palmer, P. Reimer, R. Reimer, C. Turney y S. Zimmerman. 2013. SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0-50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4):1889-1903.
- Le Paige, G. 1958. Antiguas Culturas Atacameñas en la cordillera chilena (II parte). *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso* 4 y 5.
- Malim, T. 2009. Tears of the sun: condensation and irrigation in the Andes. En *The archaeology of people and territoriality*, editado por G. Nash y D. Gheorghiu, pp. 116-136. Archaeolingua, Budapest.
- Mostny, G. 1949. Ciudades Atacameñas. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 24: 125-201.
- Muñoz, I. y J. Chacama. 2006. *Complejidad social en las alturas de Arica: Territorio, etnicidad y vinculación con el Estado Inca*. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

- Nielsen, A. 2002. Asentamientos, conflicto y cambio social en el altiplano de Lípez (Potosí). *Revista Española de Antropología Americana* 32:179-205.
- Nielsen, A. 2013. Circulating objects and the constitution of South Andean Society (500 BC-AD 1550). En *Merchants, markets, and exchange in the pre-columbian world*, editado por K. Hirth y J. Pillsbury, pp. 389-418. Dumbarton Oaks, Washington D.C.
- Núñez, P. 1991. Un canal de regadío incaico: Socaire-Salar de Atacama. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Volumen 2, pp. 259-267. Sociedad Chilena de Arqueología y Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Núñez, P. 1993. Posibilidades agrícolas y población del incario en el área atacameña, norte de Chile. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Volumen 1, pp. 259-267. Sociedad Chilena de Arqueología y Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Temuco.
- Osorio, A. y C. Santoro. 1989. Trasvase prehispánico Vilasamanani-Socoroma, Norte de Chile. *IDESIA* 11:37-43.
- Parceró-Oubiña, C., P. Fábrega-Álvarez, S. García-Rodríguez, A. Troncoso Meléndez y D. Salazar Sutil. 2012. Paisajes fortificados y agrarios en el altiplano andino. Aproximaciones al pukara de Topaín. *Informes y Trabajos del IPCE* 7:22-39.
- Pollard, G. C. 1970. *The cultural ecology of ceramic stage settlement in the Atacama Desert*. Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, Columbia University, New York.
- Santoro, C., J. Hidalgo y A. Osorio. 1987. El estado Inka y los grupos étnicos en el sistema de riego de Socoroma. *Chungara* 19:71-92.
- Santoro, C. M., L. Núñez, V. G. Standen, H. González, P. A. Marquet y A. Torres. 1998. Proyectos de irrigación y la fertilización del desierto. *Estudios Atacameños* 16:321-336.
- Santoro, C., A. Romero, V. Standen y A. Torres. 2004. Continuidad y cambio en las comunidades locales, períodos Intermedio Tardío y Tardío, Valles Occidentales del Área Centro Sur Andina. *Chungara* 36:235-247.
- Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer. 1989. Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 d.C.). En *Culturas de Chile. Prehistoria desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 181-220. Editorial Andres Bello, Santiago.
- Urbina, S. 2007. Estudio arquitectónico del pukara de Topaín. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 40:29-46.
- Urbina, S. 2010. Asentamiento y arquitectura: historia prehispánica tardía de las quebradas altas del Río Loa. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 119-131. Sociedad Chilena de Arqueología y Museo de Historia Natural de Concepción, Concepción.
- Uribe, M. 1997. La alfarería de Caspana en relación a la prehistoria tardía de la subárea circumpuneña. *Estudios Atacameños* 14:243-62.
- Uribe, M. 2002. Sobre alfarería, cementerios, fases y procesos durante la prehistoria tardía del desierto de Atacama (800-1600 DC). *Estudios Atacameños* 22:7-31.
- Uribe, M. 2006. Arqueología de Pica-Tarapacá (Norte de Chile). Reflexiones acerca de la complejidad y la desigualdad social en los Andes Centro Sur (1000-1450 DC). *Estudios Atacameños* 31:1-25.
- Uribe, M., L. Adán y C. Agüero. 2002. El dominio del Inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del desierto de Atacama, Norte Grande de Chile (1450-1541 d.C.). *Boletín de Arqueología PUCP* 6:301-336.
- Varela, V. 1999. El camino del Inca en la cuenca superior del Río Loa, desierto de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños* 18:89-105.

¿Ocupaciones tardías del Complejo Cultural Bato en Maitencillo? Implicancias para la trayectoria histórica de las poblaciones del litoral de Chile Central

Diego Salazar¹, Ignacia Corral², Paulina Corrales³, Sebastián Avilés⁴, Antonia Escudero⁵, Daniela Estévez⁶, Carola Flores⁷, Cristobal Oyarzo⁸ y Camila Palma⁹

Resumen

Se discute la existencia y características de ocupaciones posiblemente correspondientes al Complejo Cultural Bato en la costa de Maitencillo, a inicios del segundo milenio de nuestra era. Los datos provienen de excavaciones de rescate en los sitios Abanico 1 y Abanico 3, así como del análisis de sus materiales y contextos. Ambos sitios serían conchales efímeros con ocupaciones del Período Alfarero Temprano datadas entre los siglos XII y XIV, además de una ocupación histórica temprana en Abanico 3. Los resultados sugieren la posibilidad de que formas de vida tradicionales, originadas en el PAT de Chile Central, se mantengan en ciertos sectores hasta tiempos prehispánicos tardíos e incluso históricos tempranos, abriendo interesantes interrogantes acerca de las condiciones de coexistencia de estas poblaciones con otras sociedades más complejas tales como la Cultura Aconcagua, el Tawantinsuyu y el imperio hispano colonial.

Palabras claves: Período Alfarero Temprano, Período Histórico Temprano, Complejo Cultural Bato, Ocupaciones costeras.

Abstract

This paper discusses human occupations possibly associated with the Bato Cultural Complex on the coast of Maitencillo during the second millennium AD. Presented data are the outcome of rescue excavations performed at the sites Abanico 1 and Abanico 3, as well as of analyses of their cultural material and contexts. Results show both sites correspond to low-density shellmiddens dated between the 12th and the 14th centuries AD and with an occupation dating to the early historic period. This suggests that traditional ways of life may have been maintained in certain areas until late prehispanic or even early historic periods in Central Chile. This possibility opens up a series of interesting questions regarding the type of coexistence between these traditional communities and other more complex contemporary societies such as the Aconcagua Culture, the Inca State and the Hispanic Colonial Empire.

Key words: Early Ceramic Period, Early Historical Period, Bato Cultural Complex, Coastal occupations.

1 Departamento de Antropología, Universidad de Chile. dsalazar@uchile.cl

2 MAA Consultores Ltda. Ignacia.corral@gmail.com

3 MAA Consultores Ltda. paulina.corrales@maaconsultores.cl

4 Investigador independiente. saviles@gmail.com

5 Investigadora independiente. antomorgana@gmail.com

6 Investigador independiente. estevez.grimberg@gmail.com

7 Centro de Ciencia del Clima y la Resiliencia (CR)2, Universidad de Chile. carolaflores@gmail.com

8 Investigador independiente. cristobaloyarzo@gmail.com

9 Investigadora independiente. camilasophia@gmail.com

La cronología de los sitios Bato en Chile Central se ha ido ajustando progresivamente desde que se lo definiera originalmente como “Tradición” (Planella y Falabella 1987) y luego como “Complejo Cultural” (Sanhueza *et al.* 2003) o “Cultura” (Avalos y Saunier 2011). Los cambios más significativos en este sentido se han dado en relación con el término o desaparición de lo Bato. En efecto, las primeras propuestas cronológicas basadas en fechados absolutos situaban el fin de la fase Bato II hacia el 500 d.C. en la costa de Chile Central (Planella y Falabella 1987; Planella *et al.* 1991), aun cuando consideraban la presencia del estilo cerámico en aleros cordilleranos hasta el siglo X (Falabella y Stehberg 1989). Por su parte, trabajos posteriores extendían la presencia Bato en la costa hasta el siglo VIII en Papudo y Los Coiles (Carmona *et al.* 2001), mientras que las síntesis regionales más recientes llegaron a situar el fin del fenómeno Bato en Chile Central en torno al siglo X u XI (Vásquez *et al.* 1999; Sanhueza *et al.* 2003; Cornejo 2010; Sanhueza *et al.* 2010; Avalos *et al.* 2010; Avalos y Saunier 2011; Sanhueza 2013). Actualmente se plantea incluso la posibilidad de que el fenómeno Bato se extienda hasta inicios del siglo XIV, a juzgar por los resultados de una batería de más de 150 fechados por termoluminiscencia obtenidos para sitios alfarero tempranos de la zona de Angostura, casi 50 de los cuales corresponden a cerámica Bato (Falabella *et al.* 2014).

La literatura actual mostraría un cierto consenso en torno a esta cronología tardía para lo Bato, y por lo tanto indicaría que este Complejo Cultural tuvo un desarrollo de más de 1000 años en Chile Central, llegando a ser contemporáneo de la Cultura Aconcagua por lo menos a lo largo de tres o cuatro siglos (Cornejo 2010; Falabella *et al.* 2014). No obstante, aún no resulta claro cuáles fueron los cambios experimentados por lo Bato a lo largo de sus más de 10 siglos de trayectoria histórica. Vásquez *et al.* (1999) planteaban hace más de una década que el Período Alfarero Temprano (PAT) de Chile Central carecía de una resolución cronológica fina lo cual constituía una importante limitación en la comprensión del período por cuanto “a través de las nuevas investigaciones que se han venido llevando a cabo, el PAT se nos presenta como un período donde se manifiesta una gran variabilidad cultural sin que se haya logrado determinar el papel que juega el ‘factor tiempo’ en ella” (Vásquez *et al.* 1999:9). Algunos años después, Sanhueza *et al.* (2003) insistían sobre el hecho de que “parte de las diferencias [es decir, la variabilidad interna de lo Bato] puede ser explicada por factores cronológicos, pero otra parte se debe a factores sociales” (Sanhueza *et al.* 2003:39), identificando en esta oportunidad ciertos cambios que se dan con posterioridad al 600 d.C. en la cerámica Bato, tales como la diversificación de decoraciones y la aparición de algunos atributos morfológicos nuevos.

Avances más recientes han logrado ir precisando la variabilidad espacial de las manifestaciones Bato, aun cuando desde una perspectiva esencialmente sincrónica. Así, por ejemplo, se ha definido la existencia de 5 subconjuntos al interior del Complejo Cultural Bato que toman como referencia la variable espacial: Desembocadura del Aconcagua, Maipo Medio-Inferior, Cuenca del Mapocho, Cuenca del Maipo Interior Sur y Cuenca de Rancagua (Avilés 2014). Si bien cada uno de estos subconjuntos comparte con los otros los elementos fundamentales que definen a lo Bato -sobre todo en el aspecto tecnológico de producción de vasijas- también presentan ciertas particularidades en los otros aspectos de la cadena operativa: morfológico y decorativo (Sanhueza y Avilés 2012; Avilés 2014).

Hasta la fecha aún no se han logrado avances comparables en la comprensión de la variabilidad de las manifestaciones Bato en una perspectiva diacrónica. De hecho aún no contamos con una caracterización de las ocupaciones Bato durante el segundo milenio d.C. como para aproximarnos a su verdadera variabilidad histórica, no sólo en términos de cultura material sino también en las formas de vida de estas poblaciones. Una manera de poder abordar esta problemática es a través

del estudio de sitios Bato tardíos que no presenten ocupaciones más tempranas o bien que éstas se encuentren segregadas estratigráficamente. Pero, hasta donde conocemos, no ha sido posible estudiar sitios con estas características. En este sentido, consideramos que el presente trabajo puede constituir un aporte a la discusión, ya que en este se describen y discuten evidencias para dos sitios costeros correspondientes a ocupaciones adscritas a poblaciones agro-alfareras tempranas, muy posiblemente vinculadas con Bato, pero datadas con posterioridad al siglo X d.C. Los sitios también presentan una ocupación histórica temprana con un componente cerámico vinculado a la tradición alfarera del PAT de Chile Central, lo que abre interrogantes sobre los desarrollos históricos más recientes de las tradiciones tecnológicas y estilos de vida instaurados en Chile central hacia inicios de la era cristiana. Los sitios, denominados Abanico 1 y Abanico 3, se ubican en la localidad de Maitencillo, Comuna de Puchuncaví, Región de Valparaíso, y fueron excavados en el marco de un estudio de impacto ambiental que implicó un rescate arqueológico. Su estudio permite comenzar a reflexionar acerca de las características que pudieron tener las poblaciones Bato más tardías de la costa de Chile central.

Antecedentes

La costa de Chile Central en general es rocosa y accidentada, con presencia intermitente de playas arenosas y formaciones dunarias, así como de terrazas marinas cuaternarias que coexisten con la Cordillera de la Costa (Paskof 1989; Soto y Arriagada 2007). En el área de Maitencillo (Figura 1) predominan los depósitos de duna fósil sobre las terrazas marinas, con escaso desarrollo de suelos. El clima corresponde al tipo Mediterráneo Templado Occidental, determinado por la corriente de Humboldt, presentando lluvias y nubosidad durante el invierno (450 mm anuales). La vegetación es de tipo xeromórfica y mesomórfica (herbáceo, arbustos bajos y arbustos de mayor tamaño), correspondiendo a la formación del “Matorral Arborescente Esclerófilo Mediterráneo Costero” (Luebert y Plischoff 2006), aun cuando actualmente predominan las especies introducidas.

Si bien hacia el norte del río Aconcagua se han identificado una serie de sitios asignados al Complejo Cultural Bato (Cachagua; Horcón 1, 2 y 3; El Bato 1 y 2; Las Dunas 2 y Enap 3) (Seelenfreund y Westfall 2000), la localidad de Maitencillo ha sido escasamente investigada desde el punto de vista arqueológico, por lo que en el sector se tienen pocos antecedentes de sitios correspondientes al PAT o de sitios prehispánicos en general. En efecto, en el informe de Línea de Base Ambiental correspondiente al Plan Regulador Comunal de Puchuncaví (Estudio Urbano Consultores 2008), se señala sólo la identificación de cinco hallazgos significativos, correspondientes a conchales con presencia de fragmentería cerámica y restos líticos. En este contexto, el antecedente más relevante conocido para el área de estudio es el sitio Marbella 1 estudiado por Rodríguez y colaboradores a inicios de la década de 1990 (Rodríguez *et al.* 1991; Rodríguez 1993) y datado por termoluminiscencia en 260 ± 100 d.C. El sitio fue definido como un campamento residencial caracterizado por diversas áreas de actividad que incluían un sector de vivienda, áreas de desconche de moluscos, áreas de descarte de basuras y un sector funerario en donde fueron recuperados restos de hasta ocho individuos.

Los sitios estudiados en este trabajo (Figura 2) se ubican a 1,3 km al NE de Marbella 1. Abanico 1 corresponde a un sitio de tipo conchal extensivo pero de baja densidad. Se ubica sobre una terraza marina cuaternaria, desarrollándose desde el acantilado costero hacia el interior a través de lomajes suaves rellenados con una duna fósil. Originalmente se identificaron tres concentraciones de material cultural en superficie, destacando la presencia de fragmentos cerámicos, restos líticos expeditivos y

desechos malacológicos (Aswakiar Consultores 2008). Las concentraciones 4 (418 m²) y 5 (151 m²) fueron objeto de excavaciones de rescate en el marco del presente proyecto. Las excavaciones demostraron la presencia de material cultural hasta un promedio de 35 cm de profundidad en la Concentración 4, siendo la potencia máxima del sitio los 50 cm. En la Concentración 5, en cambio, los depósitos culturales se encuentran a una profundidad promedio de hasta 45 cm.



Figura 1. Mapa de Chile Central con la ubicación de la localidad costera de Maitencillo.

El sitio Abanico 3, por su parte, se emplaza a los pies del acantilado, sobre la terraza actual y en él se distinguieron dos sectores principales: el Sector Rasgo 1 (SR1) ubicado hacia el noroeste del sitio caracterizado por una ocupación prehispánica de tipo conchal intervenida por ocupaciones y materiales históricos y subactuales (564 m²); y el Sector 2 (S2), ubicado hacia el sureste del sitio, el cual se encuentra muy cerca de la actual Avenida El Mar y que corresponde al límite de la ocupación de SR1 y la removilización de parte de sus materiales y contextos por erosión (473 m²).

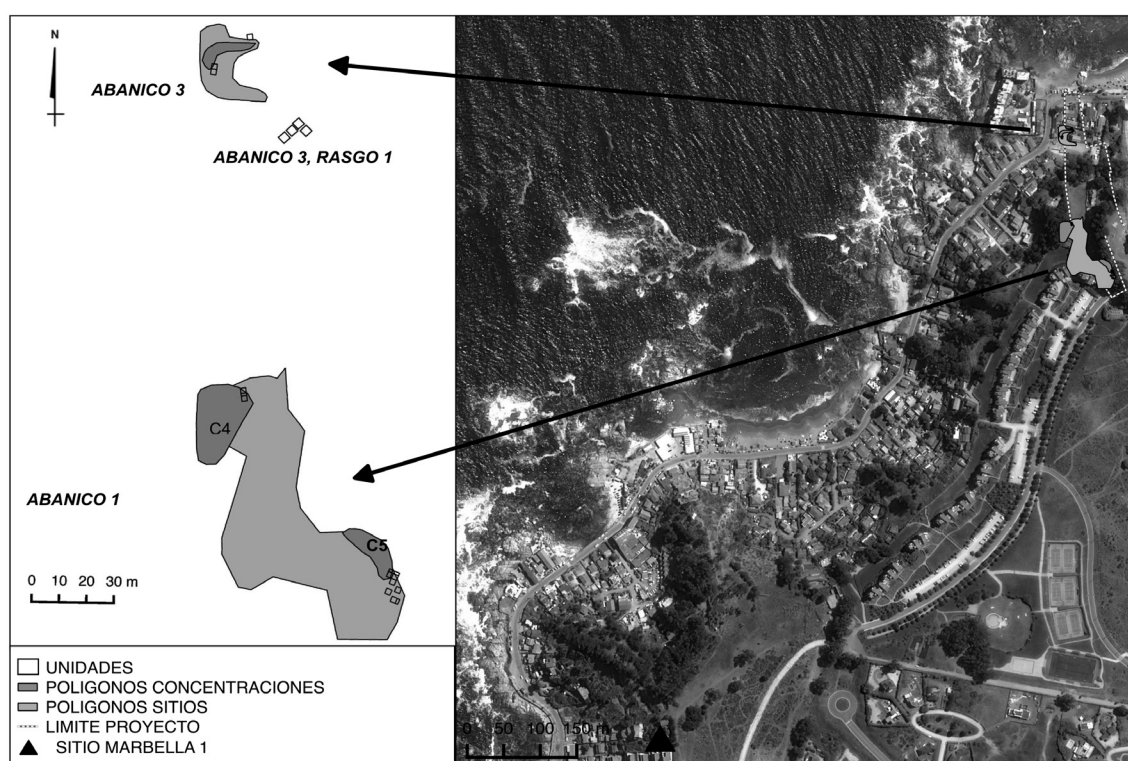


Figura 2: Emplazamiento de los Sitios Abanico 1 y Abanico 3 y ubicación de unidades excavadas.

Metodología

Los trabajos de rescate que dan origen a este artículo consistieron en la excavación sistemática de 44 m² en el sitio Abanico 1: 10 m² en la Concentración 4 y 34 m² en la Concentración 5 (Figura 2). Las unidades de excavación fueron distribuidas de forma homogénea dentro de las superficies actualmente no intervenidas del sitio, de modo de abarcar la totalidad de las posibles áreas de actividad de cada concentración. Específicamente, se excavaron 2 unidades de 2x2 m y una de 2x1 m en la Concentración 4; y 7 unidades de 2x2 m, y 3 unidades de 2x1 en la Concentración 5. Se tomaron dos columnas de flotación de 20x10 cm cada una en el sitio Abanico 1, la primera ubicada en el sector menos denso del sitio y la segunda en el sector de mayor densidad.

En el sitio Abanico 3, por su parte, se excavaron 30 m²: 12 m² en S2 y 18 m² en SR1 (Figura 2). Específicamente, en S2 se excavaron tres unidades de 2x2 m en un sector con evidencias de alteraciones recientes, incluyendo la acumulación de basuras subactuales y el crecimiento de arbustos y árboles que formaban un pequeño bosque bastante cerrado. En SR1 se excavaron cuatro unidades de 2x2 m y se realizaron ocho pozos de sondeo de 50 x 50 cm con el fin de delimitar horizontalmente la extensión del sector nuclear del sitio. En este sector se tomó una columna de flotación de 20x20 cm.

Todo el material cultural y ecofactual fue harneado, separado y etiquetado para análisis de laboratorio. Se realizaron análisis especializados del material malacológico, arqueofaunístico

(vertebrados), lítico, cerámico y arqueobotánico. Con respecto a la recuperación de especies malacológicas, en Abanico 3 se recolectó una muestra de 1 litro por nivel estratigráfico. Los restos fueron identificados taxonómicamente mediante la consulta y comparación de elementos provenientes de crustáceos, moluscos y equinodermos con manuales especializados de invertebrados marinos. Asimismo, se cuantificó la muestra mediante la estimación del NISP (Número de Especímenes Identificados), referido a la cantidad de elementos anatómicamente reconocidos para cada taxón, y el MNI (Número Mínimo de Individuos), correspondiente a la estimación de individuos por cada taxón.

Para análisis arqueobotánico se tomaron tres columnas estratigráficas (embolsando el sedimento según niveles de 10 cm.) y se recuperaron los rasgos. En total fueron procesados 107,65 litros de sedimento. Las muestras fueron sometidas a un proceso de “flotación” (Watson 1976; Greig 1989), con lo que se recuperó el material carpológico. Posteriormente los carporrestos fueron individualizados y determinados taxonómicamente mediante lupa binocular de objetivos 2X y 4X, y oculares de 10X cada uno, y comparación con colecciones de referencia.

El universo total del conjunto lítico (tallado y pulido-piqueteado) se analizó a través de la categorización de cada elemento completo o fracturado según variables tecnológicas, morfológicas, petrográficas y métricas, con el fin de caracterizar los segmentos de las cadenas operativas en cada uno de los contextos mencionados.

En cuanto a los materiales arqueofaunísticos de vertebrados, el análisis consideró cada fragmento óseo como una unidad, identificando rasgos taxonómicos y anatómicos, además de evidencias macroscópicas de modificaciones naturales y culturales. Se estimó cuantitativamente el MNI de cada categoría taxonómica, a la vez que se generó una representación de la distribución espacial (horizontal, por unidad de excavación) y estratigráfica (vertical, por capa y nivel) de los diversos taxones.

El análisis cerámico se llevó a cabo en cuatro etapas. En primer lugar, a partir de las características generales de la fragmentería cerámica –aspecto general, espesor de paredes, tratamientos de superficie y pastas– se llevó a cabo la asignación cultural del material. En segundo lugar, la clasificación general se llevó a cabo de acuerdo a criterios de tratamiento de superficie y espesor de paredes, a partir de lo cual se definieron conjuntos de vasijas. En cuanto al tratamiento de superficie, los fragmentos fueron clasificados en alisados, pulidos, alisados espatulados, pulidos espatulados, esmaltados o erosionados, tomando en cuenta ambas paredes. A partir del espesor, los fragmentos fueron clasificados en delgados (≤ 4.9 mm), medianos (5.0–7.9 mm), gruesos (8.0–11.9 mm) o muy gruesos (≥ 12 mm). Los fragmentos fueron considerados “pequeños” solo en aquellos casos en que no fue posible determinar el espesor de pared del fragmento. En tercer lugar, el análisis de formas se llevó a cabo a partir de los fragmentos diagnósticos de forma, tomando en cuenta la parte de la vasija a la que originalmente perteneció cada fragmento (borde, cuello, unión cuello-cuerpo, cuerpo, base, asa, inserción asa), además de la forma específica adoptada por éstos. Por último, el análisis de decoración propendió a determinar la técnica decorativa presente y, en los casos pertinentes, el color del pigmento y motivo específico de la decoración.

Resultados

Estratigrafía y cronología de los sitios

El sitio Abanico 1 presentó eventos ocupacionales discretos con baja densidad de material artefactual y ecofactual. El análisis estratigráfico y contextual determinó que probablemente los materiales del sitio correspondan en su mayoría a depósitos removidos desde un sitio ubicado originalmente ladera arriba de Abanico 1 y fuera de los límites del área rescatada. En efecto, informantes locales señalaron que restos óseos humanos fueron encontrados al momento de excavarse fundaciones para la construcción de una casa ubicada en el predio inmediatamente ladera arriba del sector donde se realizó el rescate. La interpretación estratigráfica se basa a su vez en la condición “matriz soportada” de los restos artefactuales y ecofactuales, su frecuente disposición horizontal en los perfiles, así como por el nivel de fragmentación y erosión de los restos. En este contexto, la Concentración 4 del sitio parece ser la continuación y límite inferior de la dispersión ladera abajo de los materiales desde el sitio original, lo cual es respaldado por la similitud de los contextos cerámicos respecto de la Concentración 5, la total ausencia de rasgos in situ en la Concentración 4, y la asociación en algunos niveles de los materiales prehispánicos con restos históricos. Es muy posible que las Concentraciones 4 y 5 hayan tenido en el pasado una solución de continuidad espacial.

No obstante lo anterior, también se identificó la presencia de dos rasgos de quema (pequeños fogones) en la Concentración 5 del sitio Abanico 1, lo cual indica la existencia de algunos depósitos in situ dentro del sitio. Es interesante que estos rasgos aparecieran principalmente en la parte inferior del depósito excavado y bajo la capa que contenía el conchal disperso removilizado (Figura 3). Lo anterior sugeriría que posiblemente estos fogones funcionaron en un primer momento como una ocupación muy efímera y marginal, y luego fueron cubiertos por la erosión y redepositación de los materiales del sitio superior.

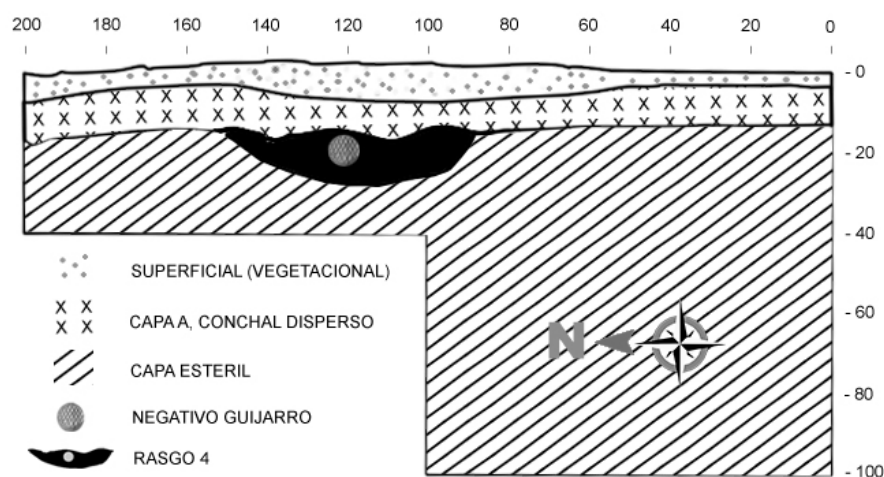


Figura 3. Dibujo de perfil este, Rasgo 1 correspondiente a fogón, registrado en unidad 1A, sitio Abanico 1.

Por su parte, el sitio Abanico 3 también presentó una solución de continuidad entre los sectores SR1 y S2. El primero, SR1, corresponde a un conchal denso in situ, con concentraciones de cenizas y carbones en ciertos sectores. Durante la excavación y en los perfiles se pudo observar la erosión de partes de este conchal, por la acción de antiguos canales de agua y otros agentes. En tanto, las capas identificadas en S2 corresponden justamente a depósitos removidos por erosión desde ladera arriba, donde se encuentra SR1. Dichos niveles muestran tanto restos de carácter histórico, como subactual y prehispánico, lo que indica que constituyen una redepositación de los contextos prehispánicos e históricos erosionados desde SR1.

La cronología de los sitios bajo estudio se determinó indirecta y directamente. En el primer caso, a partir de la identificación de los materiales culturales diagnósticos, los cuales fueron asignados cronológicamente por datación cruzada. La determinación cronológica directa se logró mediante tres dataciones radiocarbónicas, dos para el sitio Abanico 1 y una para el sitio Abanico 3 (Tabla 1). A partir del análisis de materiales se pudo establecer la existencia de ocupaciones prehispánicas en los dos sitios, además de una ocupación histórica que es más visible en ambos sectores del sitio Abanico 3. Respecto de las dataciones radiocarbónicas, para el sitio Abanico 1, se fecharon dos muestras de carbón provenientes de los rasgos identificados. Para el sitio Abanico 3, por su parte, se fechó una muestra de carbón proveniente de la capa del conchal in situ, y asociada a una punta de proyectil.

Código de Laboratorio	Sitio	Material	$\delta^{13}\text{C} \text{ ‰}$	Edad ^{14}C	Fecha Calibrada AP (2 σ)	Fecha Calibrada d.C. (2 σ)
D-AMS 010132	AB-1	Carbón de fogón	-17.9	943 $\pm$ 28	803 (738-905)	1148 (1045-1212)
D-AMS 010137	AB-1	Carbón de fogón	-22.3	874 $\pm$ 21	738 (684-773)	1213 (1177-1266)
D-AMS 010138	AB-3R1	Carbón aislado	-27.7	620 $\pm$ 23	597 (536-633)	1354 (1317-1414)

Tabla 1: Resultados de dataciones radiocarbónicas de los sitios Abanico 1 y Abanico 3 Rasgo 1. Calibraciones a 2 sigmas realizadas con el programa CALIB 7.1 y la curva SHCal13.

Los análisis realizados al material cerámico del sitio Abanico 1 determinaron que prácticamente la totalidad del material es PAT: vasijas principalmente alisadas de pared mediana, restringidas con cuello y algunas con asa cinta (o mamelonar, según se registró en un caso). Si bien la presencia de piezas decoradas es escasa, esta incluye la presencia de un fragmento de cuerpo pulido de pared delgada decorado con pintura roja sobre hierro oligisto, la cual es diagnóstica del PAT de la zona central, tanto de los complejos culturales Bato como Llolleo (Sanhueza *et al.* 2003). Por su parte, la presencia de decoración incisa del tipo “inciso lineal punteado” en dos fragmentos de Abanico 1 (Figura 4) sugiere que las ocupaciones se vincularían con el Complejo Cultural Bato (Sanhueza *et al.* 2003). Sólo en uno de los casos se pudo determinar el motivo específico que describe el campo punteado; se trataría de un campo en zigzag (Falabella y Planella 1988-1989). Por último, aunque menos diagnóstica, la presencia de decoración con pintura roja, que está presente en siete fragmentos, apoya también la asignación del material de estas ocupaciones al PAT de Chile Central, puesto que, en todos los casos, la decoración con pintura roja se presenta en fragmentos pertenecientes a piezas restringidas con cuello, lo cual es coherente con los contextos tempranos de la zona (Falabella

y Planella 1988-1989), a diferencia de lo que se observa en los contextos históricos, donde la decoración con pintura roja se asocia mayoritariamente a vasijas de forma abierta (Baudet 2007). En Abanico 1 solo se registraron tres fragmentos históricos, pero provenientes del sector montículo, el cual corresponde a un acopio de material removido por maquinaria pesada.

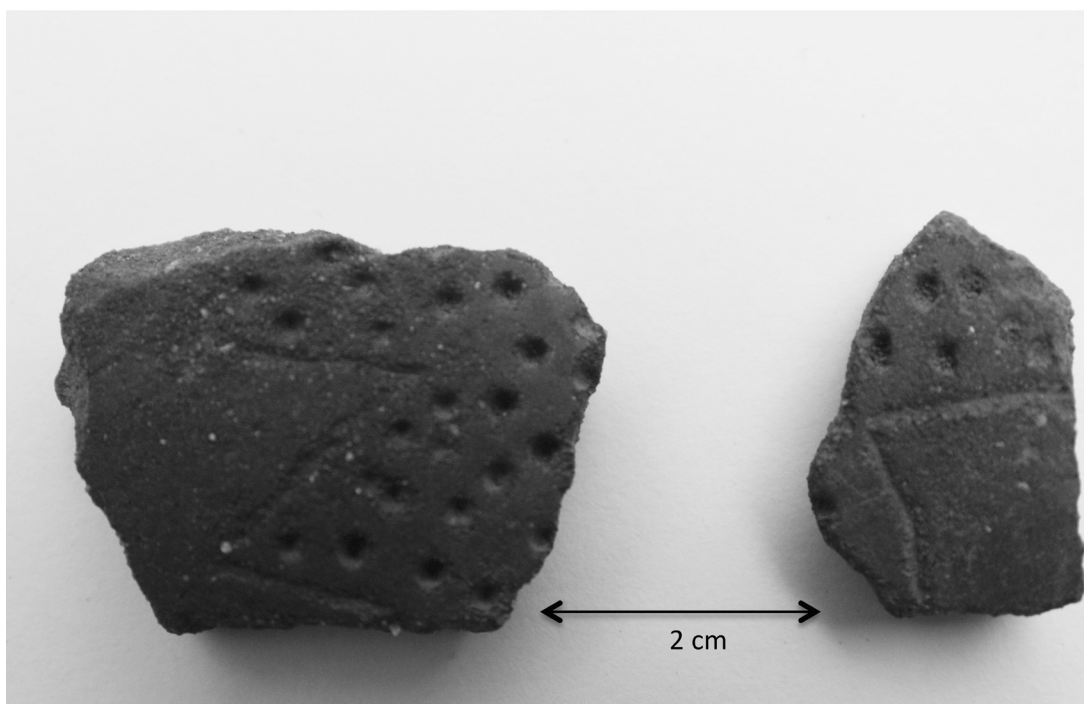


Figura 4. Fragmentos cerámicos con decoración inciso lineal punteada, diagnósticos del Complejo Cultural Bato, proveniente de Abanico 1, Concentración 5.

En el caso de Abanico 3, la gran mayoría del material cerámico es asignable a momentos poshispánicos (96.8%). La cerámica histórica corresponde en su gran mayoría al tipo monocromo, que es de producción local con antecedentes en las tradiciones indígenas y que fue profusamente usado hasta la segunda mitad del siglo XVIII, así como al tipo monocromo rojo, que es de tradición hispano indígena y que fue usado entre 1570 y 1750 d.C. (Prieto *et al.* 2006). La ocupación histórica de Abanico 3 habría estado caracterizada también, aunque de manera muy escasa, por cerámica vidriada o esmaltada, y por un fragmento de mayólica, que correspondería al tipo verde sobre blanco, que, de acuerdo a Claudia Prado (2009), podría corresponder al tipo Más Allá Polícromo, de manufactura peruana (Figura 5). Considerando la virtual inexistencia de loza (sólo un fragmento) u otras cerámicas de altas temperaturas al interior del sitio, la escasez de cerámica vidriada y mayólica, la baja representación del tipo monocromo rojo pulido, que es de origen más tardío -1650 a 1780- versus la gran abundancia de los tipos monocromo y monocromo rojo, que son más tempranos (Prado 2009), así como la presencia en la alfarería de reminiscencias de la época prehispánica (incisos, acanalados y escobillados), es dable proponer que la alfarería posthispánica de Abanico 3 correspondería a una ocupación histórica temprana del sector, cercana cronológicamente al contacto entre indígenas y españoles.

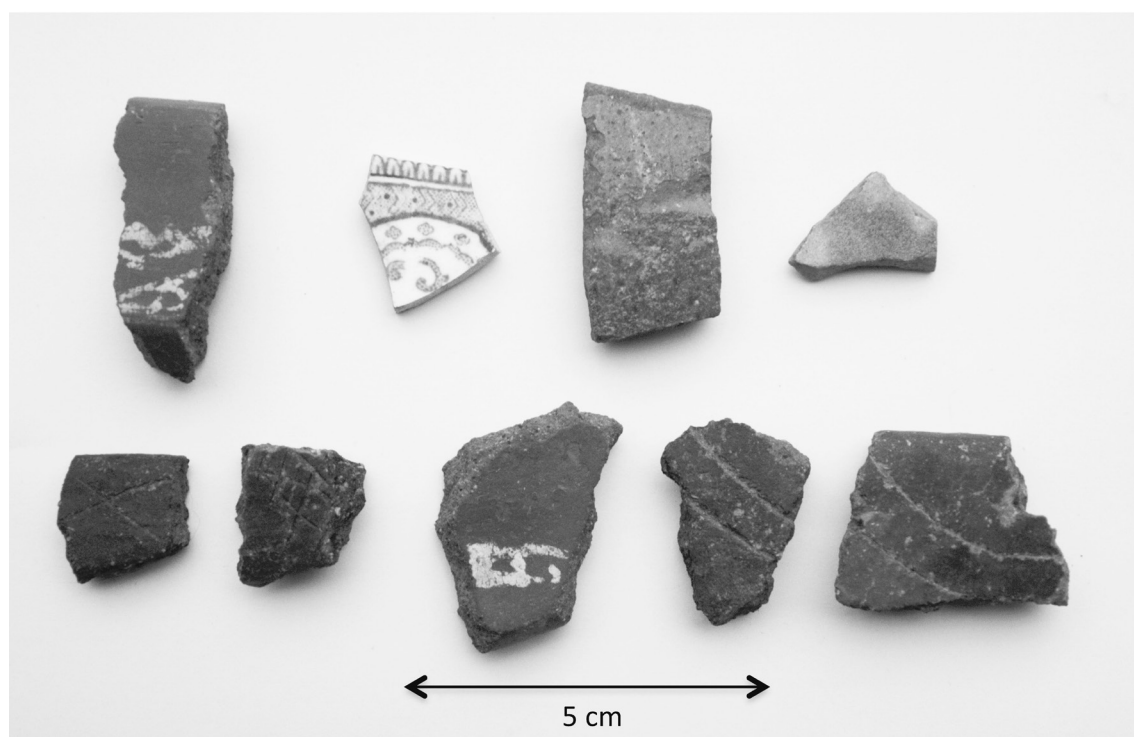


Figura 5. Cerámica Histórica decorada de los sitios Abanico 1 y Abanico 3.

El análisis lítico, si bien menos diagnóstico, es coherente con algunos resultados de la identificación cerámica. En efecto, existen algunas evidencias líticas tecnológicas (cadenas operativas, tamaño de los derivados, selección de materias primas, estrategia expeditiva) y relacionadas con la morfología del instrumental tallado (dimensión mediana, y manufactura desde lasca de la punta de proyectil) y pulido-piqueteado (piedra horada), que podrían remitir a un componente cultural correspondiente al PAT de Chile Central.

Por último, reiteramos que la cronología de los sitios se determinó también de modo directo, por medio de tres dataciones radiocarbónicas por AMS de muestras de carbón, las que sitúan las ocupaciones prehispánicas de los sitios Abanico 1 y Abanico 3 entre los siglos XII y XIV (Tabla 1).

Cultura material y subsistencia

A pesar de las diferencias estratigráficas y cronológicas de los sitios Abanico 1 y Abanico 3, ambos conchales comparten algunas características. En efecto, en ambos sitios la especie más representada es *Mesodesma donacium* (macha), alcanzando el 90% en el sitio Abanico 1 y alrededor del 59% en el sitio Abanico 3 (Tabla 2). En Abanico 3 aparecen también en menor frecuencia restos de *Concholepas concholepas* (loco) con 16%, *Tegula atra* (caracol) con 9% y la almeja *Retrotapes* spp. con 7%. No obstante, esta mayor diversidad de especies malacológicas en Abanico 3 se dio en las capas post-hispánicas, donde el material PAT aparece mezclado con restos históricos y subactuales. Por su parte, uno de los fogones identificados en Abanico 1 se compone casi exclusivamente de *Loxechinus albus* (erizo), especie prácticamente ausente en el resto del sitio y en Abanico 3.

Especies	Abanico 1	Abanico 3 (S2)	Abanico 3 (R1)
<i>Acantina monodon</i>	0,02	0,09	0
<i>Austrorhynchus psittacus</i>	0	0,52	0,006
<i>Caliptraea</i> spp.	0	0,03	0
<i>Chiton granosus</i>	0,26	0,87	0,02
<i>Chiton latus</i>	0	0	0,03
<i>Chiton</i> spp.	0	0	0,03
<i>Collisella orbigny</i>	0	0	0,02
<i>Choromytilus chorus</i>	0	0,03	0
<i>Concholepas concholepas</i>	0,61	16,15	0,55
<i>Crassilabrum crassilabrum</i>	0,02	0	0
<i>Crepidula</i> spp.	0	0,03	0
<i>Diloma nigerrima</i>	0,02	0,33	0,003
<i>Fisurella costata</i>	0,87	0,24	0,03
<i>Fisurella crassa</i>	0,48	1,11	0,06
<i>Fissurella cumingi</i>	0	0	0,01
<i>Fissurella latamarginata</i>	0	0	0,01
<i>Fisurella limbata</i>	0,35	0,06	0,003
<i>Fisurella maxima</i>	0,28	2,36	0,01
<i>Fissurella</i> spp.	0	0	1,16
<i>Loxechinus albus</i>	3,23	0,6	0,32
<i>Magnificus bowenii</i>	0,26	0,09	0
<i>Mesodesma donacium</i>	89,54	59,12	46,36
<i>Nodilittorina araucana</i>	0	0,03	0
<i>Nucella calcar</i>	0	0	0,01
<i>Oliva peruviana</i>	0	0,15	0,01
<i>Perumitilus purpuratus</i>	1,37	0,09	0,22
<i>Protothaca thaca</i>	0,72	0,24	0,02
<i>Retrotapes</i> spp.	0,15	6,58	0
<i>Scurria araucana</i>	0,04	0,03	0
<i>Scurria scurra</i>	0	0,09	0,01
<i>Scurria variabilis</i>	0,04	0,03	0
<i>Tegula atra</i>	1,13	9,27	0,58
<i>Tegula tridentata</i>	0	0	0
<i>Tónica</i> spp.	0,04	0,06	0

Tabla 2. Abundancia relativa (% NISP) de especies de moluscos presentes en los sitios Abanico 1 y Abanico 3 (S2 y SR1). Parte 1.

<i>Turritella cingulata</i>	0,04	0,36	0
<i>Venus antiqua</i>	0	0	0,02
<i>Xanthochorus cassidiformis</i>	0	0,06	0,003
No identificadas	0,53	1,38	2,3
% TOTAL NISP	100	100	100
Nº total especies identificadas	20	27	28

Tabla 2 (cont.). Abundancia relativa (% NISP) de especies de moluscos presentes en los sitios Abanico 1 y Abanico 3 (S2 y SR1). (Parte 2).

La predominancia de *Mesodesma donacium* en la ocupación prehispánica de ambos sitios sugiere la recolección constante en playas de arena en busca de machas y la obtención oportunista de otras especies de arena presentes alrededor, tales como los caracoles *Oliva peruviana*, *Turritella cingulata* y *Xanthochorus cassidiformis*, y las almejas *Retrotapes* spp. y *Prothotaca thaca* (Tabla 2). A pesar de que la baja abundancia de especies de roca en Abanico 1 y Abanico 3 evidenciaría la recolección esporádica de moluscos desde playas rocosas, la mayor predominancia en Abanico 3 de *Concholepas concholepas* y *Tegula atra* sumado a la presencia de especies submareales como *Austromegabalanus psittacus* (picoroco) y *Choromytilus chorus* (choro zapato) evidencian una recolección más recurrente y dirigida en playas de rocas, especialmente durante la ocupación histórica del sitio.

Otra semejanza entre ambos asentamientos es la baja frecuencia de restos de fauna vertebrada (Tabla 3). En efecto, en el sitio Abanico 1 no se registraron restos arqueofaunísticos, a excepción de un fragmento de carilla articular caudal de vértebra de Mammalia (mamífero) no identificado de talla mediana, y un fragmento óseo de mamífero no identificado con huellas de corte con sierra, (lo que indicaría una data subactual para éste), el cual proviene de la capa superficial del sitio.

Por su parte, los restos de arqueofauna en el sitio Abanico 3 son un poco más abundantes y evidencian especímenes de las clases Mammalia (mamíferos) y Aves (aves), además del grupo parafilético Osteichthyes (peces con estructura ósea). Dentro de los mamíferos, se identificaron especímenes de los órdenes Rodentia (roedores) y Artiodactyla (artiodáctilos), en los que a su vez pudo reconocerse individuos de la familia Camelidae (camélidos) y Bovidae (bóvidos). Entre estos últimos se discriminó especímenes pertenecientes a las subfamilias Bovinae (bovinos) y Caprinae (caprinos), lo que se corresponde con la ocupación histórica. Dentro de las aves, sólo pudo evidenciarse algunos fragmentos del orden Galliformia (gallináceas). Asimismo, dentro del grupo Osteichthyes, sólo un espécimen pudo ser reconocido como *Trachurus symmetricus* (jurel).

Si consideramos sólo el material arqueofaunístico proveniente de la capa conchal del sitio Abanico 3 (SR1), donde los contextos prehispánicos se encuentran más íntegros (aunque mezclados con material histórico), el NISP total para la arqueofauna es de tan sólo 14 especímenes, de los cuales uno corresponde a un resto de animal introducido (Galliformia), mientras que los restantes se distribuyen en cinco fragmentos de pez no identificado, un fragmento de jurel, seis fragmentos de mamífero no identificado y un fragmento de ave no identificada (Tabla 3 para el MNI).

Taxa				Sitio		Total MNI
				Abanico 1	Abanico 3	
Aves	Galliformia			0	1	1
	Ave indeterminado			0	1	1
Mammalia	Artiodactyla	Camelidae		0	1	1
		Bovidae	Bovinae	0	1	1
			Caprinae	0	1	1
		Artiodactyla indeterminado		0	1	1
	Rodentia indeterminado			0	1	1
	Mammalia no-identificable		Mammalia grande	1	2	3
			Mammalia mediano	0	2	2
			Mammalia pequeño	0	2	2
			Mammalia indeterminado	1	2	3
	Osteichthyes	<i>Trachurus symmetricus</i>			0	1
Osteichthyes indeterminado			0	2	2	
Total MNI				2	18	20

Tabla 3. MNI de fauna vertebrada en los sitios de Abanico.

Por otro lado, los resultados de las columnas de flotación extraídas indican algunas semejanzas entre los sitios Abanico 1 y Abanico 3, aunque también marcadas diferencias (Tabla 4). Por un lado, las familias identificadas en los carporrestos tanto de Abanico 1 como de Abanico 3, corresponden mayoritariamente a especies silvestres y locales, las que se concentran en los primeros niveles de cada unidad. Sin embargo, Abanico 3 presentó una buena cantidad de carporrestos en estado carbonizado (75%), en tanto que Abanico 1 contiene un muy bajo porcentaje de éstos (0,7%). De estos pocos restos carbonizados (n=17), se identificaron especies silvestres de familias tales como Cyperaceae y Poaceae, y de géneros de *Portulaca* sp., *Galium* sp. y *Solanum* sp. Sólo una especie cultivada (*Medicago sativa*) se recuperó en los primeros niveles de la muestra analizada, la que se sabe ha sido introducida en tiempos post-hispánicos.

Por su parte, los abundantes carporrestos carbonizados de Abanico 3 tienen una alta representatividad en todos los niveles de la columna. Del total de restos carbonizados, sólo se pudo determinar taxonómicamente un 21,2%, dado que los procesos de fragmentación y carbonización a los que fueron sometidos, eliminaron todos los rasgos diagnósticos propicios para su identificación. No obstante, fue posible determinar la presencia de especies tales como *Portulaca* sp., *Chenopodium* sp., *Malva* sp., *Calceolaria* sp., *Suaeda* sp., y *Podanthus* sp., correspondientes a hierbas y arbustos silvestres que se encuentran dentro de la flora nativa local (Flores-Toro y Contreras-López 2015; Flores-Toro y Amigo 2013). Se identificó la presencia de una especie introducida (*Silene gallica*) con baja representación (n=6) en los primeros niveles de la columna. Lo anterior refleja un uso

oportunista de la flora local para las actividades que involucraron los constantes eventos de quema observados en el sitio.

Taxa	Abanico 1	Abanico 3	Total
<i>Medicago sp.</i>	3		3
<i>Cyperaceae</i>	1		1
<i>Portulaca sp.</i>	1	3	4
<i>Malesherbia linearifolia</i>	1		1
<i>Chenopodium quinua</i>	1	2	3
<i>Galium sp.</i>	2	1	3
<i>Luma sp.</i>		2	2
<i>Baccharis sp.</i>	1		1
<i>Solanum robinsonianum</i>	1		1
<i>Copiapoa coquimbana</i>	1		1
Poaceae	1		1
<i>Silene gallica</i>		8	8
<i>Chenopodium sp.</i>		1	1
<i>Malva sp.</i>		2	2
Fabaceae		11	11
<i>Calceolaria sp.</i>		24	24
<i>Suaeda sp.</i>		3	3
<i>Podanthus sp.</i>		1	1
Indeterminada	6	25	31
Total	19	83	102

Tabla 4. Carporrestos carbonizados hallados en las columnas y rasgos de Abanico 1 y 3.

Para el caso de los rasgos recuperados en ambos sitios, por un lado se destaca la presencia de una semilla del género *Baccharis*, propio de arbustos silvestres (Rasgo 1 de Abanico 1), la que fue hallada en un pequeño fogón, por lo que se asume que se utilizaron ramas (con hojas y flores) de este arbusto como combustible. De igual manera, se recuperaron restos carbonizados de especies de *Calceolaria sp.* y *Luma sp.*, ejemplares arbóreos y arbustivos que también nos remiten a un uso dirigido al consumo de leña.

Por otro lado, es importante destacar que en las columnas de ambos sitios fueron encontradas semillas carbonizadas de *Chenopodium quinua* (quínoa), una en Abanico 1 y dos en Abanico 3, lo que da cuenta del consumo de especies cultivadas. Aunque su representatividad es baja, su uso aquí es indiscutible, ya que además de existir 3 ejemplares carbonizados que lo ratifican, la presencia/ ausencia de los restos vegetales está también sujeta a los procesos medioambientales que rigieron los eventos postdeposicionales, por lo que refleja una realidad fragmentada.

El material lítico es escaso en ambos sitios, aun cuando presenta ciertas diferencias entre ellos (Tabla 5). Para el caso de Abanico 1, sólo se identificaron 10 piezas de material lítico, nueve derivados y un

instrumento. Las materias primas presentes son diversas en cuanto a origen geológico/características petrográficas y calidad para la talla, identificándose andesitas regulares (n=3), cristal de roca de buena calidad (n=3), basaltos regulares (n=2) y sílices de buena calidad (n=2). El único instrumento formatizado identificado corresponde a la porción proximal de una punta de proyectil (ancho 18,1 mm; espesor 4,4 mm; ángulo 35°) (Figura 6). La elaboración se realizó sobre una lasca de roca sílicea color salmón de grano fino y de buena calidad para la talla, en la cual se observa ausencia total de corteza. Los nueve derivados de este conjunto lítico corresponderían a segmentos de desbaste lítico secundarios (derivado de talla) a juzgar por la frecuencia de talones, en donde priman aquellos asociados al desbaste (plano) y menormente a procesos primarios de talla (cortical), en absoluto detrimento de aquellos ligados al desbaste bifacial y retoque (seudofacetado, puntiforme y rebajado). Vinculado estrechamente con esto, las matrices que dominan corresponden a los derivados de talla, solo pudiéndose observar dos guijarros, cuya materia prima corresponde a basaltos y andesitas.

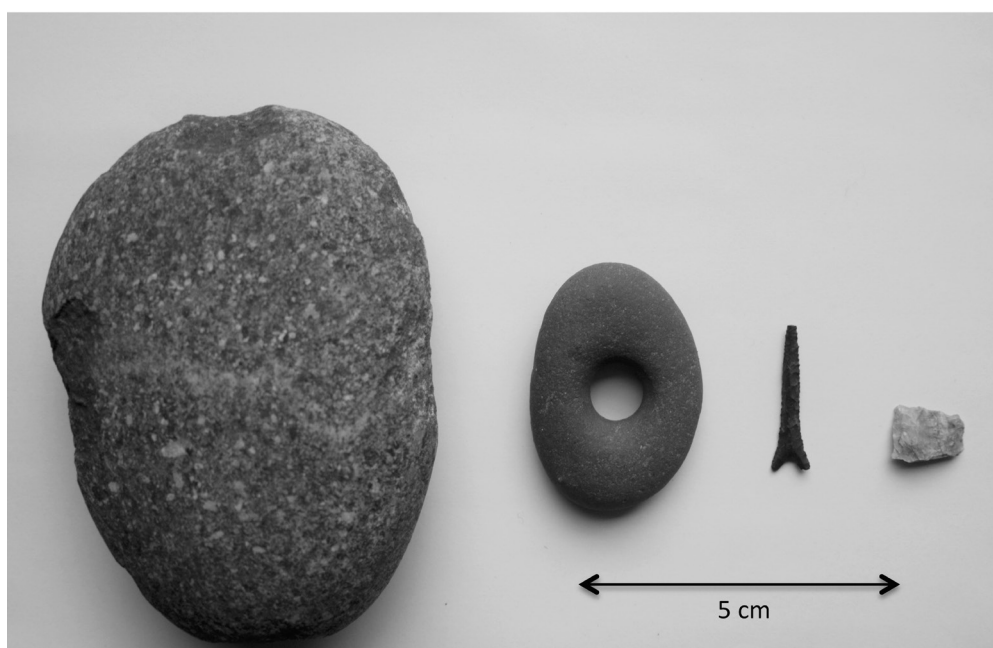


Figura 6. Material Lítico Periodo Alfarero Temprano de los sitios Abanico 1 y Abanico 3. Mano de moler, piedra horadada y puntas de proyectil.

Sitio	Derivados	Instrumentos tallados	Instrumentos pulido-piqueteados
Abanico 1	9	1 punta proyectil	-
Abanico 3	14	1 punta proyectil	2 manos de moler 1 piedra horadada

Tabla 5. Material lítico recuperado de las ocupaciones prehispánicas de los sitios Abanico 1 y Abanico 3.

Para el sitio Abanico 3, por su parte, se identificaron sólo 18 piezas de material lítico (Tabla 5), de las cuales 14 corresponden a derivados del proceso de talla, con un sólo elemento formatizado del tipo punta de proyectil (alargada, con aletas y sin pedúnculo) y tres instrumentos pulido-piqueteados, incluyendo una piedra horadada de color rojizo pulida y dos manos de moler con huellas de uso (Figura 6). La morfología de la punta bifacial sugiere que pudo haber sido utilizado para la pesca más que para la caza de fauna marina y terrestre, sin embargo, es de pequeñas dimensiones y se encuentra finamente manufacturada. Al igual que en Abanico 1, las materias primas son diversas en cuanto a origen geológico/características petrográficas y calidad para la talla, identificándose sílices muy buenos, buenos y regulares, andesitas regulares y basaltos de buena calidad. Por su parte, nuevamente predominan los desechos de desbaste lítico secundario o derivados de talla (n=6) y derivados de desbaste de núcleo (n=3), habiendo solo 1 derivado de retoque.

El material cerámico encontrado en los sitios está compuesto por 454 fragmentos en el caso de Abanico 1, de 977 fragmentos en el caso de Abanico 3 (S2) y 557 fragmentos de Abanico 3 (SR1). De este conjunto, 451 fragmentos de Abanico 1 fueron asignados al PAT (Tabla 6), mientras que en el caso de Abanico 3 (S2) sólo 33 fueron asignados al PAT y 944 a momentos históricos, y en Abanico 3 (SR1) 81 fragmentos fueron asignados al PAT, 421 a momentos históricos y 55 no pudieron ser clasificados por su pequeño tamaño (Tabla 7). La presencia de fragmentos vidriados, con decoración esmaltada, es muy escasa: está representada sólo por tres fragmentos, y sólo se identificó un fragmento de loza.

Tratamiento de superficie	Pared delgada		Pared mediana		Pared gruesa		Pared muy gruesa	
	n	% del total	n	% del total	n	% del total	n	% del total
Alisado ext. – int.	35	8.2	240	56.7	26	6.1		
Alisado ext. – Pulido int.			8	1.8				
Alisado ext – Pulido espatulado int.					1	0.2		
Alisado espatulado ext. – Pulido int.			1	0.2				
Pulido ext.	25	5.9	58	13.7	6	1.4	1	0.2
Pulido ext – int			6	1.4	2	0.4		
Pulido espatulado ext – int			1	0.2				
Pulido espatulado/ Pulido			1	0.2				
Erosionado			11	2.6	1	0.2		
Total	60	14.1						
Total	423							

Tabla 6. Clasificación general del material cerámico PAT de Abanico 1.

La cerámica temprana de los sitios de Abanico se caracteriza por el predominio de piezas de pared mediana, siendo relativamente importante también la presencia de piezas de pared delgada. La presencia de vasijas de pared gruesa o muy gruesa es considerablemente minoritaria. En términos de tratamiento de superficie, predominan las vasijas de pared alisada. Al combinar ambos aspectos, vemos que el conjunto de vasijas predominante, en ambos sitios, corresponde a las piezas alisadas de pared mediana; esto, a excepción del Rasgo 1, donde la presencia de vasijas pulidas de pared mediana es ligeramente superior a la de piezas alisadas medianas.

Morfológicamente, la gran mayoría de los fragmentos son asignables a vasijas restringidas con cuello, de perfil inflectado, de borde recto o evertido. La muestra disponible no permite determinar la forma específica de las bases de las piezas. En el caso de las piezas pulidas, se trataría principalmente de jarros, mientras que en el caso de las vasijas alisadas se trataría, en su mayoría, de ollas. Algunas piezas habrían presentado asa cinta inserta en el cuello o en el cuerpo. La presencia de vasijas de forma abierta habría sido minoritaria.

Tratamiento de superficie	Pared delgada		Pared mediana		Pared gruesa		Pared muy gruesa	
	n	% del total	n	% del total	n	% del total	n	% del total
Alisado ext. – int.	2	1.9	32	30.7	6	5.7	1	0.9
Alisado ext. – Pulido int.			1	0.9				
Alisado ext – Pulido espatulado int.								
Alisado espatulado ext. – Pulido int.								
Pulido ext.	9	8.6	36	34.6	1	0.9		
Pulido ext – int	4	3.8	3	2.8				
Pulido espatulado ext – int	2	1.9	2	1.9				
Pulido espatulado/Pulido								
Erosionado			4	3.8	1	0.9		
Total	17	16.3	78	75	8	7.6	1	0.9
Total	104							

Tabla 7. Clasificación general del material cerámico PAT de Abanico 3.

La presencia de vasijas decoradas también fue muy escasa. Sólo 10 fragmentos tempranos son decorados, y representan tres tipos de decoración: incisa, pintura roja y pintura roja sobre hierro oligisto. La decoración con pintura roja habría estado presente en vasijas restringidas con cuello, en su mayoría pulidas de pared delgada, y también pulidas de pared mediana. La decoración con pintura roja sobre hierro oligisto se presenta sólo en un fragmento, que habría pertenecido a una pieza restringida con cuello, pulida de pared delgada.

La decoración incisa está representada por dos fragmentos de cuerpo pertenecientes al conjunto de vasijas pulido de pared mediana. Nada podemos decir acerca de la forma de las piezas que estuvieron decoradas con incisos a partir de los fragmentos con que contamos. Sin embargo, si

consideramos las características contextuales del PAT de Chile Central, es dable pensar que se habría tratado de decoraciones incisas hechas en el cuello de jarros (Falabella y Planella 1988-1989).

Con respecto a la función de la cerámica temprana de los sitios estudiados, ésta habría estado preponderantemente destinada a servir alimentos y bebidas, y a la preparación de alimentos. No obstante, no contamos con indicadores de exposición al fuego al interior de la fragmentería asignable al PAT, excepto sólo por un fragmento de cuerpo pulido de pared mediana, que presenta hollín en su pared interna.

En el caso del material cerámico histórico, el conjunto predominante corresponde a las vasijas pulidas de pared mediana. En su gran mayoría correspondería al tipo monocromo, y al tipo monocromo rojo. La cerámica monocroma presente en el sitio se caracteriza por sus tratamientos de superficie, principalmente pulidos, y también alisados, los que pueden ser a veces espatulados (Baudet 2007). La cerámica del tipo monocromo rojo habría sido decorada principalmente con pintura y, en algunos casos, con engobe. Se presenta también al interior del sitio el tipo blanco sobre rojos (Baudet 2007), donde se combina pintura o engobe rojo y blanco, formando motivos.

En términos morfológicos, se trataría de vasijas en su mayoría de forma abierta, siendo más escasa la presencia de piezas restringidas con cuello. Algunas vasijas habrían presentado asa, cinta o circular, inserta en el cuello o en el cuerpo (Tablas 6 y 7). Las piezas de forma abierta presentes en Abanico 3, como parte de la ocupación histórica, corresponderían a pucos, cuencos y platos, principalmente y, quizá también, a algunas formas de mayor capacidad, tales como fuentes o tinajas. De los siete fragmentos claramente asignables a platos, se logró determinar que, dos de ellos habrían pertenecido a platos hondos, y uno, a un plato bajo.

La variedad de decoraciones presentes dentro del material alfarero histórico de los sitios rescatados es mucho mayor que la observada en el material cerámico temprano, e incluye la pintura roja, pintura blanca, pintura blanca sobre rojo, engobe rojo, engobe blanco, engobe blanco sobre rojo, pintura blanca sobre engobe rojo, barniz negro, pintura roja y barniz negro, decoración incisa y decoración acanalada, además de los tipos vidriados y mayólica (Figura 5).

En términos funcionales, la alfarería histórica de los sitios de Abanico correspondería mayoritariamente a piezas destinadas a servir, consumir y preparar alimentos y, quizás en menor medida, al almacenaje. Algunos fragmentos dan cuenta del uso de estas piezas para su exposición al fuego, con el presumible fin de cocinar y/o calentar, alimentos y/o bebidas. Esto es cierto principalmente en el caso del conjunto alisado de pared gruesa.

Un aspecto interesante que se observa en la cerámica histórica del sitio corresponde a la presencia de ciertas reminiscencias de momentos prehispanicos, tanto del PAT como del Periodo Tardío. En primer lugar, la ocupación histórica de los sitios de Abanico incluye la presencia de cinco fragmentos que presentan decoración incisa. Al compararlos con los fragmentos incisos asignables al PAT, tanto de éste como de otros sitios conocidos, es claro que los incisos históricos presentan características claramente diferentes. En primer lugar, las decoraciones incisas históricas se habrían presentado principalmente asociadas al conjunto pulido de pared gruesa, o pulido de pared mediana, mientras que los incisos PAT se presentan mayoritariamente en vasijas de pared delgada, o mediana, en general alisadas. Por otra parte, considerando que los incisos presentes en los fragmentos de borde están principalmente en el interior y que el fragmento de base inciso está pulido en ambas paredes,

se infiere que este tipo de decoración se habría presentado principal, si no exclusivamente, en piezas de forma abierta. Las decoraciones incisas alfarero tempranas, en cambio, se presentan sólo en vasijas restringidas con cuello. En tercer lugar, es claramente perceptible que el trazo del inciso histórico que se observa en Abanico 3 es más irregular y burdo, mientras que los incisos PAT se caracterizan por ser más finos y regulares. Finalmente, los motivos presentes son también distintos: mientras que en la cerámica PAT se observa el tipo inciso lineal punteado, en la alfarería histórica presente en el sitio, los motivos son más diversos, e incluyen líneas perpendiculares, líneas paralelas, reticulado y líneas curvas paralelas.

Otra reminiscencia observable en la alfarería histórica de Abanico, propia del alfarero temprano, corresponde a la presencia de decoración acanalada, que se observa en un fragmento. Los acanalados son una variante de los decorados incisos, que corresponde a un trazo más profundo y ancho.

El gesto técnico de acabar la superficie de las piezas mediante espatulado también corresponde a una reminiscencia de momentos prehispánicos. Por una parte, el pulido espatulado, que corresponde al pulimento de la pieza mediante el uso de un instrumento que deja huellas en la superficie de modo tal que quedan sectores pulidos y otros no pulidos, se presenta en 41 fragmentos. El alisado espatulado, que corresponde al alisado de la pieza mediante un instrumento que deja huellas en la superficie a modo de pequeños surcos, es más escaso al interior del sitio, presentándose sólo en tres fragmentos. Los tratamientos de superficie espatulados es un modo de hacer típico de las comunidades alfarero tempranas de la costa de Chile Central, que se habrían presentado, en algunas piezas, aunque en mucha menor proporción que los tratamientos alisado y pulido propiamente tal (Fernanda Falabella, comunicación personal 2007).

Finalmente, el escobillado en la pared interior de un fragmento de cuerpo corresponde a una reminiscencia de otro momento cultural de la región. La tradición de alisar el interior de las piezas mediante un instrumento tipo escobilla, que deja la superficie interior ‘escobillada’, es propia del Periodo Tardío, o de dominación inka (Claudia Solervicens, comunicación personal 2006).

Discusión y conclusiones

Las dos dataciones radiocarbónicas obtenidas de los fogones del sitio Abanico 1 son consistentes entre sí y sitúan la ocupación inicial del sitio entre los siglos XII y XIII de nuestra era, mientras que la ocupación prehispánica de Abanico 3 habría ocurrido con posterioridad, hacia el siglo XIV d.C. El material cultural asociado a estas ocupaciones incluye 565 fragmentos cerámicos correspondientes al PAT, dentro de los cuales se encuentran fragmentos diagnósticos del Complejo Cultural Bato. Si bien estos últimos son escasos y sólo se encuentran en Abanico 1, nos permiten plantear que las ocupaciones estudiadas se vincularían con el Complejo Cultural Bato de Chile Central. De momento, no resulta posible asignar la ocupación alfarero temprana de los sitios estudiados al recientemente definido Subconjunto Desembocadura del Aconcagua, que fue definido a partir de los sitios Marbella 1 y Los Eucaliptus y que se caracteriza, en términos alfareros, por la alta proporción de decoraciones negativas y por la importancia porcentual de asas de suspensión (Avilés 2014; Sanhueza y Avilés 2012). Queda pendiente explicar la ausencia de estas características en los sitios acá presentados, sobre todo considerando la significativa muestra que fue excavada y estudiada. Una explicación que resulta plausible es la funcionalidad que habrían tenido los sitios Abanico 1 y 3, a saber, asentamientos logísticos esporádicos y de baja intensidad de uso (volveremos sobre

esta idea más adelante). Otra posibilidad es que las características propuestas para el Subconjunto Desembocadura del Aconcagua se restrinjan al primer milenio d.C. y no se expresen en estas manifestaciones más tardías de las poblaciones PAT. Esta alternativa nos enfrenta a una complejidad adicional, cual es, determinar qué exactamente están fechando los fogones datados en Abanico 1. Como se señaló más arriba, dichos fogones corresponden sin duda a ocupaciones *in situ* ocurridas hacia los siglos XII o XIII d.C., pero el grueso del material cerámico PAT correspondiente a ese sitio proviene de un estrato interpretado como la removilización de materiales provenientes de un sitio ubicado ladera arriba de Abanico 1 y fuera del área de estudio.

En este sentido, la cronología de este sitio presenta dos escenarios posibles de interpretación: por un lado, podría ser que los fogones correspondan a una ocupación muy efímera ocurrida con posterioridad a la depositación del sitio PAT ubicado ladera arriba de Abanico 1, pero antes de la erosión y redepositación del mismo. Por otro lado, es posible que los fogones de Abanico 1 correspondan a un área marginal del sitio PAT ubicado ladera arriba de Abanico 1, y que estemos en presencia de grupos Alfarero Tempranos ocupando el litoral de Maitencillo los primeros tres siglos del segundo milenio de nuestra era.

Si bien los datos actuales no permiten resolver este problema completamente, esta última posibilidad nos parece más plausible considerando la edad ligeramente posterior (siglo XIV d.C.) obtenida del conchal *in situ* de Abanico 3 (SR1). En este último sector también fueron encontrados fragmentos cerámicos adscritos al PAT, aun cuando asociados con una mayor abundancia de cerámica histórica. Pero la asociación entre la cerámica PAT de Abanico 3 y la fecha correspondiente al siglo XIV d.C. sugiere que esta alfarería siguió produciéndose y utilizándose en la costa de Maitencillo por lo menos hasta el Período Tardío. El instrumental lítico de los dos sitios también es coherente con una asignación cronológica al PAT, en términos de la morfología del instrumental tallado (dimensión mediana, sección delgada y manufactura desde lascas de las puntas de proyectil) y pulido-piqueteado (piedra horadada y manos de moler), aun cuando se asocian a estas edades posteriores al primer milenio d.C. En este sentido, las evidencias del sector Abanico en su conjunto (considerando tanto el sitio Abanico 1 como el sitio Abanico 3) parecen indicar la presencia de ocupaciones Alfarero Tempranas, posiblemente vinculadas al Complejo Cultural Bato, ocupando la costa de Maitencillo hasta aproximadamente el 1400 d.C.

Este escenario apoya planteamientos recientes (Cornejo 2010; Falabella *et al.* 2014) en torno a la contemporaneidad de poblaciones Bato y Aconcagua en Chile Central durante los primeros siglos del segundo milenio de nuestra era. No obstante, a diferencia de lo observado en los ríos Aconcagua, Maipo y en la cuenca de Rancagua, no hay prácticamente registro de ocupaciones Aconcagua costeras al norte del río homónimo, y por lo tanto si bien los sitios de Abanico serían contemporáneos del fenómeno Aconcagua, no necesariamente hubo coexistencia o interacción recurrente entre las poblaciones costeras que ocuparon el sitio y los grupos Aconcagua.

La presencia de ocupaciones de tradición PAT en Maitencillo hacia el siglo XIII y XIV d.C. podría representar comunidades “residuales” que mantienen una materialidad y posiblemente formas de vida propias del PAT en momentos en los que muchas otras comunidades locales ya habían transitado hacia lo Aconcagua, concentrándose en el curso inferior del río Aconcagua y del valle del río Maipo principalmente (Cornejo 2010). Deberá quedar para futuras investigaciones determinar si la escasez de cerámica decorada, de tembetás, pipas y otros rasgos diagnósticos Bato en los sitios Abanico presentados en este trabajo constituye un patrón más regional que caracteriza a

estas poblaciones PAT residuales contemporáneas con poblaciones Aconcagua a inicios del segundo milenio de nuestra era, o si es solamente efecto del tipo de sitio estudiado en el presente proyecto.

Lo anterior no puede ser descartado puesto que tanto Abanico 1 como Abanico 3 presentan ocupaciones prehispánicas efímeras, posiblemente por parte de unidades sociales de pequeño tamaño. Así lo demuestran tanto la estratigrafía como la escasa diversidad de los restos culturales y ecofactuales. Si bien no es posible saber por ahora el tipo de sistema de asentamiento en el que se articularon estas ocupaciones, lo cierto es que se trata de locaciones utilizadas con una clara orientación litoral. En efecto, el ecofacto dominante en el conjunto faunístico son los moluscos y en particular la especie *M. donacium*, lo que indicaría que la orientación económica de las ocupaciones PAT de Abanico 1 y 3 se relacionó con la extracción y procesamiento de machas desde las playas arenosas cercanas. Dado que una dominancia similar de este recurso se advierte en el vecino sitio de Marbella 1 (Rodríguez 1993; Rodríguez *et al.* 1991), correspondiente a comunidades PAT más tempranas (primera mitad del primer milenio de nuestra era), es posible que las condiciones ambientales litorales de la zona de Maitencillo no hayan experimentado mayores cambios en los últimos dos milenios, estando dominada por extensas playas arenosas donde el recurso macha fue abundante, permitiendo una “estrategia” recolectora enfocada casi exclusivamente en la extracción de este recurso y con la obtención oportunista de otras especies de arena presentes alrededor. La diversificación de esta “estrategia” de recolección en tiempos poshispánicos, donde junto con la obtención preferente de *M. donacium*, se extraen en mayor frecuencia especies intermareales y submareales de playas rocosas, podría indicar cambios en la organización económica de los habitantes de los sitios más que cambios en las condiciones litorales locales, donde aún predominan las playas arenosas. Volveremos sobre esta idea más adelante.

Los restos malacológicos contrastan con la escasa arqueofauna recuperada en los sitios Abanico 1 y Abanico 3, lo que sugeriría que ni en Abanico 1 ni en Abanico 3 la obtención, procesamiento y/o consumo de vertebrados fueron actividades significativas. Lo anterior es del todo coherente con lo observado en el vecino y más temprano sitio de Marbella 1 (Rodríguez *et al.* 1991), donde la fauna está dominada absolutamente por los moluscos, con una escasísima representación de vertebrados. Lo anterior parece poco coherente con la interpretación que dichos autores le dan al sitio, el cual es considerado como un campamento residencial, dado que la etnografía por lo general muestra que, a pesar de los atributos favorables que presentan los moluscos, estos sólo suelen ocupar cerca del 15% de la dieta de las poblaciones costeras (Yesner 1980; Meehan 1982; Bird *et al.* 2004), pues son pobres en calorías para los requerimientos metabólicos de un ser humano, y no podrían sustentar a largo plazo más que a unos pocos individuos (Bailey 1975; Orquera 1999; Bird *et al.* 2009). Por lo demás, los análisis de isótopos estables realizados a individuos Bato de la costa de Chile Central han demostrado que su dieta fue variable, pero generalmente no dependiente en forma mayoritaria de los recursos costeros (Falabella *et al.* 2007; Sanhueza y Falabella 2010), por lo que es poco esperable que en los sitios residenciales haya escasa presencia de vertebrados. Una posibilidad que no puede descartarse es que la baja frecuencia de restos óseos tanto en Marbella 1 como en Abanico obedezca a problemas tafonómicos o de conservación diferencial.

Esta posibilidad nos obliga a manejar con cautela inferencias funcionales de los asentamientos a partir de la baja frecuencia de arqueofauna. No obstante, los sitios estudiados en este trabajo también muestran baja frecuencia de desechos y artefactos líticos, situación que no ocurre en Marbella 1, o en otros sitios residenciales Bato como los ubicados en el curso inferior del río Aconcagua (Carmona *et al.* 2001; Avalos *et al.* 2010), donde este tipo de elementos son notoriamente más

abundantes y presentan una mayor variabilidad tipológica. En el caso de Abanico 1, por ejemplo, sólo se recuperaron nueve desechos de talla lítica y un instrumento fragmentado (punta de proyectil), mientras que en Abanico 3 se recuperaron 14 desechos líticos y cuatro instrumentos incluyendo una punta de proyectil, una piedra horadada y dos manos de moler. Esto significa que los artefactos bifaciales utilizados en Abanico 1 y 3 fueron tallados en otro asentamiento y que ingresaron ya completamente manufacturados a los sitios donde fueron descartados.

En conjunto, las líneas de evidencia presentadas hasta ahora para caracterizar funcionalmente las ocupaciones prehispánicas de Abanico incluyen: a) depósitos estratigráficos poco densos, con casi total ausencia de rasgos *in situ*; b) predominancia casi absoluta del recurso macha dentro de los ecofactos recuperados; c) bajísima presencia de fauna vertebrada (aunque esta evidencia puede estar afectada por procesos tafonómicos que no hemos controlado); d) bajísima frecuencia de desechos de talla lítica; e) baja frecuencia de artefactos y f) baja diversidad tipológica en artefactos líticos. Estas diversas líneas de evidencia son consistentes entre sí y nos permiten afirmar que los sitios de Abanico habrían funcionado como asentamientos logísticos (Binford 1980), esporádicos y de baja intensidad de uso por parte de las poblaciones que los ocuparon durante el segundo milenio de nuestra era. Si bien hemos señalado que los estudios de isótopos estables sugieren que los recursos marinos aportaban una parte poco significativa de la porción proteica de la dieta de estas poblaciones, sitios como Abanico debieron funcionar como pequeños asentamientos en los cuales estos recursos eran procurados y, hasta cierto punto, procesados. El predominio de las machas indicaría que este debió ser uno de los recursos que se buscó recolectar desde estos asentamientos.

No obstante lo anterior, la morfología de las puntas de proyectil parecen indicar la ocurrencia de actividades de subsistencia complementarias: la punta de Abanico 1 pudo usarse en la caza de mamíferos marinos o terrestres, mientras que la punta de Abanico 3 (sector Rasgo 1) podría haber correspondido a un arpón para peces. Lo anterior muestra cierta coherencia con el registro arqueofaunístico del sitio, el que si bien es muy escaso, muestra la presencia justamente de mamíferos y peces. Por lo tanto, las locaciones logísticas de Abanico 1 y 3 se habrían orientado a la captura de otros recursos litorales que contribuyeron a la dieta de estas poblaciones, y no solo a los moluscos.

La presencia de dos manos de moler en Abanico 3 (sector Rasgo 1) complejiza este panorama pues indica actividades de molienda desarrolladas en el sitio, las que pudieron o no vincularse con la presencia de tres semillas de quínoa carbonizadas en el registro. Esta última especie ha sido reconocida en otros contextos Alfarero Tempranos de Chile Central, a lo menos durante la segunda mitad del primer milenio de nuestra era (Quiroz y Belmar 2004) y de hecho se ha considerado como una parte fundamental de la dieta de las poblaciones Bato de Chile Central (Falabella *et al.* 2014). La presencia de este cultígeno en Abanico 1 y 3 es consistente con lo señalado previamente respecto de la dieta de las poblaciones Bato litorales, en cuanto ésta sería mixta, con un fuerte componente de caza-recolección, pero también con la incorporación de cultígenos incluyendo la quínoa y, en mucho menor medida, el maíz (Falabella *et al.* 2007). Pero, por otro lado, sugiere que la ocupación no estuvo exclusivamente orientada a la explotación y procesamiento de los recursos litorales, sino que incluyó también el procesamiento de recursos vegetales, incluidos cultígenos.

Por lo tanto, sostenemos que si bien los sitios Abanico 1 y 3 fueron locaciones logísticas de uso esporádico, en ellas se desarrollaron diversas actividades que incluyeron la obtención de una variedad de recursos inmediatos al sitio, aun cuando siempre en muy baja frecuencia, así como el procesamiento y consumo de algunos de ellos. Dado lo anterior, es posible interpretar los

yacimientos como campamentos logísticos de ocupación efímera pero de tareas múltiples, es decir, sitios multifuncionales. Lo anterior es también consistente con las evidencias de los contextos alfareros, toda vez que estos indican la presencia de vasijas de tamaño mediano y pequeño, donde las formas mayormente representadas son jarros y ollas, lo que sugeriría a primera vista actividades de preparación y servicio de alimentos. No obstante, la virtual ausencia de piezas de forma abierta, la ausencia de indicadores que indiquen almacenaje y la baja frecuencia de decoraciones muestran que en estos sitios no se encuentra completo el repertorio alfarero de las poblaciones PAT. En consecuencia, parece consistente proponer que durante el período prehispánico los sitios Abanico 1 y 3 se formaron a partir de una ocupación breve del espacio o, más probablemente, varias ocupaciones breves esporádicas (Cornejo y Sanhueza 2003), las cuales se orientaron fundamentalmente a la obtención y procesamiento de recursos litorales, por parte de grupos reducidos que desempeñaron una gama diversa de actividades mientras ocuparon el sector por breves lapsos de tiempo. La ausencia de hollín en la superficie de los fragmentos alfareros estudiados podría indicar que las actividades de cocina no se realizaron significativamente en estos espacios, por lo que las vasijas cerámicas pudieron servir más bien para transportar alimentos que fueron consumidos durante la ocupación del sitio.

Dada la escasez de investigaciones en la zona, es imposible por ahora precisar el tipo de sistema de movilidad al que estos sitios pudieron adscribirse. Desde el modelo clásico de Binford (1980), es posible hipotetizar que estos sitios articularían con campamentos bases o residenciales dentro de un sistema de movilidad logística propia de las estrategias colectoras. No obstante, es necesario conocer un número mayor de sitios contemporáneos en una escala espacial más amplia con el objeto de percibir desde el registro arqueológico las particularidades del sistema de asentamiento local a inicios del segundo milenio de nuestra era, de modo de no subsumir esta variabilidad dentro de las categorías que nos ofrece la etnografía o la etnoarqueología. Esta es una tarea pendiente para la arqueología que se vincula con la construcción de modelos teóricos locales. Después de todo, estaríamos ante una sociedad de cazadores-recolectores hortícolas, posiblemente con cierta movilidad residencial, pero con uso de alfarería y el desarrollo de ocupaciones logísticas más efímeras, en las cuales se realizaron tareas diversas. Este tipo de patrón no calza cómodamente con lo que señalan los modelos clásicos de movilidad desde la etnoarqueología, y por lo tanto nos invita a pensar desde la arqueología acerca de la verdadera diversidad y variabilidad de los sistemas de movilidad y asentamiento de las sociedades humanas en el pasado.

Esta posibilidad se ve aún más reforzada si consideramos las características de la ocupación histórica de Abanico 3. A primera vista, la modalidad de ocupación parece mantenerse respecto de lo observado en momentos prehispánicos, pero una mirada más atenta nos revela que se amplía el espectro de recursos recolectados y se añade la presencia de animales domésticos, aun cuando en este último caso no es posible segregar los que corresponden a la ocupación histórica temprana de la ocupación subactual. Más aún, se amplían también las categorías morfofuncionales del material cerámico (incluyendo consumo y, posiblemente, almacenaje), así como aumenta la frecuencia de vasijas decoradas. Lo anterior sugiere ocupaciones un poco más estables en el sitio. Incluso no puede descartarse que se trate de ocupaciones residenciales de corta duración. ¿Cómo podemos distinguir arqueológicamente un sitio logístico de tareas múltiples de un sitio residencial de corta duración de uso? Reiteramos que para resolver esta dificultad no sólo debemos apelar a los modelos etnoarqueológicos, sino generar modelos locales a partir del estudio detallado de una diversidad de sitios contemporáneos, de modo que podamos describir desde el registro arqueológico, la variabilidad de modalidades de ocupación dentro de un sistema de asentamiento. Esta es una tarea pendiente que excede las posibilidades de este artículo.

Por otro lado, la virtual ausencia de materiales propiamente hispanos en las ocupaciones coloniales de Abanico 3 podría sugerir la posibilidad de que poblaciones locales con modos de vida y tradiciones tecnológicas vinculadas al PAT de Chile Central se hayan mantenido en la costa de Maitencillo hasta momentos históricos tempranos. Coherente con este planteamiento resulta el hecho de que, tal como vimos anteriormente, dentro del contexto cerámico histórico se observan reminiscencias de las características de la alfarería prehispánica, sobre todo de aquella que es propia del PAT. Hemos señalado que estas poblaciones “residuales” habrían ocupado los sitios Abanico 1 y 3 en forma ocasional, en un formato logístico complejo o residencial de ocupación breve. Pero, independiente de la modalidad de ocupación de estos sitios, hipotetizamos que estas poblaciones pudieron haber mantenido cierta autonomía económica respecto del sistema colonial que se instauró en la zona central de Chile a contar del siglo XVI, a partir de sistemas de alta movilidad residencial y unidades sociales de baja demografía. Esta posibilidad deberá ser contrastada a partir de futuras investigaciones.

Lo cierto es que los sitios Abanico 1 y 3 de Maitencillo parecen estar documentando la continuidad en la costa de poblaciones vinculadas al PAT de Chile Central hasta el siglo XIV, e incluso la posibilidad de que estas poblaciones hayan mantenido un modo de vida “tradicional” hasta los primeros momentos de la Colonia. Como ambos sitios documentan ocupaciones ocasionales, es evidente que Abanico 1 y 3, tanto en sus ocupaciones prehispánicas como poshispánicas, estuvieron articulados con otros asentamientos, algunos de ellos posiblemente de carácter más permanente, en especial para momentos prehispánicos. Desgraciadamente, la falta de investigación en la zona impide por el momento conocer estos sitios y por lo tanto reconstruir los sistemas de asentamiento y movilidad de estas poblaciones y como pudieron cambiar luego de la dominación inkaica y colonial del centro de Chile. Pero dada la continuidad con las tradiciones del PAT, y la relativa ausencia de ocupaciones o materiales Aconcagua, inkaicos o hispano-coloniales en el área, es posible pensar que ciertos sectores de la costa del Centro de Chile, incluyendo los ambientes lacustres cercanos, permitieron la permanencia de reducidas comunidades de cazadores-recolectores-hortícolas de características tempranas incluso hasta el siglo XVI o XVII d.C.

Agradecimientos. Agradecemos a Silvia Gutiérrez, Jefa de Proyecto de Gestión Ambiental Consultores (GAC). Asimismo, un especial agradecimiento a los y las colegas que participaron de las campañas de terreno en los sitios de Abanico: Jorge Alvarado, Ariadna Cifuentes, Cristian González, Daniela Leiva, Daniela Meza, David Pérez, Sandra Rebolledo, Hernán Salinas, Mariela Torres y Felipe Villela. A Paulina Chávez por la Figura 1 y a Sergio Morales por su ayuda en la Figura 2. Por último, agradecemos las observaciones y comentarios de tres evaluadores anónimos que contribuyeron a mejorar el texto.

Referencias Citadas

- Aswakiar Consultores Eirl. 2008. ANEXO 4. *Línea Base Patrimonio Cultural II*. DIA Proyecto Inmobiliario Playa Abanico Maitencillo, V Región. Manuscrito.
- Avalos, H., A. Didier, P. Andrade, M. Lucero, A. González, E. Valenzuela, G. Carmona, A. Ponce y A. Román. 2010. Nuevas evidencias para el Alfarero Temprano e Intermedio Tardío en el curso inferior del río Aconcagua: El Membrillar 1 y 2 (Concón, Región de Valparaíso). *Actas XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 1, pp. 319-330. Ediciones Kultrún, Valdivia.

- Avalos, H. y A. Saunier. 2011. *Arqueología e historia del curso medio e inferior del río Aconcagua*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso.
- Avilés, S. 2014. *Valdivia de Paine 5 en el contexto del Periodo Alfarero Temprano de Chile central*. Tesis para obtener el título de arqueólogo. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- Bailey, G. N. 1975. The role of molluscs in coastal economies: The results of midden analysis in Australia. *Journal of Archaeological Science* 2:45-62.
- Baudet, D. 2007. *Informe análisis material cerámico y loza. Sitio Plaza Mekis*. Manuscrito en posesión de los autores.
- Binford, L. 1980. Willow smoke and dog's tails: hunter-gatherer settlement system and archaeological site formation. *American Antiquity* 45:1-17.
- Bird, D. W., R. Bliege Bird y J.L. Richardson. 2004. Meriam ethnoarchaeology: shellfishing and shellmiddens. En *Torres strait archaeology and material culture*, editado por I. J. McNiven y M. Quinnell. Memoirs of the Queensland Museum, Cultural Heritage Series.
- Bird, D.W., R. Bliege Bird y B.F. Coddig. 2009. In pursuit of mobil prey: Martu hunting strategies and archaeofaunal interpretation. *American Antiquity* 74:3-29.
- Carmona, G., H. Ávalos, E. Valenzuela, J. Strange, A. Román y P. Brito. 2001. Consolidación de la Tradición Bato en la costa central de Chile (curso inferior del río Aconcagua): sitio Los Eucaliptus. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 31:13-25.
- Cornejo, L. 2010. Hacia una hipótesis sobre el surgimiento de la cultura Aconcagua. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 341-350. Ediciones Kultrún, Valdivia
- Cornejo, L. y L. Sanhueza. 2003. Coexistencia de cazadores recolectores y horticultores tempranos en la cordillera andina de Chile central. *Latin American Antiquity* 14(4):389-407.
- Estudio Urbano Consultores. 2008. *Informe de Línea de Base Ambiental, Plan Regulador Comunal de Puchuncaví*. Manuscrito.
- Falabella, F., L. Cornejo, L. Sanhueza e I. Correa. 2014. Trends in thermoluminescence date distributions for the Angostura micro region in Central Chile. *Quaternary International* 356: 27-38.
- Falabella, F. y M.T. Planella. 1988-1989. Alfarería temprana en Chile Central: un modelo de interpretación. *Paleoethnológica* 5:41-64.
- Falabella, F. M. T. Planella, E. Aspillaga, L. Sanhueza y R. Tycot. 2007. Dieta en sociedades alfareras de Chile central: aporte de análisis de isótopos estables. *Chungará* 39(1):5-27.
- Falabella, F. y R. Stehberg. 1989. Los inicios del desarrollo agrícola y alfarero: zona central (300 a. C. al 900 d. C). En *Culturas de Chile desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Prehistoria, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 295-311. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Flores-Toro, L. y M. Contreras-López. 2015. Suaeda foliosa Moq. (Caryophyllales: Amaranthaceae) first record of the genus and species for Valparaíso Region, Chile. *Revista Chilena de Historia Natural* 88(2):1-4.
- Flores-Toro, L. y J. Amigo. 2013. Flora autóctona de la cordillera El Melón y del cerro Tabaco, sitios prioritarios para la conservación de la biodiversidad, Región de Valparaíso, Chile. *Chloris Chilensis* 16(1). URL://www.chlorischile.cl.
- Greig, J. 1989. *Handbooks for archaeologists: archaeobotany*. Editorial European Science Foundation, Strasbourg.
- Hogg, A., Q. Hua, P. Blackwell, M. Niu, C. Buck, T. Guilderson, T. Heaton, J. Palmer, P. Reimer, R. Reimer, C. Turney y S. Zimmerman. 2013. SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0-50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4):1889-1903.

- Luebert, F y P. Pliscoff. 2006. *Sinopsis bioclimática y vegetal de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Meehan, B. 1982. *Shell bed to shell midden*. Australian Institute of Aboriginal Studies, Canberra.
- Orquera, L. A. 1999. El consumo de moluscos por los canoeros del extremo sur. *Relaciones* 24:307-327.
- Paskoff, R. 1989. Zonality and main geomorphic features of the Chilean coast. *Essener Geographische Arbeiten* 18:137-267.
- Planella, M. T. y F. Falabella. 1987. Nuevas perspectivas en torno al período alfarero temprano en Chile Central. *Clava* 7:43-110.
- Planella M.T., F. Falabella, A. Deza y A. Román. 1991. Proposición de fases en los contextos alfareros tempranos de la región litoral de Chile central. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo III, pp. 113-130. MNHN y Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.
- Quiroz, L. y C. Belmar. 2004. Estrategias de explotación de recursos vegetales: evidencia arqueobotánica de tres sitios de la región central de Chile: Radio Estación Naval, El Cebollar y Lonquén (E 80-4). *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 Volumen Especial, Tomo II, pp. 1109-1119. Universidad de Tarapacá, Arica
- Rodríguez, J. 1993. Identificación de áreas de actividad en un sitio alfarero temprano de la costa de Chile Central. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4, Tomo II, pp. 291-308. Museo Regional de la Araucanía, Temuco.
- Rodríguez J., H. Avalos y F. Falabella. 1991. La Tradición Bato al norte del río Aconcagua. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo III, pp. 69-79. MNHN y Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.
- Sanhueza, L. 2013. *Niveles de integración sociopolítica, Ideología e interacción en sociedades no jerárquicas: Período Alfarero Temprano en Chile Central*. Tesis para optar al grado de Doctor en Antropología. Universidad Católica del Norte / Universidad de Tarapacá.
- Sanhueza, L. y S. Avilés. 2012. *Discutiendo límites en el Período Alfarero Temprano de Chile Central: Complejo Bato*. Manuscrito. en poder de los autores.
- Sanhueza, L. y F. Falabella. 2010. Análisis of stable isotopes: From the archaic to the horticultural communities in Central Chile. *Current Antropology* 51(1):127-136.
- Sanhueza L., F. Falabella, L. Cornejo y M. Vásquez 2010. Período alfarero temprano en Chile central: nuevas perspectivas a partir de estudios en la cuenca de Rancagua. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* Tomo I, pp. 417-426. Sociedad Chilena de Arqueología.
- Sanhueza, L., M. Vásquez y F. Falabella. 2003. Las sociedades alfareras tempranas de la cuenca de Santiago. *Chungará* 35(1):23-50.
- Seelenfreund, A. y Westfall, C. 2000. Un aporte de los estudios de impacto ambiental: dos nuevos fechados para la costa central de Chile, localidad de El Bato (V Región). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 30:10-16.
- Soto, M. y Arriagada, J. 2007. Características dinámicas de ensenadas estructurales de Chile central: Maitencillo-Cachagua y Papudo, Región de Valparaíso. *Revista Geografía Norte Grande* 38:99-112.
- Stuiver, M., Reimer, P.J., Reimer, R.W. 2005. CALIB 5.0. [WWW program and documentation], <http://intcal.qub.ac.uk/calib/manual/> (1 febrero 2016)
- Vásquez, M., L. Sanhueza y F. Falabella. 1999. Nuevos fechados para el período agroalfarero temprano en la cuenca de Santiago: presentación y discusión. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28:9-18.

- Watson, P.J. 1976. In pursuit of prehistoric subsistence: a comparative account of contemporary flotation techniques. *Midcontinental Journal of Archaeology* 1:77-100.
- Yesner, D.R. 1980. Maritime hunter-gatherers: ecology and prehistory. *Current Anthropology* 21:727-750.

Investigación, conservación y educación patrimonial como compensación de daños en los sitios arqueológicos de bahía Ilque

C. Rodrigo Mera¹, Doina Munita², Ricardo Álvarez³, Christian García Riffo⁴ y Pablo García Riffo⁵

Resumen

Durante el año 2010, en el marco del proyecto *Caracterización, Reparación, Conservación y Difusión de los Sitios Bahía Ilque 1 y 2, X Región de Los Lagos*, se realizó una serie de actividades de investigación arqueológica y de educación patrimonial mediante charlas a la comunidad, la publicación de un cuadernillo de difusión y la intervención espacial de los sitios arqueológicos, a través de excavaciones y la aplicación de medidas de protección. Este proyecto pudo ser desarrollado a partir de recursos obtenidos de indemnizaciones por compensación de los daños causados a un sitio arqueológico, siendo un precedente en términos jurídicos. A partir de esta experiencia se propone la necesidad de que las iniciativas de difusión tengan continuidad, en el marco de una relación sólida entre la comunidad y su patrimonio cultural.

Palabras clave: Educación patrimonial, compensación de daños, difusión arqueológica, conchal.

Abstract

In 2010 and under the Characterization, Repair, Preservation and Diffusion of Bay Ilque sites 1 and 2, X Region of Los Lagos project, were carried out work for scientific and archaeological research and activities of heritage education through community talks, publishing a diffusion booklet and spatial intervention of archaeological sites through excavation and protection measures. The development stages of the project related to the dissemination of knowledge is a possible precedent for developing regionally, from proceeds of severance compensation for damage caused heritage education. In this work experience of archaeological information disclosure is exposed and seeks to contribute to the discussion of the great continuity of outreach initiatives, which aim to establish a strong relationship between the community and its cultural heritage.

Keywords: *Heritage education, compensation for damage, dissemination of archaeological knowledge, shell midden.*

1 Sociedad Chilena de Arqueología. meragol@gmail.com

2 Arqueología del Sur Ltda. doinamunita@yahoo.com

3 Fundación Superación Pobreza. taijataf@gmail.com

4 Arquitecto. christiangarciariffo@gmail.com

5 Topógrafo. pablogarciariffo@gmail.com

De los sitios arqueológicos continentales en el seno del Reloncaví, el conchal de *Bahía Ilque 1* es uno de los más citados, aunque lamentablemente poco conocido (Hermosilla y Rodríguez 1997; Navarro 1998; Sánchez 1998a, 1998b; Vásquez 1999; Muñoz y Pino 2002; Mera y Munita 2010). Ubicado en medio de una extendida bahía en el tramo suroeste del seno, a unos 30 km de Puerto Montt (Figura 1), es uno de los más notorios de una serie de yacimientos costeros de esta bahía. Se destaca por evidenciar una secuencia de múltiples ocupaciones con una gran extensión, donde el montículo supera los 250 metros paralelos a la línea de costa y los tres metros de potencia en su sector central. Está emplazado en el borde costero y, en frente, se encuentra un islote de algo más de una hectárea que presenta abundante fauna malacológica y que durante la baja marea, permanece unido al continente. En el sector intermareal se presenta además, un notable sistema de corrales de pesca (Figura 2), con numerosas y variadas estructuras de piedra usadas hasta hoy y, muy probablemente, desde tiempos remotos. Hacia el sureste del sitio, inmediatamente luego de un pequeño estero, también en el borde costero, se define otra área de conchal, donde afloran restos culturales y de mariscos, definido como *Ilque 2*.

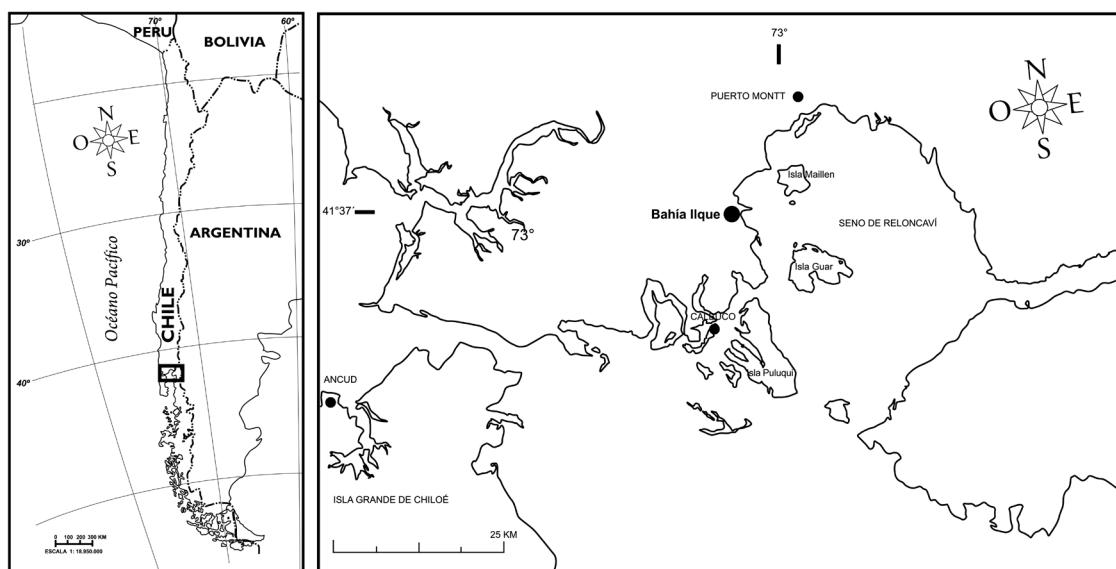


Figura 1. Mapa de ubicación de Ilque-1e Ilque-2 en Bahía Ilque (Elaborado por: Andrea Gaete).

Producto del desarrollo de un proyecto privado de inversión (Cascada Chile), a mediados de la década de 1990, este sector fue intervenido de manera considerable. Una de estas intervenciones afectó fuertemente el sector central de *Ilque 1*, producto de la excavación de una zanja que atravesaba el conchal, hecha con el fin de drenar un humedal ubicado un poco más arriba del sitio. Durante las lluvias, el flujo y volumen de agua aumentaba notoriamente, activando la horadación de las paredes expuestas del sitio, lo que agrandaba aún más el ancho y profundidad de la zanja. El gran volumen de conchal arrastrado por las aguas, en menos de dos décadas, implicaba la pérdida no sólo de restos materiales y depósitos culturales, sino que privaba a la sociedad de la posibilidad de obtener información científica a partir de los análisis que se pudiera llevar a cabo. Esto, finalmente terminó en una demanda interpuesta por parte del Consejo de Defensa del Estado (CDE), en contra de la empresa. Después de diez años de juicio, el fallo fue favorable para el Estado, determinándose que la empresa debería pagar una indemnización para resarcir y compensar los daños causados (Ropert y

Saavedra 2004). Como resultado de la indemnización, el fallo mandató a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) a través del Consejo de Monumentos Nacionales, para proceder al desarrollo del proyecto “Caracterización, Reparación, Conservación y Difusión Sitios Bahía Ilque 1 y 2, X Región de Los Lagos”, con los objetivos de realizar actividades de investigación arqueológica, conservación y difusión de los resultados obtenidos.



Figura 2. Ejemplo de uno de los corrales de pesca refaccionados, presente en Bahía Ilque.

Existen pocas experiencias de intervenciones dolosas sobre sitios arqueológicos que sigan la vía judicial –aunque la intervención y destrucción de estos recurso patrimoniales es cotidiano– y que además resulten exitosas en términos de compensar el daño efectuado. El caso de la defensa jurídica del Estado por el daño patrimonial en Bahía Ilque, constituye un precedente importante para las compensaciones que se demanda por daños ambientales y culturales, como es la destrucción de un conchal arqueológico. Además permite relevar el papel de las comunidades sociales e instituciones particulares y estatales en la valoración y defensa del patrimonio cultural y arqueológico.

Las labores científicas

Las actividades de terreno se centraron en la recuperación de información en términos arqueológicos, además de mejorar el estado de conservación de ambos sitios.

Para *Ilque 1*, como actividades iniciales, se planteó la limpieza y registro de los perfiles de la zanja. Posteriormente, se realizó la delimitación del conchal mediante barrenados, su levantamiento topográfico (incluyendo el sistema de corrales y el islote), procediendo a continuación, con la excavación arqueológica. Se determinó un área para el conchal de 260 metros por 60 metros. Para *Ilque 2*, las excavaciones y análisis se desarrollaron a partir de una cuadrícula ubicada en el sector más alto de la pequeña loma que identifica el conchal, al que se le otorgó una superficie de 50 metros por 70 metros.

La metodología de excavación fue similar para ambos yacimientos: el decapado del depósito fue realizado desde la superficie hasta el nivel estéril, de acuerdo a su estratigrafía y, en el caso de *Ilque 1*, según las observaciones realizadas durante el registro de la zanja. También se realizó el registro de plantas, de restos arte y ecofactuales, de los rasgos arqueológicos identificados, además de los perfiles y cortes que se consideró significativos. En relación con la obtención de muestras para datación absoluta, se recuperó carbones, valvas de mariscos y restos cerámicos para efectuar fechados radiocarbónicos y de termoluminiscencia. Se fechó todas las áreas de actividad registradas, especialmente aquellas de los niveles más profundos del depósito. Como parte del registro se incluyó también el sistema de estructuras de piedra usadas como corrales de pesca, ubicado frente al conchal en el sector intermareal de la bahía que, además, es uno de los más grandes del seno de Reloncaví.

Los resultados de las actividades de investigación fueron obtenidos a partir del primer semestre del 2010 y a lo largo de cuatro campañas de terreno. Las excavaciones en *Ilque 1* abarcaron un área de 17 m² y un volumen⁶ de 32 m³. De acuerdo a las dataciones radiocarbónicas obtenidas, las ocupaciones más antiguas bordean los 6.400 años cal AP (Tabla 1), lo que se condice con otros asentamientos vinculados a los antiguos grupos canoeros que ocuparon los canales septentrionales del Extremo Sur de Chile, como Puente Quilo, Piedra Azul, Puntilla Tenglo y Metri (Ocampo y Rivas 2004; Gaete *et al.* 2002, 2004; Flores y Lira 2006; Campbell 2012). La secuencia cultural identificada hasta ahora, permite ver ocupaciones reiteradas y con diferentes énfasis en la economía de subsistencia por más de 5.000 años en el área.

Para *Ilque 2* se excavó un área de cuatro m² y un volumen cercano a los 5,3 m³. Se registró una secuencia de cuatro capas culturales, aunque escasos restos eco y artefactuales asociados. Destaca la presencia de restos cerámicos y de restos ictio y malacológicos. Se obtuvo una fecha cercana al 700 DC para la ocupación superior, a partir de análisis TL (ver Tabla 1).

De acuerdo a lo registrado, ambos conchales compartirían algunos componentes de sus secuencias culturales, siendo *Ilque 1* el más complejo y antiguo y que habría congregado un mayor número de grupos canoeros.

6 Cabe señalar que el porcentaje excavado, en cuanto a superficie y volumen, apenas supera el 0,1% del yacimiento.

Ocupación	Rasgo	Tipo Muestra	Análisis	Muestra	Razón 13C/12C	Fecha convencional	Rango de edad (con dos sigmas)	Rango de edad (con dos sigmas)
Alfarera	Ilque 2. Capa 2	Cerámica	TL	UCTL	-	1275 ± 120 AP* (735 d.C.)	495 – 975 d.C.	
Alfarera	Ilque 1. Zanja (10–20 cm)	Cerámica	TL	UCTL 1	-	1305 ± 125 AP* (705 d.C.)	455 – 955 d.C.	
Alfarera	Ilque 1. Curanto (95 cm)	Carbón	¹⁴ C Convencional	Beta 280808	-26.9 o/oo	1490 ± 60 AP	1510 – 1270 Cal. AP	440 – 680 Cal. d.C.
Canoera	Ilque 1. Cuadrícula 2, 2° lente. Capa 2 (35 cm)	Carbón	¹⁴ C AMS	Beta 280809	-26.7 o/oo	3150 ± 40 AP	3443 – 3184 Cal. AP	1494 – 1235 Cal. a.C.
Canoera	Ilque 1. Entierro humano	Hueso	¹⁴ C AMS	Beta 280814	-10.9 o/oo	3580 ± 40 AP	3964 – 3694 Cal. AP	2015 – 1745 Cal. a.C.
Canoera	Ilque 1. Cuadrícula 2. Capa 6 (155 cm)	Carbón	¹⁴ C Convencional	Beta 280813	-25.4 o/oo	3950 ± 40 AP	4508 – 4160 Cal. AP	2559 – 2211 Cal. a.C.
Canoera	Ilque 1. Cuadrícula 1. Capa 7 (152 cm)	Carbón	¹⁴ C AMS	Beta 280810	-26.3 o/oo	5580 ± 40 AP	6410 – 6222 Cal. AP	4461 – 4273 Cal. a.C.
Canoera	Ilque 1. Cuadrícula 1. Par carbón/concha. Capa 8 (160–165 cm)	Carbón	¹⁴ C AMS	Beta 280811	-24.1 o/oo	5560 ± 40 AP	6405 – 6215 Cal. AP	4456 – 4266 Cal. a.C.
Canoera	Ilque 1. Cuadrícula 1. Par carbón/concha. Capa 8 (160–165 cm)	Concha	¹⁴ C Convencional	Beta 280812	+1.2 o/oo	5950 ± 50 AP1	6294 – 5994 Cal. AP	4345 – 4045 Cal. a.C.
Sin ocupación	Bosque fósil	Madera	¹⁴ C Convencional	Beta 280807	-22.8 o/oo	> 43500 AP		

Tabla 1. Fechados absolutos obtenidos en el marco del proyecto Caracterización, Reparación, Conservación y Difusión de los Sitios Bahía Ilque 1 y 2, X Región de Los Lagos. (Fechados calibrados con el programa Calib 7.0 [Stuiver *et al.* 2005] usando la curva SHCal13 [Hogg *et al.* 2013], excepto el caso señalado). * Año Base 2010. Fechado calibrado utilizando la curva Marine13 (Reimer *et al.* 2013) y una estimación de efecto reservorio de 190±40, según indican Stuiver y Braziunas (1993) para el Pacífico Sur Sudamericano.

Reparación de daños: cobertura de zanja en *Ilque 1*

Pese a existir otras alteraciones antrópicas en los sitios de Bahía Ilque –y del área en general– debido, por ejemplo, a la extracción de conchilla para la fabricación de cal (calicheras), la zanja que atravesaba el yacimiento correspondía a la principal intervención sobre el depósito cultural. Este corte en el terreno, con el paso del tiempo alcanzó dimensiones de 60 metros de largo, por cinco metros de ancho y hasta cuatro metros de profundidad en promedio, tornándose además en una situación que se acrecentaba con el paso del tiempo. El volumen perdido del conchal alcanzaba los 1000 m³, además la condición de inestabilidad de los cortes implicaba una pérdida continua de los sedimentos más finos y del colapso de las paredes, situación que definió la necesidad urgente de aplicar medidas de conservación.

Resultaba evidente que el principal elemento incidente en la conservación del sitio era el agua-luvia, producto de su circulación a través del yacimiento, además de su dinámica constante y fuertemente activa al escurrir, producto de la pendiente relativamente alta en este sector. Debido a esto, se realizó obras de re-canalización, lo que incluyó la instalación de tuberías, siendo la principal, aquella de cemento que se ubicó en la zanja mayor (la que fue previamente cubierta con geotextil) y de unos 60 metros de largo (Figura 3). Se mejoró el camino de acceso e instaló una barrera de contención metálica. En tanto, la zanja fue rellenada con ripio integral, obtenido de las morrenas cercanas. Por último, la pradera asociada al conchal se “limpió” de vegetación invasiva (*murra* y *espinillo*) y de una gran cantidad de basuras arrojadas por la corriente marina (destacando el plumavit), procedentes principalmente de las distintas instalaciones de las pisciculturas aledañas.



Figura 3. Cobertura con geotextil e instalación de tubería en la zanja de Ilque 1 (Fotografía: Pablo González).

Medidas de protección en *Ilque 1 y 2*, instalación de hitos y señalética

Para la delimitación de los sitios, se planteó una propuesta arqueológica y arquitectónica, de modo que aportara valor agregado a los hitos delimitadores a través del diseño, teniendo como referente la anterior experiencia de puesta en valor del conchal Ten Ten en la isla de Chiloé⁷ (Figura 4).



Figura 4. Conchal Ten Ten, con posterioridad a los trabajos de puesta en valor y mirador patrimonial en el sitio arqueológico.



Figura 5. Proceso de instalación de monolitos en sitios Ilque 1 y 2 (Fotografía: Enrique Romero).

⁷ La obra desarrollada en el conchal de Ten Ten en Castro, Chiloé, fue galardonada en la XVI Bienal de Arquitectura de Santiago 2008. Proyecto FONDART N° 6635 “*Vigía del tiempo: puesta en valor del Conchal de Ten-Ten, comuna de Castro*”. Responsables: Lépiz García Arquitectura.

La propuesta consistía en diseñar elementos verticales de hormigón armado, a manera de postes, los que fueron prefabricados e instalados de a pares, distanciados mínimamente entre sí. Los monolitos fueron emplazados aproximadamente cada 20 metros, de manera de lograr una continuidad visual desde la distancia, entendiéndose que conformarían un límite virtual (Figura 5). En términos estéticos, estas formas evocan puntas de lanza simplificadas, que emergen desde los límites del conchal, denotando su presencia. Su altura no supera los dos metros. Para no afectar el sitio, los hitos fueron pensados como elementos puntuales y no de gran peso, con una fundación de poca profundidad (30 cm) y con una superficie que no permitiera su volcamiento. El tamaño y cantidad de hitos instalados (24) permite su visibilización desde la costa y desde las terrazas más altas, siguiendo la idea de “realzar” o “monumentalizar” los antiguos asentamientos del borde costero.

En cuanto a la señalética, siguiendo la propuesta técnica, se fabricó e instaló ocho letreros en total, cinco para *Ilque 1* y tres para *Ilque 2*. Luego de evaluar las condiciones de visibilidad en terreno, se decidió instalarlos en aquellos puntos en que fueran visibles desde diferentes lugares de acceso, inclusive desde el mar.

Actividades de difusión: realización de charlas a niños, docentes y comunidad

En este caso, la metodología consistió en desarrollar un guión centrado en la prehistoria de la región, la importancia patrimonial de la arqueología de la bahía de Ilque y la necesidad de su preservación para las generaciones futuras. Se realizó 12 charlas en total, con una participación de 554 escolares y 37 profesores de 10 establecimientos educacionales (Figura 6), 60 vecinos de la localidad de Ilque, pertenecientes a la Junta de Vecinos local, además de 44 profesores (incluyendo al representante del Departamento de Educación Municipal) de otros 33 establecimientos educacionales de la región. En esta actividad de difusión, se registró finalmente la participación de un total aproximado de 700 personas, de diferentes edades.



Figura 6. Ejemplo de charla en el Colegio Eulogio Goycolea, comuna de Calbuco.

Elaboración de herramientas de difusión: Cuadernillo y Catastro

De acuerdo a las bases técnicas de la licitación, se elaboró dos publicaciones enfocadas a distintos públicos. La primera correspondió a un cuadernillo de difusión, distribuido en los establecimientos educacionales de la provincia de Llanquihue, tarea que estuvo a cargo de la DEM⁸ de Puerto Montt. En este cuadernillo se incluyó la elaboración de ilustraciones y de caricaturas, las que fueron consideradas como un recurso educativo de primer orden, por lo que la construcción de imágenes respondió a criterios arqueológicos, etnográficos, ambientales y de paisajes culturales fidedignos. Como recursos didácticos de entrega de contenidos se generó infografías, cuadros “*sabías que...*”, descripción de conocimientos prácticos (p.ej. ¿Qué hacer cuando encontramos evidencias de nuestro Patrimonio Arqueológico?), actividades de trabajo con apoyo de profesores (análisis de imagen, construcción de línea de tiempo, *verdadero y falso*) y un glosario final. El cuadernillo alcanzó un tiraje de 6.700 ejemplares y además se encuentra disponible como libro digital en la página web del Consejo de Monumentos Nacionales. El lanzamiento fue realizado en el marco del Día del Patrimonio del año 2011, en la Corporación Cultural de Puerto Montt, donde se registró la asistencia de cerca de 200 escolares y profesores (Figura 7).



Figura 7. Entrega de cuadernillos en su lanzamiento, en el marco del Día del Patrimonio 2011, Corporación Cultural Municipal de Puerto Montt, Casa del Arte Diego Rivera.

8 Dirección de Educación Municipal.

El segundo documento correspondió a un Catastro (o “Carta Arqueológica”) de la Provincia de Llanquihue, ideado como una herramienta de gestión enfocada a la administración pública. La información fue recopilada desde distintas fuentes de ámbito público, al año 2010. Para su elaboración, se utilizó un SIG, además se generó una base de datos SITUS y mapas a escala para aquellos sectores con presencia de sitios arqueológicos, con el fin de otorgarle una aplicabilidad adecuada como herramienta de planificación territorial. Lamentablemente, este documento –hasta el 2016– aún no ha sido publicado y aún se encuentra en revisión por parte del CMN (Munita *et al.* 2015).

Discusión y conclusiones

En este trabajo se ha enfatizado el desarrollo y ejecución del proyecto *Caracterización, Reparación, Conservación y Difusión de los Sitios Bahía Ilque 1 y 2, X Región de Los Lagos*, más allá de la información y resultados que aportan los sitios arqueológicos. En ese sentido, hemos guiado nuestras reflexiones hacia los aspectos relativos a la educación patrimonial, la que entendemos contribuye a la construcción de un espacio para la memoria colectiva, el diálogo y el intercambio; un puente entre el patrimonio y la gente (Cf. García 2009); en tanto, en términos operativos, la entendemos como “una estrategia de enseñanza-aprendizaje orientada a cultivar actitudes de valoración del patrimonio cultural” (Aguilera *et al.* 2005: 688).

Reflexionando acerca de las actividades del proyecto vinculadas con la difusión y en ese sentido con la educación patrimonial, uno de los puntos que nos parece de suma relevancia, es el trabajo de difusión presencial, que demostró el potencial que existe para la práctica de la educación patrimonial en sectores rurales. Pese a que las charlas fueron actividades puntuales y por ende, no demuestran el desarrollo de un programa educativo con objetivos a largo plazo, fueron un buen ejemplo de la disposición que existe, tanto por parte de los alumnos y comunidad en general, como por los establecimientos educacionales, para abrir sus puertas a la entrega de conocimientos específicos del pasado por parte de especialistas, de contenidos que no necesariamente se encuentran desarrollados en los textos de estudio o programas del Ministerio de Educación.

Por otra parte, nos parece que la entrega del Cuadernillo de Difusión, resultó una actividad relevante tanto en su proceso de elaboración como en los resultados. El desarrollo y producción del documento resultó en una impredecible inversión de trabajo por parte de varios especialistas, prácticamente durante todo el tiempo que duró el proyecto. El resultado más importante es que de acuerdo al tiraje, 6700 ejemplares, tuvo una amplia distribución en la provincia. Sin embargo, respecto del Catastro, no hubo resultados ya que hasta ahora no ha podido ser publicado.

Otro ejemplo cercano de iniciativas relativas a la educación patrimonial arqueológica en el sur de Chile y el acercamiento de la disciplina arqueológica al público general, fue el proyecto “Cajas Vacías - acercando el Patrimonio Cultural a Niños y Niñas” (Samp 2010), de la Red intercontinental de Museos Samp, participando el Museo Histórico y Antropológico de la Dirección Museológica de la Universidad Austral de Chile a cargo de la Dra. Leonor Adán, como parte de una experiencia compartida entre Suecia, Mongolia y Chile. Uno de los resultados colaterales de este proyecto es que se identificó una “insuficiente habilidad para la transmisión del patrimonio cultural (a la infancia)” como una dificultad esencial de los especialistas. Asimismo, a través de un esfuerzo de capacitación y diálogo intercultural del equipo de trabajo, se definió que uno de los sentidos de la

labor educativa enfocada al patrimonio cultural, es ser una contribución importante para el desarrollo de la identidad y la integración en nuestra sociedad global, así como para una disminución de la desigualdad social, la creación de espacios democráticos y participativos que fortalecen la identidad cultural y una mejora en el bienestar personal y social. De modo que la valoración y promoción del patrimonio cultural ayudarían a paliar la pobreza educativa que experimentan las comunidades menos privilegiadas. Nos parece destacable entonces, que actualmente contemos con toda la “materia prima” necesaria para hacer difusión del conocimiento arqueológico: niños, profesores, recursos patrimoniales investigados y por investigar, profesionales calificados, instituciones idóneas e infraestructura básica.

Como última reflexión y luego de transcurridos más de 15 años desde que fueran intervenidos los conchales de bahía Ilque, en parte se ha reparado el daño causado, por lo que esperamos que las labores arqueológicas realizadas hayan cumplido con las expectativas de compensación y se transformen también en una experiencia a considerar en futuros trabajos e investigaciones en la zona. En este contexto, creemos que se justifica la idea de proponer que este tipo de proyectos –de compensaciones por daños sobre sitios o incluso aquellos en los que se interviene de manera importante un sitio arqueológico– asuman también la necesidad de hacer una difusión del trabajo realizado y que tengan continuidad. Por otra parte, es posible identificar como nuevos desafíos para la Arqueología, el cooperar en la especificación de las políticas culturales, fortalecer la institucionalidad y normativa existente de una manera propositiva y desarrollar proyectos patrimoniales que contemplen – necesariamente –, mecanismos y herramientas de difusión.

Agradecimientos. A todos quienes trabajaron y estuvieron en las diferentes etapas del proyecto: Ximena Navarro, Tomás Rudloff, Rocío Antezana, Andrea Gaete, Mauricio Álvarez, Jorge Ruiz, Carla Morales, Carmen Gloria Olivos, Javiera Gutiérrez, Susana Nahoe, Óscar Toro, Iván Arregui, Eric Hurtado, Lorena Arancibia, Angélica Arriagada, Natalia Padilla, Sebastián Ponce, Verónica Águila, Jacqueline Montecinos, María José Manneschi, Benjamín Mera, Rodrigo Delaporte, Pablo González, Maximiliano Figueroa, EORO Constructora, Aldo Farías, Josefina González, Luciana Quiroz, Carolina Belmar, Carmen Gloria Valenzuela, Pedro Velásquez, Jairo Velásquez, Héctor Cárdenas y a Carlos Ocampo por su oportuna ayuda. Asimismo agradecemos a quienes nos apoyaron para concretar las instancias de difusión, Pamela Urtubia, Directora del Museo Histórico de Puerto Montt y Moira Holzapfel, Directora de la Corporación Cultural Municipal de Puerto Montt, Casa del Arte Diego Rivera. Por último, nuestros agradecimientos a los evaluadores del artículo y en especial a Roberto Campbell, quien nos ayudó con la calibración de los fechados.

Referencias Citadas

- Aguilera, D., E. Aguayo y D. Pavlovic. 2005. Educación Patrimonial en museos municipales: la experiencia del sitio arqueológico de Quinquimo, comuna de La Ligua. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 687-694. Museo de Historia Natural de Concepción, Concepción.
- Campbell, R. 2012. Ojo al fechado! Un ejercicio de evaluación cronológica y re-calibración para tres sitios de los canales patagónicos septentrionales. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 41-42:5-10.

- Flores, C. y N. Lira. 2006. Aspectos comunes para sitio de cazadores recolectores costero en los canales patagónicos septentrionales. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:103-112.
- Gaete, N., X. Navarro, H. Velásquez y L. Vargas. 2002. *Estudio de caracterización arqueológica del sitio 10PM018 Monumento Nacional Conchal Puntilla Tengló*. Informe de investigación, tomos 1 y 2. Centro de Documentación del Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito.
- Gaete, N., X. Navarro, F. Constantinescu, R. Mera, D. Selles, M.E. Solari, L. Vargas, D. Oliva y L. Durán. 2004. Una mirada al modo de vida canoero del mar interior desde Piedra Azul. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 Volumen Especial, Tomo I, pp. 333-346. Universidad de Tarapacá, Arica.
- García, Z. 2009. ¿Cómo acercar los bienes patrimoniales a los ciudadanos? Educación patrimonial, un campo emergente en la gestión del patrimonio cultural. *Pasos* 7(2):271-281.
- Hermosilla, N. y J. Rodríguez. 1997. *Proyecto Oriented Strand Board Plant, en Bahía Ilque, X Región*. Caracterización del Área de Influencia Aspectos Culturales y Arqueológicos. Dames & Moore, Nawel Consultores. Centro de Documentación del Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito.
- Hogg, A., Q. Hua, P. Blackwell, M. Niu, C. Buck, T. Guilderson, T. Heaton, J. Palmer, P. Reimer, R. Reimer, C. Turney y S. Zimmerman. 2013. SHCal13 Southern Hemisphere Calibration, 0-50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4):1889-1903.
- Mera, C.R. y D. Munita. 2010. *Proyecto Caracterización, reparación, conservación y difusión sitios. Bahía Ilque 1 y 2, X Región de Los Lagos*. Trabajos arqueológicos en bahía Ilque. Centro de Documentación del Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito.
- Munita, D., R. Mera, A. Farías y R. Álvarez. 2015. La elaboración de un catastro patrimonial arqueológico en la provincia de Llanquihue, como medida de compensación. *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 51-56. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Muñoz, J. y M. Pino. 2002. Sitios geológicos y poblamiento ancestral del borde costero del Seno de Reloncaví, Región de Los Lagos, Chile: su importancia histórica, científica, cultural y turística. *International Symposium on Environmental Geology for Land Use Planning / Simposio Internacional de Geología Ambiental para Planificación del Uso del Territorio, (Puerto Varas 2002)*, pp.124-127. SERNAGEOMIN, Santiago.
- Navarro, X. 1998. *Informe sobre el valor patrimonial arqueológico del conchal de Ilque, sector de Panitao, X Región*. Centro de Documentación del Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito.
- Ocampo, C. y P. Rivas. 2004. Poblamiento temprano de los extremos geográficos de los canales patagónicos: Isla de Chiloé e Isla Navarino. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 Volumen Especial, Tomo I, pp. 317-331. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Reimer, P., E. Bard, A. Bayliss, J. Warren Beck, P. Blackwell, C. Bronk Ramsey, P. Grootes, T. Guilderson, H. Hafflidason, I. Hajdas, C. Hatté, T. Heaton, D. Hoffmann, A. Hogg, K. Hughen, K. Felix Kaiser, B. Kromer, S. Manning, M. Niu, R. Reimer, D. Richards, E. Marian Scott, J. Southon, R. Staff, C. Turney y J. van der Plicht. 2013. IntCal13 and Marine13 radiocarbon age calibration curves 0-50,000 Years cal BP. *Radiocarbon* 55(4):1869-1887.
- Ropert, R. y R. Saavedra. 2004. La protección del Patrimonio Cultural en la Ley 19.300 de Bases Generales del Medio Ambiente a la luz de dos sentencias recientes. *Revista de Derecho* 11. <https://www.cde.cl/wps/wcm/connect/08c863a6-341a-475f-bec7-85b9bd08708b/9.pdf?MOD=AJPERES> (13 septiembre 2015).
- Samp (Red intercontinental de Museos). 2010. *Empty Boxes / Cajas Vacías / Хоосон Хайрцагнууд*. Manual de trabajo. Estocolmo, Suecia.

- Sánchez, R. 1998a. *Evaluación del Anexo E Arqueología. Profundización de Línea Base Arqueológica: Sitios Bahía Ilque 1 y Bahía Ilque 2*. Preparado por Charles Rees Holland. En I Addendum Estudio de Impacto Ambiental. Proyecto Cascada Chile, Bahía Ilque, X Región. GESCAM y Centro de Documentación del Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito.
- Sánchez, R. 1998b. *Evaluación de los aspectos culturales y arqueológicos del II Addendum Estudio de Impacto Ambiental*. Proyecto Cascada Chile, Bahía Ilque, X Región. GESCAM y Centro de Documentación del Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito.
- Stuiver, M. y T. Braziunas. 1993. Modeling atmospheric ^{14}C influences and ^{14}C ages of marine samples back to 10,000 BC. *Radiocarbon* 35:137-189.
- Stuiver, M., P.J. Reimer y R.W. Reimer. 2005. CALIB 5.0. [WWW program and documentation], <http://intcal.qub.ac.uk/calib/manual/> (13 septiembre 2015).
- Vásquez, M. 1999. *Informe evaluación arqueológica en el sitio arqueológico Ilque 1*. Provincia de Llanquihue, comuna de Puerto Montt, X región. Centro de Documentación del Consejo de Monumentos Nacionales. Manuscrito.

Musealizar la Prehistoria: Parque Naturalia, Quilpué, Región de Valparaíso

Gabriela Carmona Sciaraffia¹

Resumen

En este trabajo presentamos una reflexión acerca de la socialización de los resultados de una investigación arqueológica, a través de la musealización de un sitio arqueológico. Para ello utilizaremos como modelo un caso de estudio concreto, basándonos en los resultados del proyecto FONDART “Arqueología e Historia de Quilpué: sitio arqueológico Fundo San Jorge, Parque ecológico-cultural Naturalia”, donde se ha podido documentar una ocupación humana del período Alfarero Temprano (300 a.C.- 1100 d.C.) y transmitir sus hallazgos a través de la habilitación de un recorrido para la visita pública.

La integración del sitio arqueológico dentro del parque Naturalia, ha permitido difundir los principales valores de este particular paisaje cultural, dando énfasis a su importancia para la subsistencia y desarrollo del grupo humano, promoviendo el respeto, la protección y el conocimiento de nuestro bosque. Así mismo, el concepto de paisaje cultural entendido como “...lugar que ha sido creado, formado y preservado por los vínculos e interacciones entre el hombre y su entorno...” (Fuentes UNESCO 1996) ha sido clave para profundizar en las relaciones con las comunidades que lo han habitado y las que lo habitan hoy en día.

Palabras claves: musealización, paisaje cultural, arqueología pública.

Abstract

We present a reflection on the socialization of the results of an archaeological research through the musealization of an archaeological site. We will use as a model a specific case study, based on the results of the FONDART project “Archaeology and Quilpué History: Archeological site Fundo San Jorge, Naturalia ecological-cultural Park”, in which human occupation of the Early Ceramic Period (300 BC-1100 AD) has been documented, and transmit their findings by enabling a public visit route.

The integration of the archaeological site within Naturalia Park allowed to spread the core values of this particular cultural landscape, emphasizing its importance for the survival and development of human kind, promoting respect, protection and knowledge of our forest. Likewise, the concept of cultural landscape understood as a “... place that has been created, formed and preserved by the links and interactions between humans and their environment...” (UNESCO Fuentes 1996) has been key to deepen relations with communities that have inhabited and that still inhabit today.

Key words: *musealization, cultural landscape, public archaeology*

¹ Dra. (c) en Arqueología y Patrimonio UAM. BecasChile. Investigadora Patrimonio Arqueológico CITYP, Museo del Limarí, gabrielacarmos@yahoo.es.

Acerca de la Musealización

El concepto de *Museo de Sitio* se masifica en 1982, cuando ICOM (Consejo Internacional de Museos) incluye a los yacimientos arqueológicos y monumentos preservados *in situ*, en su definición de museo, considerándolos bajo el principio de que los vestigios deben conservarse en su lugar de origen. ICOM publicó un informe sobre los *museos de sitio* arqueológicos definiendo al *museo de sitio* como “*un museo concebido y organizado para proteger un patrimonio natural y cultural, mueble e inmueble, conservado en su lugar de origen, allí donde este patrimonio ha sido creado o descubierto*” (ICOM 1982:3)².

Estos tipos de museos pueden darse en cualquier lugar que “*por su interés ecológico, sociológico, científico e, incluso, por el testimonio que da sobre la cultura y la historia de una comunidad humana, forma parte del patrimonio natural o cultural de dicha comunidad, ya sea local, regional, nacional e internacional*”. De ahí que pueda hablarse de una diversidad de *museos de sitio*, siendo el propio informe del ICOM quien destaque los de carácter ecológico, etnográfico, histórico y arqueológico. Hoy en día se han añadido los industriales y los de arte (Hernández 2007). Lógicamente, en este trabajo sólo nos ocuparemos de los *museos de sitio* arqueológicos y arqueológico-históricos.

Un *museo de sitio*, por tanto corresponde a un sitio arqueológico, histórico o patrimonial visitable y accesible para la visita pública, constituyendo un museo o una exposición de sí mismo (Lasheras y Hernández 2004). Se privilegia la conservación del lugar, estimulando la preservación *in situ* por coherencia científica para no separar los testimonios de su entorno, del paisaje que los explica y del lugar al que pertenecen.

Otro concepto a revisar es el de *Puesta en valor*, que es uno de los términos que se han extendido con gran profusión y un fuerte eco social, no sólo en el lenguaje técnico, sino sobre todo, en la jerga política y mediática. Su uso se ha convertido en algo habitual para arqueólogos, antropólogos, gestores culturales, políticos y periodistas. Paradójicamente este término es uno de los que peor se han definido. Su origen se sitúa en Francia, donde desde principios del siglo XX se habla de *mise en valeur*, vinculado al campo de la economía (López-Menchero 2013).

La utilización de esta expresión tenía un matiz económico, refiriéndose a poner en valor nuevos territorios no explotados desde el punto de vista financiero. En este sentido, la puesta en valor debe ser entendida como el proceso por el cual se busca explotar todo el potencial económico de un determinado territorio. Durante gran parte del siglo XX el término *Puesta en valor* convivirá con otras palabras de origen castellano que más o menos expresan lo mismo, como *valorización* y *valoración*. También *revalorización*.

En el campo del patrimonio *puesta en valor* se comienza a utilizar en los años ochenta del siglo veinte, cuando se consolida su uso en documentos oficiales de la Unión Europea en su forma francesa, *mise en valeur*, traducido al inglés aparece como *enhancement of heritage*. En 1988 se consolida el término al realizarse en Lattes (Montpellier), la mesa redonda titulada “*Mise en valeur des sites archéologiques*” (López-Menchero 2013:38).

Por otra parte, como concepto más nuevo, *musealización* todavía no ha sido adecuadamente definido, ni delimitado, por lo que su utilización en el campo de las ciencias sociales aún es confusa. A partir del análisis en sus distintas formas, se fijan dos acepciones principales en su significado:

2 ICOM (1982) *Musées de site archéologique*. París: UNESCO - International Council of Museums. Ms.

-Restaurar monumentos para ser únicamente contemplados despojándolos de su función. En este caso, su utilización normalmente alude a un valor negativo, ligado con la fosilización de una cultura, un paisaje o un objeto, es decir, la musealización del patrimonio implica su muerte.

-Convertir un espacio histórico en un museo donde prima un fin social, es decir, acondicionar un espacio histórico para su visita y entendimiento por parte del público. También se puede entender como una tipología de presentación del patrimonio *in situ* que aplica las funciones y mecanismos museológicos y museográficos para explicar y hacer comprensible al público visitante la complejidad del bien cultural y de los elementos significativos que lo conforman (Abejon *et al.* 2006: 479; Crespo y Peláez 2002).

Su aparición y popularización se remonta a finales de los años setenta del siglo veinte, detectándose una polarización de significados que se traduce en un uso diferencial de la palabra que origina un debate entre los que le otorgan un valor negativo y aquellos que le confieren uno positivo (Musal 1978:127). En francés (*musealisation*) y en inglés (*musealization*) parece ser mayoritario su uso desde una óptica negativa, representada por los autores como Jean Baudrillard, Henri Pier Jeudy y Andreas Huyssen (Huyssen1995). Por el contrario, su utilización en italiano (*musealizzazione*) y en castellano tiene claras connotaciones positivas, siendo su máximo representante Franco Minissi, que a fines de los setenta cambia el significado tradicional del término musealización como sinónimo de momificación por el de revitalización (Minissi 1978; Baena 1999:105; López 1999:185), posicionamiento asociado a los principios de la nueva museología (López-Menchero 2013:39).

Los *museo de sitio*, engloban espacios donde el común denominador es su carácter patrimonial, pero este concepto no da cuenta de los procesos llevados a cabo para relegitimar su significado cultural, por tanto, creemos que el concepto de Musealización refleja con mayor fuerza el fenómeno de valorización y el hacer visitable un sitio arqueológico.

Musealización sería la acción y efecto de incorporar algo a la exposición estable de un museo. Por analogía, en el caso de yacimientos arqueológicos, musealizar es hacerlos visitables y accesibles, transformándolos en una exposición, como si de un museo se tratara. Musealizar es, por lo tanto, hacer de un yacimiento arqueológico, o de un inmueble con valor patrimonial, un museo o una exposición de sí mismo (Lasheras y Hernández 2004).

La investigación y la excavación arqueológica, en sí, dejan al yacimiento en una situación nueva, original y contemporánea; un yacimiento excavado es una consecuencia de la investigación, es y muestra un contexto de trabajo científico, y lo aflorado por la excavación adquiere a partir de entonces un valor patrimonial de interés social (Lasheras y Hernández 2004). Además, la investigación en sí misma constituye una instancia de difusión.

En la interrelación planteada entre investigación, conservación y difusión, el primer paso lo constituye la investigación científica (Poyato *et al.* 2002). Musealizar, o bien, “hacer museo”, requiere de la investigación previa del yacimiento. Musealizar comprenderá el tratamiento íntegro de un yacimiento, desde el final de su investigación hasta hacerlo accesible física e intelectualmente al común de la sociedad (Lasheras y Hernández 2004).

En teoría, todos los sitios arqueológicos pueden ser musealizados, el único requisito, es que hayan sido investigados. Sin embargo, en la práctica, los límites son impuestos por los propios investigadores, propietarios, empresas o administradores de los sitios y se relacionan con criterios de factibilidad de su preservación; accesibilidad, tanto al lugar donde se encuentre el sitio, como al sitio arqueológico mismo; su proyección turística y/o pedagógica, en términos de distancia, visibilidad y potencialidad (a corto, mediano y largo plazo), además de los costos que implica realizar una Puesta en valor de calidad y con estándares de conservación adecuados.

Planteamos que el sentido de la musealización es permitir una experiencia vivencial de la arqueología, que sólo se produce al tomar contacto con un yacimiento y su entorno natural. En la medida que permitamos la convivencia con nuestros sitios arqueológicos, podremos inculcar su conocimiento y respeto. La musealización nos permite contextualizar algo tan abstracto como la prehistoria, es decir, existen ciertos conceptos arqueológicos, especialmente los que se refieren a elementos espaciales, como por ejemplo: *cuadrícula*, *niveles estratigráficos*, *rasgo*, entre otros, que son muy difíciles de entender, si no recurrimos a su explicación en terreno.

Muchos arqueólogos hemos elegido nuestra vocación luego de visitar por primera vez un sitio arqueológico, por tanto, la transmisión de los valores inherentes a los yacimientos (científicos, históricos, ambientales, patrimoniales y sociales, entre otros) será más viable, al establecer una relación de acercamiento hacia ellos y mucho más, si están habilitados para visitas didácticas.

Los Centros de Interpretación como modelo de Musealización

Una de las fórmulas más efectivas de musealización es la creación de los llamados Centros de Interpretación que para el caso de los sitios arqueológicos, tienen la ventaja de entregar una explicación de éste, sin la intervención del sitio mismo, logrando mantener su integridad sólo con los elementos que aseguren su conservación.

La disciplina de la “interpretación” aparece en Estados Unidos, a mediados del siglo XIX con la creación de los primeros Parques Naturales, tales como Yosemite National Park (California) y Rocky Mountain (Colorado). El objetivo principal de los creadores de dichos parques __John Muir y Enos Mills, respectivamente__ era evitar la degradación del medio ambiente y, sobre todo, acercar el patrimonio natural a la sociedad. Para ellos la interpretación era la vivencia inmediata entre el Hombre y la Naturaleza, que se podía llevar a cabo a través de información y educación de la sociedad (Polak 2012).

En cuanto al edificio en sí, el centro de interpretación deriva del centro de visitantes de los parques naturales norteamericanos. Se trata de infraestructuras destinadas a la atención del público, darle la bienvenida y orientarlo, a través de la información necesaria, en el sitio que va a visitar. Además, pueden contener servicios básicos, tales como baños, taquillas, zonas de descanso, tienda, cafetería, etc., y también, salas de conferencias, talleres, depósitos y espacios administrativos, entre otros (Polak 2012).

El significado de “interpretación” sería el de una herramienta de comunicación a través de la cual se puede explicar cualquier tipo de espacio o patrimonio (Carta de Ename 2005) y su herramienta para interpretarlo (divulgarlo pedagógicamente) es el centro de interpretación (Polak

2012). La metodología de la interpretación debe ayudar al visitante a ver, a explorar, a situarse y observar, a analizar, a comprender, a sentir y a revivir (Izquierdo *et al.* 2005:16).

Musealización del sitio Piedra Tacita n°3, Fundo San Jorge, Parque Naturalia

A fines de 2010, realizamos la excavación del sitio arqueológico Piedra Tacita n°3 (PT3 FSJ), que forma parte del área arqueológica Fundo San Jorge, situada en un sistema de quebradas del estero Quilpué, en el sector El Sol. Los tres sitios arqueológicos identificados en el área se encuentran dentro del Parque Naturalia en un área total de 140 hectáreas, compartiendo terrenos con la Viña Raab. El sitio PT3 corresponde a un sitio habitacional inmerso en un bosque esclerófilo con presencia de piedras tacitas. Los resultados de la investigación adscriben el sitio al Período Alfarero Temprano (PAT) de la prehistoria regional y los dos fechados por termoluminiscencia obtenidos lo datan entre los 950 y 1060 años d.C. (Carmona *et al.* 2015) (Figura 1).



Figura 1. Entrada al Parque Naturalia (Fotografía: T. Basterrica).

Esta área arqueológica había sido documentada por primera vez en la década de 1970 por el investigador local Gerardo Ojeda, quien registró las piedras tacitas encontradas. El proyecto Fondart de 2010, incluyó una prospección exhaustiva del área, definiéndose tres sectores de sondeos para la caracterización cronológica cultural del sitio, reconociéndose los sitios PT1, PT2 y PT3. Esta

primera etapa de sondeos arrojó como resultado la definición del sitio PT3, como el área de mayor potencial arqueológico, por lo cual se planificó una excavación en este sitio. Se realizó una etapa previa de Recolección Superficial sistemática para seleccionar los sectores a excavar.

El sitio arqueológico PT3 se ubica en una vega pequeña con zarzamoras cerca de una quebrada hacia el suroeste del parque, se asocia a una piedra tacita de aproximadamente 1 m de diámetro y 70 cm de alto con 3 oquedades. Se excavaron 12 m² de los sectores 1 y 2, ubicados a pocos metros al norte de la piedra tacita, al oeste y este respectivamente, ampliando las excavaciones de los pozos de sondeo, de la etapa previa.

A través de las excavaciones realizadas, se pudo documentar que las poblaciones alfareras tempranas evidenciaban una explotación del bosque por medio de la recolección de sus frutos, su procesamiento a través de molienda y cocción; la construcción de viviendas (abrigos y paravientos) y el aprovechamiento de la fauna asociada (roedores y aves), en una interacción compleja hombre-naturaleza. Por otro lado, se hace evidente una reutilización de piedras tacitas, cercanas al área de campamento identificada.

Una vez realizada la etapa de investigación arqueológica del sitio, se inició la de su musealización que consistió en la habilitación de senderos y miradores para hacerlo visitable y accesible, diseñando un recorrido que permitiera informar acerca del propio trabajo arqueológico convertido en exposición. Se instaló un pequeño Centro de Interpretación donde se explican los resultados de la investigación y se presentan algunos hallazgos y desde donde se dirige a los visitantes hacia las rutas habilitadas, dentro de las cuales se construyó un sendero que recorre un circuito, donde se presentan miradores, en diversos puntos, que muestran distintas etapas de la investigación arqueológica (excavación y post excavación).

La musealización del sitio arqueológico, ha permitido difundir los principales valores de este particular paisaje cultural, dando énfasis especialmente a su importancia para la subsistencia y desarrollo de los grupos humanos, promoviendo el respeto, la protección y el conocimiento de nuestro bosque esclerófilo (Figura 2).

El objetivo principal de musealizar el sitio arqueológico estaba orientado a la educación patrimonial, con la incorporación del ámbito de la identidad a través de la investigación arqueológica y su difusión en la comuna de Quilpué y en la región de Valparaíso, determinando cuáles aspectos de nuestras culturas antepasadas se debían reforzar para construir un discurso sobre una identidad propia, basada en el conocimiento de nuestra prehistoria, enfatizando en la simbiosis entre naturaleza y cultura que mantenían los primeros pobladores del bosque, divulgando la sabiduría de nuestros antepasados sobre su entorno, lo que les permitía una complementación única con el medio ambiente sin agotar sus recursos (Figura 3).

En el contexto de un proyecto de arqueología pública, la gestión cultural realizada consistió en lograr una sinergia entre las instituciones involucradas, cuya base principal y punto de partida fue la propia Administración del Parque Naturalia que al reconocer la importancia de la presencia de piedras tacitas, buscó el apoyo del departamento de Investigación del Museo Fonck para buscar recursos con el objetivo de financiar la investigación arqueológica del yacimiento. Luego de tres

años de estudios previos, se obtuvo los fondos necesarios a través del proyecto Fondart³ para desarrollar el proyecto, además se sumaron otras instituciones, tales como el Grupo de Voluntarios por el Patrimonio Grupo Tacitas y la carrera de Técnico en Restauración del DUOC UCValparaíso y una vez ejecutado el proyecto se incorporaron el Colegio Montesol de Quilpué, cuyos alumnos participaron de las primeras visitas y el Proyecto Fondart del corto audiovisual “Mari Mari”⁴.



Figura 2. Mirador del circuito arqueológico (Fotografía: T. Basterrica).

De esta forma, se produjo una asociatividad positiva donde, a medida que se conocía la iniciativa, aumentaba el número de instituciones que quería colaborar en ella, por tanto, el trabajo en conjunto de todas estas entidades condujo a que el proceso de investigación y musealización, solamente se considere una primera etapa de gestión del patrimonio con proyecciones futuras.

3 Los proyectos Fondart son fondos otorgados por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA), que desde el año 1998, financian iniciativas artísticas y culturales. Han permitido desarrollar numerosas investigaciones y proyectos de difusión arqueológicos de corta duración.

4 “Mari-Mari” es un corto audiovisual stop motion, que se inspiró en el paisaje investigado. Se trata de una historia infantil de concientización sobre el cuidado de nuestro patrimonio natural y cultural.



Figura 3. Exposición del Centro de Interpretación (Fotografía: T. Basterrica).

Por otra parte, una de las características de nuestro proyecto fue fomentar la participación de la comunidad en la gestión del patrimonio, para lo cual se integró a las tareas de excavación arqueológica a integrantes del Grupo Tacitas y alumnos de la carrera de Técnico en Restauración del DUOC-UC Valparaíso. A pesar de lo efectivo de la experiencia, nos dimos cuenta lo imprescindible de la presencia permanente de un(a) arqueólogo(a) para que guíe las actividades de apoyo, sin lo cual el manejo de recursos patrimoniales puede ser erróneo, igualmente, sin la integración de la comunidad, una investigación arqueológica carecería de sustentabilidad en el tiempo (Figura 4).

A cuatro años de la ejecución del proyecto de musealización, el Parque Naturalia se ha consolidado como un espacio de recreación y esparcimiento que integra un paisaje cultural especial. Se han mejorado las instalaciones y se agregó un sector de tienda con productos ecológicos como bolsas reciclables y plantas nativas. Además, se han implementado otros proyectos de difusión, como la realización de seis maquetas que dan cuenta de las funciones documentadas de las piedras tacitas, realizado por el Grupo Tacitas, exposición que itenera por la región de Valparaíso.

Un ejemplo similar de gestión para la musealización de un sitio arqueológico, donde se destaca la construcción compartida entre comunidades locales, científicos y administraciones estatales, lo encontramos en Bolivia, en la comunidad de San Juan, cercana al Salar de Uyuni. Esta área es una zona altamente turística, ubicada estratégicamente a la salida del Salar y cercana a ruinas arqueológicas asociadas a complejos de *chullpas* y formaciones geológicas singulares. Los vecinos de San Juan se organizaron para trabajar por y para el beneficio de la comunidad, a través de la construcción de alojamientos, abastecimiento de carburante e instalación de un teléfono. Recién una vez que las infraestructuras comunitarias estuvieron instaladas, algunos privados intentaron

iniciativas independientes. Fruto del trabajo comunitario, en los primeros años del nuevo milenio, la Unidad Nacional de Arqueología en Potosí, se hizo cargo de la puesta en valor de las ruinas arqueológicas, un conjunto de estructuras chullparias que luego fue inscrito en el Registro Nacional de Monumentos y en el año 2004 se inauguró un museo arqueológico y etnográfico con una entrada combinada con la visita guiada al sitio arqueológico, en el que además se venden tejidos manufacturados por mujeres de la comunidad (Gil 2008).



Figura 4. Visita guiada en Naturalia (Fotografía: R. Bozzolo).

Conclusiones

En este proyecto de musealización se ha potenciado principalmente el rescate de la identidad colectiva, en cuanto a la búsqueda de la relación de los habitantes de hoy y los primeros habitantes originarios que dejaron sus vestigios en los sitios arqueológicos cercanos a la comunidad, cubriendo la necesidad de la población local en la búsqueda de respuestas, nexos e interpretaciones ante la abundante presencia de piedras tacitas en la comuna de Quilpué. Con lo cual, a la vez que se investigó un área de escasos estudios arqueológicos, se aspira a contribuir a la creación de políticas sociales de

accesibilidad, integración social, democratización de la cultura, erradicación de la exclusión social y el fortalecimiento del capital educativo (Carmona 2008).

Uno de los problemas técnicos surgidos al gestionar la investigación y musealización de este sitio, a través de un proyecto Fondart, fue el desfase entre los plazos que otorga el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA) para ejecutar el proyecto y el tiempo requerido para conseguir las autorizaciones del Consejo de Monumentos Nacionales (CMN). Consecuentemente, el tiempo disipado causó que los recursos económicos fueran insuficientes para llevar a cabo el proyecto, produciendo a su vez problemas técnicos, originándose una suerte de desplome de piezas de dominó que conllevó el replantearse las actividades del proyecto. Sólo la flexibilidad de las instituciones involucradas, permitió superar las dificultades, priorizando aquellos aspectos de mayor relevancia para el cumplimiento de los objetivos.

Creemos que todavía hace falta una reflexión profunda acerca del papel jugado por la arqueología en la sociedad. La relación entre arqueología y gestión plantea el desafío de articular la investigación científica, para alcanzar una respuesta coherente expresada en procesos y dinámicas sociales actuales que demandan con urgencia una reacción de los académicos de las ciencias sociales.

En el caso de Naturalia, su gestión debe ser pensada a largo plazo, las próximas etapas incluirán la investigación arqueológica continua en vías de implementar actividades de arqueología experimental, el desarrollo de guías y actividades didácticas, el fomento de proyectos de turismo de intereses especiales y el impulso de la investigación del bosque esclerófilo de la región.

En síntesis, si bien sabemos que no todos los sitios arqueológicos se pueden musealizar, una gran cantidad de yacimientos, una vez investigados, pueden difundir sus contenidos hacia la sociedad global, cumpliendo la función de puente entre el ámbito académico y el público, con exitosos resultados. Considerando la escasez de sitios arqueológicos habilitados para la visita pública en Chile, creemos que este tipo de alternativas son válidas para integrar los conocimientos arqueológicos dentro del campo de la divulgación.

Agradecimientos. Al CNCA, a Tania Basterrica, coejecutora del proyecto Fondart; a la familia Bozzolo Lueckel, administradores de Naturalia; a Daniel Raab de Viña Raab. A los arqueólogos y colaboradores: Hernán Avalos, Andrea Saunier, María José Vásquez, Josefina González, María José Fernández, Charles Garceau, Álvaro Román, Benito Araya, Rodrigo Saavedra, Pablo Maturana, Jorge Avalos, Leiko Alcaide, alumnos de Restauración Patrimonial del DUOC-UC y Grupo Tacitas. En especial a Marcos Moncada, José Alarcón, Patricia Yáñez, Flora Vilches y al comité editorial del Boletín SChA.

Referencias Citadas

- Abejón, T., A. Maldonado y L. Froilán. 2006. Contribución al estudio de la terminología de la gestión del patrimonio cultural y del turismo cultural a través de los datos del Proyecto ESLEE. *La terminología en el siglo XXI: contribución a la cultura de la paz, la diversidad y la sostenibilidad. Actas del IX Simposio Iberoamericano de Terminología*, pp. 471-482. RITerm, Barcelona.
- Baena, M. D. 1999. La musealización de la ciudad histórica. El caso de Córdoba. *Museo. Revista de la Asociación Profesional de Museólogos de España* 4:103-111.

- Carmona, G. 2008. *La voz de las piedras: Musealización del yacimiento arqueológico Las Cenizas, Región de Valparaíso, Chile*. Tesis para obtener el grado de Máster en Arqueología y Patrimonio. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Carmona, G., L. Arancibia y Ch. Garceau. 2015. Sitio Piedra Tacita nº3, Fundo San Jorge, Quilpué: una aproximación a patrones de estabilidad y movilidad en grupos alfareros tempranos *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 465-469. Universidad de Tarapacá, Arica.
- Crespo, M.J. y J. Peláez. 2002. Los museos: I. Del coleccionismo a la democracia cultural. *Odiseo: Rumbo al pasado* nº 5. <http://www.odiseo.es.vg/> (5 junio 2016).
- Gil, F. 2008. Construyendo un futuro desde las ruinas del pasado. Autogestión del patrimonio, puesta en valor de yacimientos y arqueoturismo en el Altiplano de Lipez (Potosí, Bolivia). *IV Congreso internacional sobre musealización de yacimientos arqueológicos*, pp. 363-368. Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- Hernández H. 2007. La Museología ante los retos del siglo XXI. *Revista Electrónica de Patrimonio Histórico* 1 (5 junio 2016)
- Huyssen A. 1995. *Twilight memories: making time in culture of amnesia*. Routledge, London.
- ICOM. 1982. *Musées de site archéologique*. UNESCO, Paris.
- ICOMOS. 2005. Carta de ENAME para la interpretación de lugares pertenecientes al patrimonio cultural. http://ipce.mcu.es/pdfs/2005_Carta_Ename.pdf (23 octubre 2015).
- Izquierdo, P., J. Tresserras y J.C. Matamala (Coord.) 2005. *Centros de interpretación del patrimonio*. Manual Hicira. Diputación de Barcelona, Barcelona.
- Lasheras, J. A. y M.A. Hernández. 2004. Explicar o contar. La selección temática del discurso histórico en la musealización. *III Congreso internacional sobre musealización de yacimientos arqueológicos*, pp. 129-136. Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza.
- López B., C. 1999. *El patrimonio cultural en el sistema de derechos fundamentales*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Sevilla, Utrera.
- López-Menchero, V. 2013. *La Musealización del Patrimonio Arqueológico in situ. El caso español en el contexto europeo*. BAR International Series 2535. Archaeopress, Oxford.
- Minissi, F. 1978. *Processi di musealizzazione. Conservazione dei beni storico artistici e ambientali. Restauro e musealizzazione*. De Luca Editore, Roma.
- Mutal, S. 1978. International Colloquium organized within the framework of the UNDP-Unesco Regional Project on Andean Cultural Heritage, 21-25 November 1977. *Museum XXX* (2):126-127.
- Polak, G. 2012. Centros de interpretación y valorización del patrimonio arqueológico. De Parcs Canadá (Ontario, Canadá) a las Columnas de Hércules (Cádiz, España). En *Ensayos en torno al patrimonio cultural y turismo sostenible en Chile y en España*, pp. 315-339. Colección Cuadernos Solidarios 9, Universidad, Género y Desarrollo, UAM ediciones Oficina de Acción Solidaria y Cooperación Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Poyato, C., J. F. Ruiz, R. Guillén y N. Sánchez. 2003. El conjunto de arte rupestre de Villar del Humo (Cuenca): Puesta en valor y Centro de Interpretación. *II Congreso internacional sobre musealización de yacimientos arqueológicos*, pp. 190-197. Ed. Ayuntamiento de Barcelona y Museu d'Història de la Ciutat, Barcelona.

TRIBUNA

No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después

Benjamín Ballester¹

*“No necesitamos banderas
No reconocemos fronteras
No aceptaremos filiaciones
No escucharemos más sermones”*

Jorge González, 1984, *No Necesitamos Banderas*
La Voz de los 80'

Resumen

Ante la elástica temporalidad en la que se desenvuelve la arqueología no me parece un despropósito integrarme a una discusión que se llevó a cabo 30 años atrás, en los 80's². Al contrario y más que nada por gusto personal, me motiva a adherirme el interés en el tema que subyace en este debate y porque creo que aun habiendo transcurrido tres décadas mucho del fondo en la controversia sigue siendo atingente a nuestra disciplina en lo teórico y en lo práctico, pero con argumentos propios de una época.

Palabras claves: Arqueología chilena, 1980's, Debate.

Abstract

Given the elastic temporality in which archaeology operate it doesn't seem a nonsense integrate myself to a discussion that took place 30 years ago, in the 80's². On contrary and mostly by personal pleasure, motivates me to adhere the interest in the thematic that underlies the debate and because still having passed three decades much of the dispute substance remains relevant to our discipline on theory and practice, but with arguments proper form an epoch.

Key words: *Chilean archaeology, 1980's, debate.*

1 ICIS – Centro Interdisciplinario de Estudios Interculturales e Indígenas. Pontificia Universidad Católica de Chile. benjaminballester@gmail.com

2 Creo necesario que el lector comience leyendo el artículo original (Berenguer 1986a) y el debate que le siguió en los números 5 y 6 del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología (Berenguer 1986b; Cornejo 1986; Gallardo 1986; Núñez 1986; Rivera 1987). Sin esta lectura previa, este comentario carece de sentido.

Así mismo advierto que me ciño más que nada a la discusión generada en el Boletín, y no tanto a aquella que le dio origen en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983), donde se emiten otras opiniones y con distintos argumentos, en algunos casos contradictorios.

Recibido: 10 de marzo de 2016.

En el cuarto número del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología (BSCHA) de 1986, José Berenguer abrió sin quererlo las puertas de un debate que llenaría las páginas de los dos siguientes números de la publicación periódica (5° 1986 y 6° 1987). Bajo el título de *Nuevas Fronteras de la Arqueología*, quien aún hoy firma como parte del Museo Chileno de Arte Precolombino intentaba definir el campo de acción, reflexión y desenvolvimiento de la Arqueología. Ya en ese entonces había pasado más de una década de la conferencia dictada por Luis Guillermo Lumbreras en Concepción (1972) y de la primera edición de su libro icónico (1974), y como bien dice Berenguer, casi cuatro décadas de algunos trabajos de Gordon Childe (2007[1947]), en la que arqueólogos latinoamericanos, europeos y estadounidenses coincidían en que la arqueología era una Ciencia Social.

Afirmarlo no era novedad y al igual que en aquellos años (60's, 70's y 80's), hoy pocos de nosotros no la definiríamos como una Ciencia Social. Pero también como en esa época, hoy una gran distancia separa el campo discursivo de nuestras definiciones teóricas de nuestra real práctica académica, investigativa y de reflexión arqueológica. Para ser sinceros y a título personal, creo que bastante poco de social tiene nuestra arqueología hoy, salvo excepciones puntuales que en ningún caso definen la identidad de nuestros proyectos de investigación, las frases de nuestros artículos y los escasos libros que se editan en el campo arqueológico chileno. Me atrevería a decir que la sociedad como temática está casi completamente exiliada de nuestra arqueología, y como ya han vaticinado varios autores (Bate 1998; Gallardo 1983; Lumbreras 1974), confundimos fácilmente nuestro objeto de conocimiento (la sociedad) con nuestros objetos de estudio (la cultura material). Más allá de los reproches metodológicos y cientificistas que se puedan hacer (en parte culpables de esta laguna), en nuestros problemas, relatos y narrativa están en gran medida ausentes los sujetos, las acciones, el poder, la política, la cultura, el simbolismo, las personas, los sentimientos y otros tantos tópicos que dan forma, riqueza y sustancia a la sociedad. Cedimos contenido social por certidumbre superficial; de ahí un primer balance.

Berenguer define la Arqueología como una Ciencia Social. Luego su discusión se entrapa en una cuestión que yo definiría como de *identidad disciplinar*. Un gallito acerca de los límites de lo que somos como arqueólogos y nuestra praxis, qué es un sitio y qué no, qué tan atrás el cronómetro temporal nos pone frente a un *objeto de estudio* o a un objeto que está fuera de nuestro campo. La cuestión de lo histórico versus lo contemporáneo, lo arqueológico versus lo sistémico, lo abandonado versus lo que continúa en uso. Más allá del valor práctico que estas definiciones puedan tener (porque las tienen), me resulta tremendamente interesante que sea acá donde se vuelquen los esfuerzos más significativos a nivel de reflexión y discusión. Puedo estar equivocado, pero más me parece una pasión interna por revindicar una trinchera académica, un objeto *propio* de estudio, un campo *exclusivo* de investigación, una *propiedad* intelectual, que un debate por enriquecer nuestro quehacer en lo teórico, metodológico y práctico sobre el conocimiento de la sociedad. Si nuestro objeto es justamente este último, la sociedad, qué importa el tiempo a la hora de definir qué podemos estudiar y qué no. Si toda cultura material para que exista ya debió ser producida, por tanto fundarse en un pasado por próximo que sea, ¿qué cuestión es esa de la arqueología del presente? (Gallardo 1986).

Dar esa discusión es solo una retórica de legitimación disciplinar. Por mucho que finalmente Berenguer abogue por una arqueología de lo contemporáneo, ya plantear la cuestión desde y como

lo hace termina desviando la atención hacia la tangente de lo propio y lo ajeno en lo disciplinar³. Pero ésta es una cuestión que solo toma valor político fuera del apetito filantrópico y social del conocimiento, en la escena de edificación de los muros que ordenan los campos disciplinares para el reparto de fondos concursables (FONDECYT nace en 1981, líneas patrimoniales como FONDART, Áreas de Estudio en Becas), la toma de decisiones especializadas (p.e. consejeros, comités, evaluadores o paneles de consenso) y asumir cargos administrativos o posiciones de status académico (p.e. universitarios, CMN, DIBAM, museos privados). Podríamos decir, en la burocracia de la academia, cuestión que aboga más a nuestra propia estructura social que al conocimiento.

Puestos los tres puntos suspensivos que dan término al artículo se desprende lo más sabroso del resultado de su ensayo: la réplica de algunos lectores que, como yo, quedaron insatisfechos con la discusión, buscando derecho y espacio para plantear sus incertidumbres, reproches, críticas, pataleos o simples pensamientos de traspaso frente al tema que inteligentemente despertaba el autor.

El primero de ellos es Lautaro Núñez, aludido en el epígrafe del artículo, que más que una réplica crítica elabora simplemente un breve comentario con finos tintes de autocomplacencia, en los que aun así, elocuentemente posiciona a la arqueología junto a todas las otras ciencias sociales por y para un fin común, estudiar la sociedad, sacudiéndose los rastros de cualquier disputa disciplinar al entonar la a mi parecer acertada y bella frase: “*en el jardín de las ciencias del hombre todas las flores son posibles*” (Núñez 1986:9). Palabras que reproduzco textualmente para aumentar la posibilidad de que sea leída por algunos de los más ortodoxos y conservadores arqueólogos positivistas del país.

El siguiente comentarista es Luis Cornejo, en ese entonces y a sus 27 años curador del Museo Chileno de Arte Precolombino. Como tal, colega y compañero de trabajo de José Berenguer. En su réplica Cornejo deja entrever contrario a su palabras explícitas, una posición esencialista y disciplinar, más interesado en resguardar los frágiles límites de los campos disciplinares que en orientar los esfuerzos hacia generar un conocimiento cada vez más profundo, rico y amplio acerca de la sociedad⁴. Su última frase es elocuente en esto, “*la definición de nuevas fronteras, como las propuestas por José Berenguer, contrariamente a lo que él supone, le harían [a la arqueología] perder coherencia y la desintegrarían*” (Cornejo 1986:10). Ese último punto destacado, el centro de su argumento, demuestra una suerte de temor por perder eso que tanto ha costado construir: la arqueología, una disciplina con fines específicos, una lógica de funcionamiento, adornada de todo un sofisticado aparato ya montado.

Luego viene su máxima con la que intenta sentarse a un costado de Lewis Binford: “*la arqueología es antropología o nada*” (Cornejo 1986:10). Ok, sí, comparto, pero mi pregunta hoy es, bueno y qué es la antropología. Con el posmodernismo las ciencias y en particular la antropología se abrieron a la posibilidad de mezclarse con otras formas no solo de producir conocimiento, sino también de expresarlo, como el arte, la literatura, la poesía, la fenomenología, la espiritualidad y la metafísica. Un coqueteo que delineó su identidad desde sus orígenes, pero que se vio acentuado desde la década del 50’ hasta convertirse en un acalorado e intenso romance que aún no termina de enfriar las aguas. No podemos obviar la experiencia por ejemplo del Doctor Francisco Varela, Biólogo y Médico, pero además uno de los principales y más importantes exponentes de la neurociencia mundial, que para crecer en el conocimiento sobre el funcionamiento de la mente humana entabló un

3 Elementos que también deja entrever en sus incursiones y comentarios en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983).

4 Esto a diferencia de su postura explícita en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (Suárez *et al.* 1983).

diálogo de pares con el Dalai Lama, dando vida a eso que llamó la *neurofenomenología* (Varela 1999). En antropología los ejemplos son más numerosos y la relación más estrecha, especialmente en los vínculos con las letras y el arte (Clifford 1995).

¿Si no existe tal claridad respecto a los límites de algunas de las ciencias más duras y tradicionales del panteón de saberes, menos de la antropología que constantemente flirtea con las artes y las letras, por qué intentamos defender la unicidad e integridad de la arqueología? La verdad, es una postura que no entiendo, y me da la impresión que acarrea una fuerte carga de temores, conservadurismos y comodidades. Esto lo creo aún más cuando veo que la promiscuidad disciplinar sí está abiertamente permitida hacia ciertos campos científicos, especialmente aquellos más duros como la ecología, la química, la zoología y la biología, donde la arqueología sí se escapa de las fronteras tradicionales de la antropología, haciendo un tremendo desaire a la Cultura. Como ejemplo, aun cuando Cornejo pone literalmente en duda otras fronteras a la arqueología (el título de su comentario está entre signos de interrogación), sus primeras incursiones en proyectos FONDECYT coqueteaban abiertamente con la ecología (1870407 y 1890871) y la biología humana (1831080). Hoy creo que son los succulentos índices de impacto de sus revistas las que excitan este amorío, fomentando esta idea instrumental de que la arqueología está entremedio de las ciencias naturales y sociales.

Si algo debemos resguardar de ser “*antropología o nada*” es, como diría Jack Goody (1998), su *enfoque enciclopédico*. Esa capacidad de picotear en todo tipo de fuentes, publicaciones, documentos, mitos, películas, oralidades, representaciones, materialidades, entre tantos otros elementos que la antropología persigue para estudiar la sociedad. Su apertura a la diversidad no solo en las respuestas, sino también en las estrategias, lógicas, métodos y formas de acercamiento. Creo que es ahí donde radica una de sus principales riquezas.

Los campos disciplinares los creamos nosotros, no son *naturales*. Sí, lo hacemos a partir de la observación de la realidad y su estructura, pero siempre esos campos serán edificaciones montadas por nosotros, una arquitectura académica e intelectual orientada al conocimiento, entregándonos herramientas pero también limitaciones, especialmente cuando la cómoda institucionalidad se asienta en forma de administración y burocracia. Las disciplinas y los métodos son medios, no fines; el fin es y será la sociedad. Como tal, podemos crear, destruir y modificar estos *artefactos* del intelecto según nuestras propias inquietudes, orientaciones, proyectos, placeres o necesidades. De la misma forma en que podemos destruir las estructuras de la sociedad para convertirla en algo a lo que aspiramos, podemos quebrar aquellas fronteras que encaminan nuestro intelecto y conocimiento. Mi segundo balance es que siempre es atractivo y necesario al menos intentar quebrar la realidad.

El tercer comentarista es Francisco Gallardo, también en ese entonces compañero de trabajo de Berenguer y Cornejo. Abiertamente Gallardo toma una posición materialista para realizar su crítica a Berenguer, diciendo textualmente que “*la arqueología es aquella disciplina que se ocupa de todas aquellas sociedades que muestran formas precapitalistas de producción, y que en la actualidad no se encuentran en funcionamiento*” (Gallardo 1986:11)⁵. ¿Pero de dónde nace esta diferencia, esta distinción? ¿Por qué los arqueólogos seríamos mejores para estudiar sociedades precapitalistas que las capitalistas? La respuesta de Gallardo se reduce a una premisa tomada del filósofo checo Karel Kosik, fórmula que comparte con otros arqueólogos (Bate 1978, 1992, 1998). Ésta asegura que la realidad se compone de una apariencia y una esencia, lo fenoménico y lo esencial, la representación y el concepto, la

5 Para este punto Gallardo vuelve a modo de referencia a su ponencia en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (Gallardo 1983).

inmediatez y la reflexión, una esfera superficial apreciable a simple vista, versus otra profunda que le trasciende. En palabras del mismo Kosik (1967:25-27): “*La cosa misma no se manifiesta inmediatamente al Hombre. (...) El mundo de la pseudoconcreción es un claroscuro de verdad y engaño* [como también cita Gallardo 1986: 11, párrafo 5, octava línea]. *Su elemento propio es el doble sentido. El fenómeno muestra la esencia y, al mismo tiempo, la oculta. La esencia se manifiesta en el fenómeno, pero sólo de manera inadecuada, parcialmente, en algunas de sus facetas y ciertos aspectos*”. Pero esta cualidad de la realidad y el método de la dialéctica para comprenderla (*la destrucción de esta pseudoconcreción*, según Kosik) es inherente y necesaria para la comprensión de toda realidad social y en todos los momentos de la historia, sea la realidad capitalista que estudia Karl Marx o cualquier otra formación social existente en la historia de la humanidad. Ya el mismo Marx realizó en su momento ejercicios fuera de la Formación Capitalista (Godelier *et al.* 1969; Marx 2007[1857-1858]; Marx y Hobsbawn 1982), al igual que lo hizo Engels (1972[1884], 1981[1876]). Es la realidad la que tiene “*claroscuros de verdad y engaño*”, no solo el capitalismo.

Así dicho, siguiendo un método adecuado y considerando estas variables, es posible una arqueología explicativa de cualquier formación social, sea capitalista o no⁶. El mismo Francisco Gallardo intentó aproximaciones de este estilo, en muchos casos quebrando por completo las fronteras disciplinares tradicionales de la arqueología que tan celosamente resguardaban sus colegas de oficina (Gallardo 1994, 1995a, 1995b; Gallardo *et al.* 1990, 1999). Si entendemos que el conocimiento no solo se devela, sino que también se crea, ¿no es acaso también el arte una forma de llegar a la esencia de la realidad superando las apariencias y la inmediatez? ¿No puede ser también el arte una forma de destrucción de la pseudoconcreción? ¿No habrá en la poesía, en la pintura, en el cine, en la ópera o en la música un intento de superación de lo superficial y cotidiano para llegar a la esencia de la realidad? ¿No hay de eso también en la filosofía? Mi tercer balance es que la dialéctica no es exclusiva de las ciencias tradicionales.

Gallardo finaliza su comentario diciendo que una “*arqueología del presente podría ser una valiosa técnica más de recolección de información. Nunca una práctica científico-social explicativa*” (1986:11). Lamento decir que tengo el presentimiento que gran parte de nuestra “*arqueología del pasado*” no se queda sino solamente en su etapa técnica de colecta de datos (prospecciones, excavaciones, descripciones, detalles), sin avanzar ni un poco hacia la develación de la esencia.

Es notable como en las posiciones de Cornejo y Gallardo, pero también a veces en la de Berenguer, se puede notar entre líneas la idea de que la arqueología es una ciencia de las *sociedades muertas*, una especie de *anticuarismo* de lo humano. Una concepción que quiéranlo o no termina separando lo que somos como sujetos y sociedad de las que ya no existen, el nosotros actual del otro pretérito, el vivo del muerto, el presente del pasado, la historia de la prehistoria, la arqueología de la sociología, la sociedad del hoy de la antigua, quebrando y eliminando cualquier posibilidad de continuidad y unicidad de nuestra Historia, la de la Sociedad (ambas con mayúsculas).

Un cuarto comentarista que pasó ligeramente desapercibido del debate fue Mario Rivera (1987b), tanto así que sus palabras no recibieron si quiera réplica. Y si no despertó la atención adecuada fue seguramente porque era el único que en ese momento no jugaba en la cancha chica de la arqueología chilena, menos en la del patio del Museo Chileno de Arte Precolombino. Aun siendo que es el comentario más rico en bibliografía extranjera, citando las últimas publicaciones y

6 Berenguer (1986b:15) dejará esto en claro de forma breve en su réplica a los comentaristas, específicamente en el penúltimo párrafo de su intervención, justo antes de agradecer al Boletín.

conferencias en los más prestigiosos congresos internacionales, poca sintonía logró generar con la discusión que se estaba planteando inicialmente. Tal vez esa misma lejanía de Chile y su arqueología no le permitieron notar la sutileza de los problemas que se estaban tocando. Por eso, su comentario no por poco interesante y erudito se sale del debate, justamente también porque dicha discusión tenía su germen en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia de las cuales no fue parte (ver listado de asistentes en *Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983). Aun así acierta con la analogía que presenta respecto del famoso ensayo de Flannery (1982) acerca de cómo se había vivido un fenómeno similar a este en Estados Unidos. Entró entusiasta y con mucha técnica a la cancha, pero en los minutos finales del partido y en una posición que no le acomodaba; una lástima para los telespectadores y la arqueología chilena.

Finalmente José Berenguer realiza los descargos que le corresponden. Me da la impresión que nunca se esperó respuestas o comentarios en el tono de aquellas de Gallardo y Cornejo, aun viniendo de la oficina de al lado. En sus palabras, notó “*disenso absoluto*” y “*críticas en términos de abierta confrontación*”, aunque lo que más lo “*abismó*” fue que “*con celo casi eclesiástico*” Gallardo lo excomulgó del materialismo (Berenguer 1986b:12-14). Pero más allá de las sabrosas y picantes anécdotas, Berenguer contrataca con el argumento temporal, sintiendo todavía y luego de los comentarios que esa era la trinchera donde debía debatir. Vuelve cargado con la ametralladora de la “*arqueología salitrera*”, el fusil de los “*canoeros capitalistas*”, junto a su arma estrella y más letal, las excavaciones que se hacían en el mismísimo lugar donde se reunía a debatir con sus comentaristas, en el patio del museo, nada más ni nada menos que el solar del “*corregidor de Santiago en 1555*”. Los tres argumentos más que válidos, sólidos y brillantes si se quedan en el problema cronológico acerca de los límites del arqueólogo, pero ¿para qué? Ellos continúan ahondando en la necesidad de conquistar nuevos terrenos para la arqueología, de expandir nuestros campos de acción y abarcar más como disciplina, pero ¿para qué?

La réplica luego gira aún más bruscamente hacia el tema que quieran o no termina atrayendo de forma casi centrípeta sus discusiones: la cuestión de la identidad disciplinar y sus fronteras. Que la Historia, que la Sociología, que la Etnografía, que la Etnología, que la Antropología; que la Arqueología está al medio, encima, montada, por debajo, a un costado. Solo finalmente y luego de varias vueltas Berenguer (1986b:15) es el único que aboga por “*una “arqueología total”, en que cada uno disponga de una opción libre para elegir dónde y cómo hacer su contribución arqueológica a la Ciencia Social*”, aun cuando esta última postura es casi contradictoria a otras que él mismo defiende en su primer artículo y en la réplica.

★★★★★

Me parece llamativo que prácticamente el mismo año en que Los Prisioneros lanzaron la canción “*No Necesitamos Banderas*” (1984), uno de los temas ícono de su primer álbum “*La Voz de los ‘80*” y tal vez el de tintes más anarquistas de Jorge González, en arqueología se debatía cómo hacer más estrechas, definidas y marcadas sus fronteras, afinando nuestros propios circuitos de trabajo, cercándonos los quehaceres y marcándonos el perímetro del campo. Concertábamos celosa y cuidadosamente nuestros límites, cimentábamos los muros de nuestra propiedad separándonos del vecino, encasillando disciplinas, estructurándonos la realidad intelectual. Me quedo con una frase que uno de los comentaristas realizó en otra instancia de discusión, pero que para el caso sirve perfectamente: “*hacer divisiones de este tipo es un pecado positivista*” (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983:52).

Sin reproches morales, este pequeño ensayo que vuelve a una vieja discusión muestra como la arqueología de los años 80's se esmeró y gastó tremendos esfuerzos por definirse como disciplina legitimada dentro del campo general de las ciencias, delineando meticulosamente sus esferas de acción, estableciendo quehaceres y marcando fronteras. Una cuestión de identidad cuyo origen pudo ser la lucha de intereses y cargos en las decisiones políticas de las ciencias nacionales en plena dictadura (p.e. CONICYT, FONDECYT, CMN, universidades, DIBAM, museos privados), pero no para la generación de conocimiento acerca de la sociedad. Como dije antes, una edificación que tiene más que ver con la construcción de nuestra propia organización social que con el conocimiento. ¿Cuánto habrá castigado en las personalidades y en las ideas el vivir cotidianamente en dictadura?

A 30 años de esta discusión emito lo que puede leerse a modo de comentario o crítica (Gallardo 1992), pero no como si fuera escrita desde una “*cabina de transmisión*”, sino simplemente como una reflexión de uno más que se ensucia los pantalones y ama lo que hace (Flannery 1982). Considero que si nuestro objeto de conocimiento es la sociedad, da igual la promiscuidad, revoltijo o mixtura de métodos, estrategias y técnicas que apliquemos si nos llevan hacia resultados fructíferos y fidedignos relativos a su conocimiento (certero, audaz y necesario). Más aún, abogo a la posibilidad de una completa transdisciplinariedad que amalgame los saberes y las expresiones mientras hagan crecer en riqueza, diversidad y cantidad el conocimiento que tenemos sobre la sociedad, da lo mismo me llamen arqueólogo o no. Esto podría además librarnos de algunos de los egos y altanerías que inundan nuestras academias. Y sí, es también una crítica a nuestra organización social dentro de la academia, y la relación de ésta con la sociedad en la que vivimos.

Con esto no declaro el *todo vale* o que todas las narraciones son válidas, muy por el contrario, es más bien la posibilidad de quiebre de las *fronteras autoimpuestas de la arqueología* si esta lo necesita para expandir sus horizontes en búsqueda de respuestas a lo desconocido. ¡Que seamos nómades, no sedentarios! ¡Peregrinos, no señores feudales! ¡Rizomas, nunca raíces! (Deleuze y Guattari 2002). Comparto la necesidad de construcción de tecnologías del saber, artefactos del intelecto, aparatos conceptuales, fórmulas de expresión, maquinarias de aprendizaje y métodos de trabajo, siempre y cuando abran posibilidades sin convertirse en cadenas perennes. Pero hablar de fronteras es hablar de límites. Por esto, no se trata de *nuevas, dudosas o imprecisas* fronteras de la arqueología, sino simplemente que *no necesitamos fronteras*.

Agradecimientos. Agradezco en primera instancia a los editores del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología al momento en que se dio este debate y otros tantos cobijados por esta publicación periódica. Extraño la sección de opinión y comentarios del antiguo Boletín. Me parece lamentable que hoy todo deba estar revisado, comentado y aceptado por tres evaluadores externos, de eso ya tenemos mucho. A veces es importante simplemente decir las cosas.

A Alex y Marcela.

A quienes escribían en el Boletín, también gracias. Créanlo o no, paso un gran momento leyéndolos.

COMENTARIOS

Volver a los 17, después de vivir un siglo

Francisco Gallardo⁷

Acostado en mi cama clínica con la televisión encendida, disfrutando ese estado de nirvana profundo que regala al pobre esta tecnología, unos suaves golpes en la puerta me trajeron de bruces a la realidad. A contraluz parada en el vano, la enfermera jefe de la institución donde vivo proyectaba una larga sombra sobre el piso blanquecino. Ella sostenía temblorosa un manojo de papeles entre sus manos. Don Pancho, susurró suavemente algo consternada, el editor de la revista de la Sociedad de Arqueología pide comente un escrito que lo menciona por algo que usted dijo hace 30 años. Déjelo por aquí y gracias, repliqué tratando de no revelar mi estupefacción.

Bajé el volumen de la tv y apreté el botón que levanta el respaldo de mi cama. Sentado busqué mis lentes entre las mantas arrugadas y leí el impreso firmado por Benjamín Ballester, debe ser un jovencito, pensé. En él se menciona a un Sr. Berenguer y un Museo Precolombino que ya no recuerdo con exactitud, menos a las otras personas con excepción de Cornejo, que me parece vive aquí mismo en la planta superior. Mi memoria no es tan buena como antes, debe ser a causa de varios antiguos pequeños stroke.

En el manuscrito se dice que yo habría escrito: *“la arqueología es aquella disciplina que se ocupa de todas aquellas sociedades que muestran formas precapitalistas de producción, y que en la actualidad no se encuentran en funcionamiento”*. Y que de esta manera metía mi cuchara en la cazuela del Sr. Berenguer, que en su respuesta parecía molesto y enojado. Sin duda, tenía menos de 30 años, y de seguro este episodio fue resultado de una descompensación, de un ataque severo de marxismofrenia. Una enfermedad que se adquiere y no te abandona nunca. Con la edad se vuelve ligera y apacible, pero aun así no ayuda a hacer amigos. Debo confesar, sin embargo, que por lo mismo, ahora no pienso de igual modo ni del marxismo ni de la arqueología ni de mi persona que va derecho a contexto arqueológico.

Pienso ahora que no es tan buena idea que la arqueología deba estudiar al “hombre detrás del artefacto” (como se dice vulgarmente), pues esta afirmación tiene la desastrosa consecuencia de promover ideas como la escrita por el Sr. Gallardo, ese del museo precolombino. Para el tipo este, era claro lo inoficioso de la arqueología del capitalismo o cualquiera otra en funcionamiento. Qué sentido tendría una ciencia cuyo oficio y existencia son “los materiales como medio para reconstruir las relaciones sociales”, cuando en las contemporáneas estas últimas son enteramente accesibles. La visión instrumental de la cultura material soslaya lo evidente, ella es el medio donde habitamos.

La verdad (hay que reconocerlo) proviene de aquellos que hablan y piensan “enredado” (como Hodder, Olsen, Oestigaard, Bob Esponja (que es un ser no humano) y otros habitantes de la comodidad del pantano material), ellos se anotan un punto al creer que vivimos entre los artefactos y no a través de ellos.

⁷ ICHIS – Centro Interdisciplinario de Estudios Interculturales e Indígenas. Pontificia Universidad Católica de Chile. fgallardo.ibanez@gmail.com

Una epifanía que da por resultado una ironía, pues acaban de “inventar la rueda filosófica” ¿Acaso no fue Karl Marx, quien proclamó a los cuatros vientos que son las condiciones materiales las que dan forma a la vida social? Asunto que no le era divertido o confortable, pues él creía que el sujeto se volvía esclavo de las cosas. Condición imperdonable que ameritaba la producción de las más despiadadas críticas culturales. Método inamigable diseñado para desnudar el fetichismo de esas ideologías que pretenden hacer pasar por corderillo inocente al lobo que es el mundo constante y sonante de la vida ordinaria.

Son estas experiencias materiales, en cualquier época y lugar, las que deben poner nervioso y malhumorar al arqueólogo. De aquí nuestra especificidad. Estado de incomodidad desapacible que de seguro encontrara numerosos seguidores, desde el maestro de escuela al profesor universitario. Simplemente una nueva e inevitable frontera. Una consecuencia natural que es el resultado de las cosas que los arqueólogos hacen con la arqueología y no el resultado mecánico de sus digresiones. Por más esfuerzos fronterizos que hagamos, la arqueología de México nunca se parecerá a la de Chile. Para ellos el pasado es un patrimonio corporativo, para nosotros los chilenos una simple curiosidad.

Hay que decir también, que la cultura material no es propiedad de los arqueólogos. Y ciertamente no es necesario ser uno para escribir *El elogio de la sombra*, *El imperio de los signos*, *El posmodernismo o la lógica del capitalismo tardío* o *El Medio es el masaje*. Tampoco hay que serlo para glorificar poéticamente Isla Negra, reírse con sarcasmo de los artefactos o escribir *Cinco pepitas de naranja*. Todos estos episodios resuenan en mi cabeza, y me han acompañado mientras escuchaba *Money* de Pink Floyd. Lo que es obvio, es que no todas estas obras pertenecen al mismo campo ni sus creadores experimentan las cosas del mismo modo. Sólo la apertura al diálogo, la escucha y sus puentes colgantes ponen en contacto a estos continentes. En sus bordes se producen resultados inesperados y asombrosos. En muchos aspectos nuestro trabajo es tejer esos puentes.

Las acciones humanas son excluyentes por definición. Si haces algo, dejas de hacer otro algo. Por esto creo impropio ver la historia como conspiración, la entiendo en Fox Mulder y también en las explicaciones del taxista, pero no es recomendable si uno es un especialista. Te lleva a pensar erróneamente que al no ser todos iguales, ni tener las mismas oportunidades, de seguro esto ocurre porque diste una boleta “ideológicamente falsa”, te ganas la vida de manera ilícita, eres un facineroso o naciste en cuna de oro. Somos diferentes, punto. Pero hay una cosa que nos iguala, porque es trascendente. Se llama trabajo duro. Algo serio, responsable, estudioso, desinteresado, abnegado, constante, disciplinado, consecuente, productivo y comunitario. Sólo cultivando esto uno puede aspirar a merecer respeto intelectual, si es verdad que quieres ser arqueólogo en el mundo de la ciencia (o de las humanidades, según sea su sensibilidad). No hay que ser adivino para saber que bajo esta estrella el futuro de cualquiera está pavimentado, da lo mismo lo que haga, quien sea y que piense. Largo bla, bla, bla, para decir que ninguna definición de la arqueología pagó mis martinis secos (que eran mis preferidos en esa época) todos fueron el producto mi trabajo.

Hay que admitir que fue buena idea la de Ballester, de venir y tocarle la oreja a uno ¡el tema sigue siendo fantástico! Pienso en voz alta, mientras camino milagrosamente arrastrando mi pie izquierdo. ¡Si! Muy necesario. En especial porque (para seguir con la Violeta), nunca habrá sabios suficientemente competentes. La historia los mastica un rato y luego tarde o temprano los pega debajo de la mesa. Algo que también es arqueológico y súper material.

La fuerza de gravedad: Comentario a “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después” de Benjamín Ballester.

Luis Cornejo⁸

Leer a Benjamin Ballester, me ha traído una sensación casi olvidada, de la misma manera que el aroma de los cardenales me lleva a las calles de Barrancas, una antigua comuna de Santiago donde pase mi adolescencia “pateando piedras”. Es el encanto de una época donde el tiempo no existía y, tal vez por eso, nos sentábamos frente a la máquina de escribir (noten la referencia cronoartefactual) para avivar una pequeña hoguera que habíamos prendido a principio de los ‘80 con las Jornadas de Arqueología y Ciencia (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983; Gallardo *et al.* 1987). El ensayo de Ballester destaca, no obstante, por no ser una especie de crónica de una época romántica para sus protagonistas, sino que más bien por retomar una discusión que por esencia siempre será una obra inconclusa; una obra que siempre requerirá de nuevos escultores.

Entremos en materia. En síntesis, luego de definir los términos del debate original y contraponer los argumentos de los que participamos en él, Ballester decide posicionarse señalando que el estudio de la Sociedad, que de acuerdo a su punto de vista sería el objeto de estudio de la Arqueología, decididamente no requiere fronteras y aboga por “...la posibilidad de una completa transdisciplinariedad.” (Ballester 2016:103). Su argumentación, tejida con el mejor oficio está contaminada, sin embargo, con la misma idea de algunos positivistas ortodoxos junto a los cuales dudo que Ballester quisiera ser acomodado: el quehacer científico es independiente de la realidad social que se desarrolla. Así pareciera que para Ballester “...la lucha de intereses y cargos en las decisiones políticas de las ciencias...” no guarda ninguna relación ni condiciona la “...generación de conocimiento acerca de la sociedad.” (Ballester 2016:103).

Obviamente yo no puedo estar más en desacuerdo con dicha idea, ya que me parece que, como cualquier práctica social, la arqueología se crea y recrea dentro de un campo social (sensu Bourdieu 1997), en el cual siempre habrá una disputa por transformarlo o conservarlo. Más aún, ninguna persona, puede pretender que es capaz de posicionarse fuera del juego y no creer que el juego vale la pena jugarlo, usando la metáfora que el mismo Bourdieu propone (1997). De esta manera, factores que Ballester mira con cierto desdén, tales como “ordenan los campos disciplinares para el reparto de fondos concursables...la toma de decisiones especializadas... y asumir cargos administrativos o posiciones de status académico...” (2016:99), de hecho fueron los componentes del juego social en que tuvieron que participar los arqueólogos en las décadas pasadas para construir la actual posición de nuestra disciplina, transformándola desde la preocupación individual de nuestros pioneros que se reunían en San Pedro de Atacama en 1963, a un posición que es reconocida socialmente y que requerirá que en el futuro sigamos jugando en el mismo juego.

De esta manera sigo pensando, ahora no hablando sólo desde la intuición, que en los años 80s era mejor defender la frágil frontera que permitía a la Arqueología consolidarse como una práctica social reconocida y que puede entregar conocimiento relevante sobre aquellas sociedades que hoy no existen (Cornejo 1986:10), comenzando, por ejemplo, a ganar fondos públicos para la investigación o a ser una voz cada vez más relevante en el naciente campo patrimonial.

8 Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado. lcornejo@uahurtado.cl

Hoy, 30 años después, cuando nuestra posición dentro del campo social de la Ciencia creo que ya se ha afianzado, sigo creyendo que la relevancia social mayor de la práctica arqueológica está en el mismo objeto de estudio, sociedades pretéritas, cuya residencia está dentro del afán Antropológico entendido en el más amplio sentido. Esta frontera ciertamente no está en el ámbito intelectual del estudio de la sociedad, sino que radica en la realidad concreta de la vida social donde los arqueólogos debemos desenvolvernos en el día a día.

Lo anterior no quiere decir que la habilidad que la arqueología ha desarrollado para estudiar la cultura material, no sea útil para producir conocimiento relevante sobre sociedades del presente, cuestión que arqueólogos como W. Rathje y G. Harrison vienen haciendo desde la década de los 70s (p.e. Harrison *et al.* 1975, 1983; Rathje 1974, 1996; Rathje y Ho 1987 o Shanks *et al.* 2004) y que hoy en Chile, Nuevo Delaunay y Letelier (2015) han comenzado a explorar. Sin embargo, no me parece que los cuerpos teóricos desarrollados por la arqueología para extraer información desde la cultura material ni los métodos que ha aplicado sean los que definan la disciplina. De hecho, sería deseable que otros especialistas, especialmente los antropólogos sociales, sociólogos o historiadores, vieran en estos ejemplos el potencial que tiene la cultura material para complejizar su acercamiento a la realidad social.

De esta manera sigo creyendo que la disciplina arqueológica es una práctica que mantiene su relevancia social y su posicionamiento dentro del campo de las ciencias al girar en torno a lo que su nombre propio señala (ἀρχαίος – λόγος / arqueo – logía) y que, sin duda, seguiremos discutiendo sobre lo que esto realmente significa (p.e. Cornejo 2010).

Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: De lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena

José Berenguer⁹

Dos peces jóvenes nadan juntos. De repente se encuentran con un pez viejo que va en dirección contraria. Los saluda y les dice: ‘Hola chicos, ¿cómo está el agua?’. Los dos peces jóvenes siguen nadando un rato hasta que uno mira al otro y le dice: ‘¿Qué diablos es el agua?’ — Discurso de David Foster Wallace en la ceremonia de graduación del Kenyon College, 2005

Interesante el ejercicio al que me invita el Editor de esta revista: comentar el artículo “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después”, de Benjamín Ballester Riesco, donde este hace un balance con ojos de hoy de un debate arqueológico verificado en 1986, con pretexto de un pequeño ensayo mío publicado en esta misma revista, que comprimí de otro más voluminoso que había publicado en otra parte tres años antes. Es la suya la mirada despierta, fresca y desenvuelta

9 Museo Chileno de Arte Precolombino, Bandera 361, Santiago. E-mail: jberenguer@museoprecolombino.cl

de un *millennial*, una generación que ha sido diversamente caracterizada como idealista, impaciente, bien preparada, viajada, individualista, con una gran confianza en sí misma, una alta autoestima, gran capacidad de adaptación, movediza, acelerada, que cambia a menudo de trabajo, deseosa de tenerlo todo al tiro, hábil para resolver varios problemas al mismo tiempo, hiperconectada, casi sin recuerdos acerca de cómo era el mundo antes de internet y en nuestro caso, de cómo era la arqueología chilena antes del Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA) y antes del sistema científico que nos rige en la actualidad. Veamos, pues, qué cosa resulta de mi mirada sobre una mirada tan del siglo XXI acerca de lo dicho en un pasado tan del siglo XX. Capto perfectamente que lo que en verdad motiva al autor no es el núcleo de mi artículo, sino reavivar la discusión que vino después, en particular, ciertos temas que eran más bien marginales en mi formulación. Está en todo su derecho, pero yo ejerceré el mío: insistiré en lo que él periferaliza, dejando a otros más competentes comentar lo que él llama “el fondo de la controversia”.

Siempre es intrigante descubrir las maneras imprevistas en que uno es leído o interpretado. Son otros cerebros, otras conexiones, otros antecedentes, otros momentos. Estoy convencido en todo caso de que, en ciencias humanas, lo menos común es que nos lean o interpreten tal como querríamos que lo hicieran. Por eso, me concentraré en los pasajes en que Ballester dice que no entiende, que me desvío de la discusión y que me entranpo o en que se pregunta un par de veces “para qué”. Concluiré mi comentario con tres hipótesis que pueden explicar dos discordancias y una concordancia entre él y yo. Por supuesto que lo haré procurando evitar todas las posibles falencias de mi propia lectura e interpretación de lo que él señala, así como de lo que escribí y se escribió hace tanto tiempo.

Ballester parte diciendo que mi escrito es un intento de definir el campo de acción, reflexión y desenvolvimiento de la arqueología, y asegura concordar conmigo y con quienes desde hace 70 años vienen diciendo que la arqueología es una ciencia social. En una crítica más general, cuestiona lo que ve como una disociación entre discurso y praxis entre los arqueólogos chilenos, los que, salvo excepciones puntuales, habrían enviado el tema de la sociedad prácticamente a un exilio sin vuelta. Esto repetido no en dictadura, sino en pleno 2016, mostrando que, como tantas cosas en nuestro país, la gente más joven siente que aún no regresan cosas que los mayores estiman ya retornaron. Si hubiera más sujetos, acciones, poder, política, cultura, simbolismo, personas, sentimientos y otros – enumera el autor – entonces sí que nuestros problemas, relatos y narrativas traerían de vuelta a la sociedad. Está muy bien, pero estaría mejor todavía si revelara cuáles son esas puntuales excepciones y especificara el rasero que aplica para aprobar a unas y desaprobando a otras. Regresaré brevemente sobre este punto al final.

Solo en el tercer párrafo el autor se refiere de lleno a mi artículo, pero voy a dejar esa discusión para más adelante a fin de referirme a sus opiniones sobre los comentarios de mis antiguos comentaristas. Ballester evalúa en forma conceptuosa la verónica de Lautaro Núñez, elogia sin reservas su versión oriental de la célebre metáfora del jardín y no vacila en citarla textualmente para que la lean, a modo de recomendación (algo así como un “toma cachito de goma”), los “más ortodoxos y conservadores arqueólogos positivistas del país”. Su análisis revela dos cosas llamativas: 1) que no tiene complejos en recurrir a argumentos de autoridad para fijar posiciones y 2) que – contrario a lo que insinúan el título y el epígrafe de su trabajo – él también es un hombre de trincheras, banderas y fronteras, solo que no disciplinarias, sino escolásticas e intradisciplinarias. Y ya que hablamos de “fronteras”, aclaro que usé este término en el título de aquel artículo, no en el significado de “línea limítrofe, demarcadora o fija”, como se usa en el lenguaje corriente, sino en el sentido de una dinámica y

cambiante franja, zona o territorio compartido, tal como lo he seguido utilizando en otros escritos (Berenguer 1998: Nota 2) y como he visto que lo emplean en la actualidad investigadores de otras disciplinas (p. e., Tapia Ladino y González Gil 2014: 21 y *passim*). Dada esta definición, creo que su uso en el título no tiene nada de fijo ni de limitáneo, más bien lo contrario.

Luis Cornejo, siempre jugado y frontal en sus juicios, es el que recibe el comentario más duro, tanto que es inevitable preguntarse si algo de esa última recomendación (el “cachito de goma”) se dirige a él. En 791 palabras, Ballester simplemente le da con el mocho del hacha, entreviéndolo como esencialista y más preocupado de resguardar los enclenques límites de la disciplina que en esforzarse por generar conocimientos más ricos, profundos y amplios sobre la sociedad, e implicando que es suscriptor de una máxima pre-posmodernista de la arqueología (“es antropología o es nada”), defensor de una unicidad e integridad de esta disciplina inentendible para Ballester, atemorizado de perder un campo que ha costado tanto construir, desalentador de ciertas promiscuidades interdisciplinarias e inconsecuente, porque él mismo habría flirteado con la ecología y la biología humana al comienzo de su carrera. En una exageración sorprendente para cualquiera que conozca la literatura arqueológica chilena de esos años (para un botón de muestra, véase el libro *Culturas de Chile. Prehistoria*, publicado por la SCHA en 1989), insinúa que en vez de producir conocimientos los arqueólogos dilapidábamos energías en trazar los límites de la disciplina, como si nos hubiéramos pasado todo el tiempo escribiendo únicamente sobre eso. Al final, para argumentar que “siempre es atractivo y necesario quebrar la realidad”, Ballester hace una aseveración poco esperable en un analista tan fino: que “los campos disciplinares los creamos nosotros, no son naturales”. Si hasta las identidades étnicas son construcciones, ¿cómo no lo van a ser las disciplinas que inventamos para hacer ciencias, humanidades o artes?

Mucho mejor trato prodiga Ballester a su compañero de trabajo en el flamante Centro de Estudios Interculturales e Indígenas de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Francisco Gallardo. Le critica – al igual que lo hice yo hace 30 años – la incongruencia entre lo que dice el pensador que cita y su débil propuesta de que la “arqueología solo se ocupa de las sociedades precapitalistas que hoy no se encuentran en funcionamiento”. Le reprocha, además, haber intentado él mismo aproximaciones arqueológicas a ciertas formaciones capitalistas cuando ensayó quebrar fronteras interdisciplinarias. Culmina en todo caso erigiéndolo en rompedor de las fronteras tradicionales de la arqueología, las que, según él, sus colegas de entonces en el Museo Chileno de Arte Precolombino resguardábamos tan celosamente. La incursión de Gallardo en temas como la poesía y el cine, que Ballester amplía por su cuenta a la pintura, la ópera y la música, le permiten concluir, no sin cierta obviedad, que la dialéctica no es exclusiva de las ciencias tradicionales. Extrañamente, termina su comentario etiquetándose en forma parcial entre los que pensarían, junto a Gallardo y Cornejo, que la arqueología es una ciencia de las sociedades muertas o una suerte de “anticuarismo de lo humano”, como si esa arqueología del presente o del pasado reciente que suscribo remitiera en forma exclusiva a lo muerto.¹⁰

Por mi parte, no tengo nada más que agregar a lo que respondí a Núñez, Cornejo y Gallardo en esa ocasión. A menos, claro está, que algunas de las opiniones que se viertan en el presente debate me involucren de una manera que yo encuentre necesario contestar.

10 Si al autor no le quedó claro esto en mi artículo de 1986, le sugiero consultar el original (Berenguer 1983: 114-119 y figs. 1-3).

¿Mario Rivera?, bueno, llegó tarde al debate. No sé si porque el *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* demoraba mucho en arribar a los EEUU, porque se atrasó en contestar, porque no fue invitado o porque decidió terciar solo cuando leyó el artículo, los comentarios y la réplica. Con simpatía y no sin cierta admiración, Ballester lo pinta como un viejo crack al que lo ponen en los últimos minutos del partido, que ingresa a la cancha derrochando entusiasmo y mucha técnica, pero en una posición que no le acomoda. “Una lástima para los telespectadores y la arqueología chilena”, remata nuestro autor. En realidad, parece que el problema con Rivera fue que se equivocó de partido. En las propias palabras de Ballester: “su lejanía de Chile y su arqueología, no le permitieron notar la sutileza de los problemas que se estaban tocando”. Dicho de otra manera: Rivera no habría hecho justamente lo que en su comentario recomendaba a otros: “ubicarse primero antes de opinar”. La verdad es que leído 29 años después, comparto la impresión de que entró a otro match, no al que se estaba jugando. Mientras Núñez salió driblando con elegancia pero siempre con la mirada puesta en el arco hacia donde había que chutear, y Cornejo y Gallardo debatieron sin fintas ni cachañas, apuntando también a esos mismos tres palos, Rivera jugó en la cancha del lado y en largo pasajes tiró la pelota para el córner, hablando de todo pero muy poco de lo que era el eje de la conversación. Incluso intentó llevarse la pelota para la casa con un sermón que dejó a casi todos afuera. Hoy día, lo más atendible de su intervención es, a mi juicio, su crítica de que nos hayamos olvidado de las ya entonces clásicas etnoarqueologías de Binford, Gould y Longacre. Ensayando una explicación, quizás fue porque en esa época la etnoarqueología se usaba, más que nada, para modelar situaciones en contextos sistémicos a fin de aplicarlas como hipótesis en contextos arqueológicos, o sea como un recurso metodológico. En cambio hoy en día todavía se usa para eso, pero también para estudiar a las sociedades actuales, es decir, como una arqueología del presente en toda su ley. Para finalizar, no deja de ser un contrasentido que Rivera cierre su comentario agradeciendo precisamente lo que al principio critica desde el Olimpo: debatir sobre teoría con tres desubicados “arqueólogos” nativos.

Dicho lo anterior, vuelvo al tercer párrafo, donde Ballester se concentra efímeramente en mi artículo diciendo que defino la arqueología como ciencia social, para luego entramparme en lo que conceptualiza como *identidad disciplinaria*. En otras palabras, tilda de “entrampamiento” lo que es justo el centro de gravedad de mi propuesta: la definición del campo de acción de la arqueología.¹¹ Lo que en verdad él está haciendo es exigir a mi artículo que sea lo que no es, un tipo de transposición que ya es un “clásico” en la arqueología chilena. ¿Acaso no les ha llegado a ustedes alguna vez la crítica de un evaluador que, en lugar de evaluar su artículo o proyecto en sus propios méritos, pretende que lo escriban tal como ellos lo habrían hecho o como les gustaría verlo escrito? Una vez cambiado el eje principal de una propuesta, naturalmente no es difícil encontrarle insuficiencias. De ahí que al final de este tercer párrafo uno se quede preguntando quién es, en realidad, el que desvía la discusión.

Pasando por alto la cita a Gallardo de las tres últimas líneas – porque, claro, el pasado es siempre actualidad, pero todos entienden a qué me estaba refiriendo por “arqueología del presente” – creo comprender la incomodidad de Ballester con el tema de las temporalidades en la definición del referido campo de acción y también su perplejidad por los “tremendos esfuerzos” gastados hace tres décadas por establecer un campo disciplinario propio. Es aquí sobre todo donde me acuerdo del bien conocido cuento de los peces jóvenes del epígrafe, porque muchas veces las realidades más

11 Para entender esto de mejor manera, llamo a no quedarse en la lectura de este ensayo de cinco páginas, instándolos a consultar el original (Berenguer 1983: 103–126). Allí encontrarán algunos pasajes expuestos de otra forma, con mayor extensión y con algunos ejemplos. Es claro, en todo caso, que el colega probablemente habría quedado más satisfecho si yo hubiera escrito un artículo del tipo “¿Estamos realizando arqueología social en Chile?”.

importantes y obvias son a menudo las más difíciles de captar. Para intentar aclararlo, introduciré un poquito de contexto y de testimonio.

Las ideas expuestas en el artículo en comento provenían de mis lecturas de fines de los años setenta e inicio de los ochenta, a las que accedía gracias a la generosidad de mi amigo el historiador Osvaldo Silva Galdames, quien me daba pase libre a su completa y actualizada biblioteca. De esas lecturas surgió una mezcla de reflexiones ajenas y propias, latinoamericanas y anglosajonas, que me preocupé de citar y referir como corresponde en los artículos de 1983 y 1986. En 1978 (1979 en Otavalo), pero especialmente entre 1980 y 1982, comencé a pasar estos temas en clases de Teoría y Método de la Arqueología, en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Esto hasta que fui exonerado (desvinculado dirían hoy) de mi trabajo por un filósofo que fue nombrado director de ese Departamento por las autoridades cívico-militares de la Universidad y que pasó a la historia de esa unidad académica porque intentó convertir a la arqueología en un ejercicio puramente técnico. Este señor veía una amenaza en el “logos”, en el razonamiento de la arqueología. Por cierto, nunca fui tan desubicado como para pasar Materialismo Histórico en mis clases; me conformaba con la *Behavioral Archaeology*, pero podría haber sido cualquier otra.¹² Lo importante para mí en esas clases no era tanto la orientación teórica o el paradigma, sino hacer pensar a los alumnos. Pero en una universidad secuestrada y de clases desembozadamente vigiladas (se acordarán muy bien de ello mis alumnos de 1981 y 1982 en el Campus de La Reina), hasta Michael Schiffer y Cía. deben haberles parecido marxistas. Es que una arqueología con neuronas acaso les sonaba demasiado peligrosa a los obsecuentes filósofos que dirigían el Departamento y la Facultad. Y eso de pensar sobre el comportamiento humano a través de los productos materiales, “en cualquier momento y en cualquier lugar”, debe haberles resultado francamente subversivo.

En paralelo, a algunos profesores del Departamento les preocupaba el hecho de que estaban formando arqueólogos para lanzarlos a la cesantía. Sé que puede ser algo difícil de entender para las nuevas generaciones, porque una cosa es leerlo o que alguien se los cuente, y otra muy diferente vivirlo. Hoy, cuando en una Evaluación de Impacto Ambiental un chico de tercer año de la carrera gana en dos semanas lo que un profesional de 25 años de antigüedad gana en un mes en un museo, no es fácil imaginarse la precariedad en que se desarrollaba y ejercía la arqueología en Chile a principios de los ochenta. Nuestros egresados solo podían trabajar en las universidades o en los museos, en circunstancias que casi todos los puestos estaban copados. El Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) era todavía una criatura de meses y faltaban más de 10 años para que se creara el Fondo Nacional para el Desarrollo Cultural y las Artes (FONDART). Investigábamos con pequeños fondos de las universidades o de nuestros propios bolsillos, los presupuestos no daban para pagarle al personal de campo ni al de gabinete, y, para más remate, estábamos en plena crisis económica. Solventar el costo de fechas radiocarbónicas, por ejemplo, era casi prohibitivo; de ahí el énfasis en dataciones por termoluminiscencia, que eran considerablemente más baratas.

Con algo más de un año trabajando en el Museo Chileno de Arte Precolombino y cortada mi carrera académica en la Universidad de Chile, reuní mis apuntes y en agosto de 1983 presenté la ponencia “Redefiniendo la arqueología” en las *Primeras Jornadas de Ciencia y Arqueología*, cuyas actas salieron publicadas a fines de ese año (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983). Casi todos

12 En un mundo sin internet, simplemente leíamos y dábamos para leer lo que conseguíamos o teníamos más a mano. La información escaseaba, no como ahora, que estamos saturados de ella. Además, llegaba desfasada. Los primeros artículos post procesualistas de Hodder, por ejemplo, datan de 1982, pero solo estuvieron a nuestro alcance promediando esa década.

los asistentes a ese encuentro eran colegas, alumnos o ex alumnos, con algunos de los cuales había discutido estas ideas sobre una arqueología del presente, aunque sin mucha aceptación tengo que admitirlo. El fuego era cruzado para todos, porque, insisto, la teoría, el pensamiento, olía a peligro. No por nada Loreto Suárez, Luis Cornejo y Francisco Gallardo tuvieron que organizar sus *Jornadas* en el Museo Nacional de Historia Natural, cosa que siempre agradecieron a su director de entonces, Hans Niemeyer. De la vereda de los investigadores consagrados, por otra parte, había casi cero respaldo; no por razones políticas, sino porque, simplemente, no creían en este tipo de reflexiones. De rato en rato, los trabajos de Luis Guillermo Lumbreras, José Luis Lorenzo, Felipe Bate y Manuel Gándara, entre otros, se colaban en nuestro medio, insuflando aire fresco y latinoamericano a nuestros intereses teóricos y metodológicos. En suma: en la primera mitad de la década de los ochenta, un puñado de arqueólogos sub-40 (con notables aportes sub-65, como Hans Niemeyer, Virgilio Schiappacasse y Oscar Espouey) y medio centenar de arqueólogos jóvenes, egresados y estudiantes de la carrera estaban interesados en escuchar, pensar y discutir sobre ciencia, teoría y metodología de la arqueología en Chile. Fue en ese contexto que sometí a discusión la idea de ampliar el campo ocupacional de nuestra disciplina en nuestro país mediante una arqueología del presente o del pasado reciente.¹³

Tres años después, reduje ese texto de 23 páginas a solo cinco y lo envié a esta revista. Ahora me doy cuenta que, para anticiparme a las críticas “a lo nuevo que no es tan nuevo” y a la de quienes “no necesitan fronteras”, debí llamarlo “Otros ámbitos de acción de la arqueología”, o, más preciso aún, “Extracto del artículo ‘Redefiniendo la arqueología’”, pero me falló la bola de cristal. Lo que sí sabía es que cinco meses antes la principal tesis del artículo – la posibilidad de hacer arqueología de hoy o del pasado reciente en Chile – se había concretado cuando un juez de la República nos pidió “un enfoque arqueológico del problema”, poniéndonos a trabajar como peritos-arqueólogos en un caso de ejecutados políticos en Cuesta Barriga (véase Berenguer y Torres 2011: 114-117). No pude incorporar este ejemplo en el artículo de 1986, porque antes de la Reforma Procesal Penal, se usaba mantener las investigaciones bajo secreto de sumario (aunque los casos judiciales asociados a violaciones a los derechos humanos siguen bajo el antiguo sistema).¹⁴ Visto lo anterior, creo que tenían toda la razón esas autoridades pinochetistas del Campus de La Reina en ver una amenaza en la enseñanza de una arqueología del presente.

¿Que nadie, ni entonces ni después, se ganó realmente la vida trabajando en arqueología forense?, cierto. ¿Que el campo ocupacional solo se abrió para los arqueólogos después de la promulgación de la Ley 19.300 de Bases Generales del Medio Ambiente, en marzo de 1994?, cierto también. Pero, a diferencia de casi todas mis antiguas publicaciones, a esta la dejaría igual, no porque carezca de errores,

13 En esta contextualización, no podemos olvidar que, para eliminar los obstáculos que entorpecían el buen funcionamiento del mercado, los economistas neoliberales de la dictadura habían terminado con la colegiatura obligatoria y con la tución ética de los colegios profesionales, debilitando enormemente a las organizaciones gremiales. En nuestro caso, cualquier individuo podía practicar arqueología y ejercerla como le diera la gana. Así, definir y re-definir el campo de acción de la disciplina era, por esos años, una cuestión con ribetes ocupacionales, pero también éticos y políticos.

14 Quince años más tarde y después de decenas de investigaciones de arqueología forense, hechas por diferentes colegas, fue requerida nuevamente nuestra participación como peritos-arqueólogos, esta vez por una ministra de la Corte de Apelaciones de Santiago que estaba investigando casos de detenidos- desaparecidos en dependencias del Ejército de Chile, en la Comuna de Colina (Fuerte Arteaga, ex Regimiento Tacna). En esa ocasión se comprobó otra importante aseveración hecha en el artículo a partir de la literatura sobre la arqueología del presente: que entre los documentos escritos y la materialidad, es preferible creerle a esta última. Nuestras excavaciones encontraron el cuerpo del detenido-desaparecido Juan Luis Rivera Matus, a quien documentos de la Mesa de Diálogo Sobre Derechos Humanos, en el año 2000, habían dado por lanzado al mar sobre la base de testimonios militares (Carrasco *et al.* 2003). Agradezco a Iván Cáceres haberme recordado este hecho.

omisiones u obsolescencias, sino porque es un testimonio de época, refleja las preocupaciones de un arqueólogo en un Chile que felizmente ya se fue. Quedó, a mi parecer, como un intento legítimo de expandir el campo de acción de la disciplina en nuestro país en momentos bastante más difíciles de los que vivimos en la actualidad, y celebro extrañado que hoy sirva de pretexto para conversar sobre nuestro quehacer más allá de las situaciones concretas que nos toca investigar en la vida diaria como arqueólogos. En este sentido, me sumo en forma entusiasta a la aspiración de Ballester de que no todo tenga que ser producir conocimiento antropológico, construir prehistorias e historias o investigar/gestionar el patrimonio mediante evaluaciones de impacto ambiental. Parafraseando a un médico español del siglo XIX: “el que solo sabe de arqueología, ni de arqueología sabe”.

Para terminar, tres posibles explicaciones sobre las diferencias y acuerdos entre Ballester y quien escribe. Lo hago, más que nada, para que mi comentario a su comentario le haga algún sentido, porque reitero: a él no le motiva el núcleo de mi artículo, sino su secuela, vale decir, “el tema que subyace en este debate”. Y para desazón o contrariedad suya, a mí me interesa profundizar justo en lo contrario.

1) ¿Por qué a Ballester no le motiva discutir la principal tesis del artículo: la posibilidad de que los arqueólogos estudien las sociedades del presente o del pasado reciente? Sencillamente, porque “ya no es tema”. ¿Ustedes creen que esos colegas que actuaron como peritos en los años noventa, o bien, nosotros mismos cuando trabajamos en Fuerte Arteaga, en 2001-2002, nos preguntamos si estábamos haciendo arqueología u otra cosa? Para nada. Ya estaba instalada en la disciplina – como en muchas partes del orbe – la idea de que la arqueología forense es parte de nuestro oficio (Cáceres 2011).

El caso del Grupo Argentino de Antropología Forense, fundado en 1984 por el recién desaparecido Clyde Snow, es modélico. Por supuesto, cada cual decide si ejerce este tipo de arqueología o no. Menciono también la investigación de centros de detención y tortura de la dictadura chilena, como Londres 38 (Landaeta 2008) y otros, donde esta arqueología del presente ha desempeñado y sigue desempeñando un importante papel en los esfuerzos por recuperar y difundir desde la materialidad la memoria sobre las violaciones a los derechos humanos durante el gobierno militar. Dicho sea de paso, colega, estas investigaciones *también* son temáticas de la sociedad.

Otra incursión de los arqueólogos en el pasado reciente proviene, por poner un solo ejemplo, de proyectos como el de Flora Vilches (“Expansión capitalista e identidad en los oasis de San Pedro de Atacama, 1880-1980: Un enfoque interdisciplinario”), cuyas publicaciones – si bien no reconocen precedentes en nuestros artículos, comentarios y réplica de hace 30 años – muestran a arqueólogos trabajando codo a codo con antropólogos e historiadores en temas de la realidad contemporánea (Vilches *et al.* 2014a, 2014b). O sea, si ya nadie cuestiona que todo esto es arqueología, ¿a quién podría importarle actualmente lo que a mediados de los ochenta era necesario fundamentar? Es que durante el tiempo transcurrido, tanto en Chile como en otras partes, los arqueólogos ya hicieron la pega. Convirtieron lo que antes parecía mera extravagancia, en algo rutinario.

2) ¿A qué se debe que Ballester critique tanto nuestra insistencia de expandir nuestro ámbito de acción como arqueólogos? A que hoy, 30 años después, “tampoco es tema”. Quizás, la enorme apertura del campo ocupacional de la arqueología que representaron las Evaluaciones de Impacto Ambiental hizo innecesario esforzarse para crear nuevos espacios en el ámbito laboral, cosa tal vez poco entendible para las acomodadas nuevas generaciones de arqueólogos. Hoy existe un campo

ocupacional asegurado por ley, algo impensable tres décadas atrás. Tan exitosa ha sido la irrupción de los EIA en nuestro medio, que no me extrañaría que hubieran surgido colegas, como los vaticinados hace 20 años (Berenguer 1996), para quienes “la arqueología es evaluación de impacto ambiental o es nada”. Sin embargo, este ejercicio liberal de la disciplina, que no es otra cosa que una arqueología aplicada, posibilita sin problemas seguir “militando” a la vez en la ciencia básica, es decir, haciendo investigaciones orientadas a problemas dirigidos solo por nuestra propia curiosidad y necesidad de conocimientos (Berenguer 2015). La crítica de Ballester también puede deberse a algo muy propio de los seres humanos: a que una vez que las cosas se consiguen, la gente puede darse el lujo de cuestionarlas; total, de todas maneras están ahí. Solo cuando se pierden se valoran.

Pero voy a ensayar una interpretación distinta, una inspirada libremente en el sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman (2015a, 2015b) y que explica el subtítulo de este comentario. Lo que ocurre es que en estas últimas décadas el mundo, la sociedad chilena, nuestra arqueología y cada uno de nosotros cambiamos; ya nada es igual. Antes vivíamos lo que Bauman ha denominado la “modernidad sólida”, una época de universos opuestos regidos por sus propias y asfixiantes certezas. Eran tiempos de territorios, estabildades y perdurabilidades. Sobre todo, de definiciones marcadas, donde las cosas eran blancas o negras, uno era esto o aquello, servía para tal o cual cosa, uno estaba de este lado o del otro de la muralla, este era mi feudo y aquel otro el tuyo, se estaba con el SÍ o con el NO, la arqueología era esto o no era nada. Todo tenía que adecuarse a un receptáculo, a un casillero, a una etiqueta, a un territorio, las disciplinas también. Bueno, esto ya no es así. De la misma manera en que hoy uno puede tener identidades variables, provisorias, imaginadas (es cuestión de ver lo que pasa en las redes sociales), así también uno puede tener múltiples militancias laborales y escolásticas dependiendo del contexto. De ahí que ahora alguien pueda ser (exagerando un poco las cosas) un arqueólogo neopositivista, un fenomenalista, un arqueo-poeta, un neomarxista o un *story-teller*, todo a la vez, como en un *smartphone*. En los artículos o en los proyectos es cada vez más difícil como lector o como evaluador dilucidar su centro, su foco disciplinario, porque los límites entre las disciplinas se han ido disolviendo. Pienso que todo esto no es sino una manifestación en la identidad de las ciencias de lo que Bauman llama “modernidad líquida”, donde todo aquello que antes era cierto, sólido, fijo y adaptable a una forma, se ha vuelto incierto, fluido, nómade y volátil. Son tiempos en que todo en nuestro quehacer fluye, desborda, derrama, inunda, y en especial, se alivia, pierde durabilidad y se licúa.

El tradicional autor único o en tándem de la modernidad sólida se halla en vías de extinción, reemplazado por el autor fraccionado (*sensu* Van Weijen y Plume 2014), donde nuestras autorías se han vuelto colectivas (colaborativas es la expresión en uso), y nuestra responsabilidad sobre lo escrito leve y diluida. En la sopa aguachenta en que navega actualmente la arqueología en el sistema científico vigente, hecho a la pinta de las ciencias hegemónicas, nuestras publicaciones carecen cada vez más de relato. Lo único que parece importarnos es comunicar resultados y siempre que los publiquemos en revistas indizadas. Muchos de esos artículos son escritos a toda prisa, sin pretensiones de perdurabilidad. Para usar expresiones de Bauman (2015b): no alcanzan a solidificarse cuando ya están derritiéndose y yéndose por el desagüe. No pocos de ellos son artículos modulares, cuyas piezas pueden ser cambiadas de lugar una y otra vez, para dar origen a “nuevos” artículos que inflan nuestra productividad. En esta imparable maquinaria competitiva en que estamos metidos, de innegable estirpe neoliberal e inspirada en los valores del mercado, apenas hay espacio para el antediluviano humanista, acostumbrado “a pensar escribiendo, no a presentar resultados” (Segura 2016: 07). ¿Qué sentido, entonces, podría tener hoy en día buscar un territorio concreto de acción para una disciplina, cuando lo que ahora se persigue es des-territorialidad, flexibilidad,

traslapes, ubicuidad, globalidad, mosaico, promiscuidad disciplinaria, transdisciplina, intersecciones, nomadismo, transitoriedad, fluidez? Ninguno, pues. De ahí, probablemente, la perplejidad de nuestro autor con esa añeja discusión limitánea de algunos y fronteriza de otros de hace tres largas décadas. La vida es un soplo, qué duda cabe, pero 30 años es mucho.

3) En lo que sí estamos de acuerdo, es en que es necesario traer de vuelta las temáticas de la sociedad a la arqueología (si es que alguna vez se fueron o si es que alguna vez estuvieron allí). Presumo que esta concordancia con Ballester obedece a que, a pesar del tiempo transcurrido, “nada es igual, pero todo es lo mismo”. Con esto quiero decir que a pesar de los cambios referidos en los párrafos anteriores, muchos de nosotros seguimos pensando tal como se pensaba hace una generación: que la arqueología que uno practica sí que es arqueología social y que la del otro no. Es imperativo, por lo tanto, ponernos de acuerdo en cuáles son los criterios de valoración al respecto, para así colocar a dialogar diferentes opciones, formatos o enfoques, porque ahora, en esta nueva modernidad, menos que nunca podríamos concebir una sola y única arqueología social. Por eso me interpretan las propuestas tanto de nuestro ensayista como de nuestro Premio Nacional de Historia 2002, de que ojalá crezcan todas las flores (es la “arqueología total” de la que hablé en mi réplica de 1986). Pero sin relativismos, como se acuerda de recalcar Benjamín Ballester, porque la bien elegida palabra “posibles” en la frase de Lautaro Núñez, significa, a mi entender, que todas las flores tienen derecho a existir —que al revés de esa otra canción de Jorge González, en este jardín incluyente no sobra ninguna— pero no todas pesan lo mismo. Hay flores que son mejores que otras. Es que algo de lo bueno de lo sólido de otras épocas tenemos que rescatar; no todo va a ser licuefacción. Es más, ojo con tantos cambios en el estado de agregación de las moléculas de la disciplina: no vaya a ser que en 30 años más, cuando alguien comente el artículo del para entonces sexagenario colega Ballester, descubra que en el siguiente cambio de estado de la materia la arqueología se volvió gaseosa...

Agradecimientos. Agradezco al Editor por su invitación a este debate y a mis colegas Iván Cáceres y Gonzalo Ampuero por sus atinados comentarios. Sobre todo, agradezco a Benjamín Ballester por haberme hecho mirar tan hacia atrás en mi propio pasado reciente y a la vez tan hacia delante en este presente. A raíz de sus preguntas, tuve que preguntarme a mí mismo por qué escribí ese artículo, reparando en que lo hice no solo para explorar otros ámbitos de acción de la arqueología, otros campos ocupacionales para los arqueólogos, sino también para defender la misma idea de nuestra disciplina con que hoy, tres décadas después, la nueva exposición permanente del Museo de Arqueología Nacional de Madrid recibe a sus visitantes: “La arqueología: una ciencia para conocernos”. Y eso que la muestra se extiende desde los primeros homínidos en África hasta los últimos años del franquismo.

Comentando a Benjamin Ballester

Mario A. Rivera¹⁵

He leído con mucho interés el ensayo de Benjamín Ballester (Ballester 2016) y a través de la lectura de sus conclusiones me confirman una serie de situaciones que caracterizaron el ambiente

15 PhD. Field Museum of Natural History, Chicago.

de la década de los 80. Los editores del Boletín me han pedido que comente el ensayo de Ballester y al aceptarlo debo advertir que a continuación entrego un ensayo muy especial. Corresponde este a la visión de alguien que precisamente a comienzos de la década de los 80 fue excluido del sistema, por defender los postulados más auténticos de la profesión en tiempos dictatoriales lo que me valió la exoneración. Resultado de esta situación fue la incomprensión de la colegiatura en época en que cada cual se parapetaba para no ser “tocado”. Más de dos años en esta situación y denunciado a las “autoridades militares” y Dirección de Inteligencia Militar (DINA) como intelectual de izquierda peligroso, tuvimos que emigrar a Estados Unidos donde, en la Universidad de Chicago, nos ofrecieron apoyo, trabajo y más tarde la ciudadanía, tratamiento que no tuvimos en nuestro propio país. Hago este paréntesis porque fue el trasfondo de mi inhabilidad para asistir a las Jornadas de Arqueología y Ciencia convocada por alumnos de Arqueología y Sociedad Chilena de Arqueología en 1983, Museo Nacional Historia Natural, evento al que también hace referencia Ballester.

El comentario que ofrezco como respuesta a la solicitud del director del Boletín, toma como base mi anterior artículo (Rivera 1987b) pues considero que la situación en Chile, respecto de la Arqueología como profesión, no ha cambiado sustancialmente.

La historia nos indica que se han ido conformando grupos de poder que orientan, si es que hay tal tipo de orientación, la investigación arqueológica, a través del acceso a los recursos financieros (Fondecyt) y las autorizaciones correspondientes (Consejo Monumentos Nacionales). Otra influencia tiene que ver con el otorgamiento de los premios, incluso en casos como la designación de los Premios Nacionales. Situación como la que menciono y que está reflejada entre líneas en el ensayo que comento, se gestó y solo fue posible en tiempos de la dictadura que fomentó el típico acomodo en desmedro del compañero, por lograr cierto grado de seguridad, necesaria para la época. Sobre esto y aunque con otras palabras nos habla Ballester en su ensayo. A más de 50 años de recorrido de la arqueología como profesión, creo más importante dedicar mis comentarios más bien hacia donde apunta o debiera apuntar la arqueología chilena en vista del quehacer nacional y a tono con el desarrollo en términos más amplios y responsables.

Así, los tres temas que Ballester discute en su artículo, 1) la ausencia de contenido social en los actuales proyectos de arqueología chilena, 2) la necesidad de romper las barreras de especializaciones estrechas autoimpuestas para dar paso a objetivos más amplios que hagan posible un acercamiento más científico para estudiar la realidad de la sociedad y 3) la dialéctica como ejercicio no exclusivo de las ciencias tradicionales, constituyen el reflejo de la formación de profesionales en circunstancias muy concretas.

Estas cuestiones son el resultado de la deficiencia profesional o malformación que se advierte en el desarrollo de la arqueología chilena actual, y es el espejo de lo que es la Universidad hoy en día. Al respecto, ya en los años 80, desde mi cargo en la Universidad de Tarapacá, advertía: “*En nuestro siglo que ya tuerce hacia una nueva etapa, la masificación se apodera de la Universidad y ya no es posible lograr grados más refinados en el desarrollo del conocimiento a nivel de inquietud por parte de nuestros alumnos. Estos, en gran parte persuadidos por maestros y por las necesidades de subsistencia de un mundo cada vez más objetivante y deshumanizado, tiende a resolver problemas inmediatos evitando todo cuestionamiento en lo que accede a las fuentes mismas del conocimiento. Esto a su vez permite una pérdida en los valores integrales del humanismo, un desarrollo excesivo de la tecnología y un énfasis premeditado en el aspecto economicista de los valores humanos. La Universidad pierde su orientación básica, su misticismo, aflorando ímpetus por resolver situaciones de poseer fortuna, de conquistar un estatus feble y muy temporal. En esta situación, los profesores*

son también absorbidos por la creciente demanda de horas-clases, en virtud de una exigencia impuesta por un medio abstracto de leyes y relaciones en un medio ficticio. El resultado parece ser un desarraigo de los verdaderos problemas que debe atender la ciencia, donde esté depositada la Universidad y una separación sistemática entre ciencias y desarrollo profesional” (Rivera 1987a:196).

Mi experiencia, hace ya años, en centros de estudios universitarios de ingeniería en Estados Unidos, han estado vinculada a la formación de ingenieros con sentido humanista en que las ciencias duras efectivamente se abren a una formación más holística en donde la sociedad, para la que están preparándose, es el centro mismo de la profesión. Hago mención a esta situación, que tuvo un atisbo semejante años atrás en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile, al parecer no tuvo eco en otros centros de estudios superiores. Es por tanto esta una discusión muy interesante, especialmente en vistas de la situación actual de nuestras Universidades, pues *“en el conjunto, es interesante tener en cuenta la doble visión a veces contradictoria acerca de la Universidad que se nos presenta y que es necesario destacar para no desorientarnos en el verdadero quehacer interno y en su vinculación externa. Sucede que desde afuera, cuando por diversas circunstancias de fuerza mayor uno, que se identifica plenamente con esta vida, obligadamente debe permanecer al margen de su desarrollo directo, es capaz de observar entonces la doble faz por la que se desenvuelve en general la Universidad moderna. Por un lado, su aspecto dinámico y radical, por otro, su aspecto terriblemente conservador, desconfiado y celoso de los cambios. Según la visión venga desde adentro, autonomía, aislamiento, claustro; desde afuera, una reacción a la situación del mundo, a la problemática, a la utilización. Desde la visión interna, se presenta demasiado regida por leyes comprensivas; desde afuera, gobernada por el devenir histórico. Pero es indudable que en uno y otro caso, la Universidad se conecta al mundo, ya sea abiertamente, o por medio de pasajes internos, y que fomenta su propio entorno como base para su comunidad de académicos y estudiantes.”* (Rivera 1987a:197). Hago esta acotación pues es la Universidad la fuente misma de formación profesional que observamos posteriormente en la vida cotidiana, y en donde debemos buscar explicación para la caracterización de la profesional.

Respecto del tema central sobre fronteras autoimpuestas a la arqueología chilena, convengamos que estas pueden, y de hecho son, de carácter ideológico, político, impuestas por el medio social, y en menor grado, metodológicas. La arqueología de nuestros días, sin embargo, es mucho más compleja pues se nos presenta como un puente entre las ciencias, las ciencias sociales y las humanidades. Con justa razón, Zena Kamash (2011) ha enfatizado algunas de las múltiples líneas de investigación que forman parte de la ciencia arqueológica, como por ejemplo la noción de espacio y tiempo que es fundamental en el devenir del desarrollo cultural y que a la vez representa un puente de entrecruzamiento disciplinario. Líneas como la arqueología histórica, los estudios medioambientales y de paisaje que a su vez constituyen un nudo interesante en relación a la arqueología, la biología y el estudio de comunidades. El vínculo de Arte y Ciencia, como lo señala muy bien Ballester, es de indudable importancia, así como desarrollos más recientes en relación a los análisis de manejo de información, todos aspectos que reflejan el vínculo entre Ciencia y Humanidades, comprendida aquí la Arqueología. Y esto porque el puente entre las Ciencias Naturales y las Ciencias Sociales se deben a que contienen ambos conceptos y métodos compartidos.

Creemos por otra parte, que la noción de la Antropología es fundamental en el concepto de Arqueología. Las Ciencias Antropológicas, ciertamente, engloban los análisis arqueológicos, le dan perspectivas y sentido en el intento por develar aspectos del desarrollo y cambio de las sociedades humanas, a través de la idea de proceso y que de manera inclusiva toca también las Ciencias. Por ello, desde mi propia formación profesional considero relevante la aseveración del propio Eric Wolf definiendo Antropología como la más científica de las humanidades y la más humanística de

las ciencias (Wolf 1980). El propio Wolf, a quien tuve el privilegio de haber conocido justamente con ocasión de la inauguración de la Exhibición Mundial sobre los Primeros Homínidos en el Museo de Historia Natural en Nueva York en 1986, por invitación del Dr. Craig Morris, entonces Vicepresidente de Investigación del AMNH-NY, defendía la postura de una antropología con aun su enfoque de cuatro campos específicos (antropología socio-cultural, antropología física, arqueología y lingüística) en donde el resultado de su eclecticismo continua asombrando por su tan diversa y colorida actividad (Wolf 1980). Las nuevas investigaciones sobre género en diferentes culturas o aun el rol de la mujer en las sociedades pretéritas y la alteración que está sufriendo nuestra concepción acerca del rol del hombre, o bien los nuevos usos de la ecología y etnografía y los métodos cuantitativos para construir nuevos modelos del pasado. De la misma forma, también podríamos mencionar los estudios acerca del almacenaje de productos económicamente significativos para la sociedad humana, dieta y actividades de festividades ceremoniales y agasajos en lo que resulta como Arqueología del Festín. Pero todas estas nuevas aproximaciones surgen como medios para el estudio más importante de la sociedad humana, por ende no deben ser consideradas barreras para el estudio, por el contrario, abren puertas a nuevas ideas e hipótesis de trabajo.

En esta misma línea, el aporte de Joyce Marcus y Kent Flannery respecto de una nueva línea de investigación para la arqueología, aquella bautizada como Arqueología Cognitiva, resalta como de proyección incalculable hacia campos aun poco conocidos (Flannery y Marcus 1996; Marcus y Flannery 1994; Abramiuk 2012). Estudiando la información etnohistórica del ritual Zapoteca y sus creencias para luego proceder a estudiar correspondencias entre lo que informan los hechos etnohistóricos con aquello que puede ser demostrado materialmente en el registro arqueológico. A través del método histórico directo, la información etnohistórica, como punto de partida, sirve para inferir las creencias Zapotecas antiguas y que creencias tienen en común los antiguos Zapotecos con los modernos. Es así como Marcus y Flannery proponen aproximarse a lo que podría constituirse como la visión del mundo Zapoteca.

Es que, al igual que Wolf advirtiera para los países desarrollados en los 70, nos encontramos con una actividad antropológica, y con ella también la arqueológica, que hace su tránsito de una actividad más bien vocacional a una más profesional y con ello, una complejidad más extrema. Lamentablemente, la situación actual de nuestra arqueología no deja de ser un escucharse a sí mismo tal como se advierte en las presentaciones a los congresos donde se predica acerca de las grandes realizaciones en lugar de proponer caminos para el desarrollo de la profesión.

En 1987, cuando escribí la nota sobre mis comentarios acerca de las llamadas fronteras de la Arqueología (Rivera 1987b) hice referencia a Kent Flannery y su artículo *The Golden Marshalltown* (Flannery 1982). En ese entonces la referencia que preconizaba los lectores acudieran a la fuente para leerla no tuvo éxito. Ahora, incurro en la misma referencia porque considero no ha perdido actualidad, contrariamente, tiene más vigencia que nunca y espero que, con profesionales cada vez más ilustrados y educados en otros idiomas, puedan ahora leerlo, pues refleja una situación común en nuestras profesiones, y en especial la Arqueología. Debo, además, confesar que después de todos estos años, me siento plenamente interpretado por el artículo de Flannery. Y aun mas, pienso que todavía debemos recorrer un espacio aun mayor, saliendo de la academia para incorporarnos, responsablemente, en participar en la práctica de políticas públicas, salud, educación y servicio social que tanto necesita nuestro país, es decir, darle un destino práctico a nuestra profesión.

RESPUESTA

No soy un Arcoíris

Benjamín Ballester¹⁶

“En tanto los subclanes surgidos de un mismo clan originario conserven el recuerdo de su común origen sienten que son parientes, socios, que son parte de un mismo todo; por consiguiente, sus tótems y las cosas clasificadas bajo esos tótems quedan subordinadas, en cierta medida, al tótem común del clan total. Pero, con el tiempo, ese sentimiento se disipa. La independencia de cada sección aumenta y acaba por devenir una autonomía completa. Las líneas que unían todos estos clanes y subclanes en una misma fratría se distienden todavía con mayor facilidad y toda la sociedad acaba por disolverse en una multitud de pequeños grupos autónomos, iguales unos a otros”

(Durkheim y Mauss 1996[1902-1903]: 54).

El último número de la revista *World Archaeology* está dedicado a un debate sobre las fronteras de la arqueología desde el punto de vista de la etnoarqueología. Parece que no sólo en nuestro país las cosas no están del todo resueltas. En él, Yannis Hamilakis (2016) propone que la *Archaeological Ethnography* (ver también Hamilakis 2011) puede encargarse de estos campos intermedios y sombríos entre las rígidas tradiciones disciplinares de la Antropología y la Arqueología. Se hace cargo de la piedra del zapato, pero no la saca y la tira al piso, sólo la acomoda entre los dedos del pie junto al calcetín para que no moleste tanto. A diferencia del autor, no veo solución en crear un nuevo sub campo disciplinar para ablandar el problema y dejar a todos contentos, porque luego la discusión será si un fenómeno cae en este u otro nuevo y sofisticado sub campo, o en quién es o no especialista en el área, finalmente en nuestro propio ordenamiento académico y organización social ya lejos del problema de fondo que se buscaba discutir. Estructuras y construcciones que reflejan las añoranzas y devenires de ciertos grupos de interés o de pretensiones de poder dentro de las academias, justificadas gracias a un aparato ideológico. Ya tenemos un *Journal of Contemporary Archaeology*, con editores en jefe, co-editores y un stuff especializado de evaluadores.

Entiendo que para Hamilakis sea tan importante solucionar el embrollo sin lastimar sensibilidades en el contexto que se desenvuelve. Las escuelas anglosajonas de Antropología y Arqueología son fuertes y arraigadas, casi legendarias y épicas. Pero en Chile la historia si bien es similar, posee tintes especiales. Entre nuestros intelectuales destaca por ejemplo un cientista social como Ricardo Latcham Cartwright (1869-1943), quien puso su atención en las sociedades sin reparar hasta dónde podía llegar en su búsqueda y deseo. Aun viniendo desde Bristol, Inglaterra, su formación de ingeniero lo salvó de ahogarse en rencillas disciplinares y escolásticas, para forjarse desde la pasión por el conocimiento de lo humano, primero con los mapuches de la Araucanía, luego con la arqueología de La Serena, continuando en temas cada vez más diversos sin pensar en fronteras o límites, abriéndose camino libremente en una escena intelectual nacional fundada en el humanismo. Con este horizonte escribió más de 150 artículos en revistas, una docena de libros y otros tantos capítulos en volúmenes compartidos que aun hoy a más de 70 años de su muerte siguen resonando por su incalculable valor. Mientras dirigía sus investigaciones, ocupó la dirección del Museo Nacional de Historia Natural por 15 años, además de ser al mismo tiempo docente y primer decano

¹⁶ Université Paris 1 Panthéon Sorbonne. benjaminballesterr@gmail.com

de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile (Fuenzalida 1944; Montané 1963; Mostny 1969). Aunque parezca un romántico, acá doy el que para mí es el más importante referente que ha tenido el país, moviéndose sin pedir permiso entre las Ciencias Naturales y las Bellas Artes con resultados notables. No olvidemos ese legado, no sólo en contenido, también en forma.

Volviendo al debate de la revista, Alfredo González-Ruibal (2016:5) presenta su crítica a estas sub disciplinas: “*if one is interested in the relationship between materiality and people, one does not need anything more than archaeology, pure and simple*”. Nada más que arqueología, sin necesidad de subdivisiones, menos irrumpir con límites acerca de lo que se puede y lo que no se debe hacer. No necesitamos esas fronteras. En Chile, Ricardo Latcham es un ejemplo de ello, pero hay otros tantos como Patricio Núñez, Alejandro Lipschutz, Grete Mostny y Horacio Larraín, sólo por nombrar algunos. La razón principal por la cual no comparto la idea de límites en arqueología y su separación del resto de las ciencias sociales es por la unicidad de la historia y la humanidad fundadas en el concepto de totalidad, como un proceso ininterrumpido y estructuralmente interrelacionado, retomando las ideas de Karel Kosik (1967) que Francisco Gallardo citaba ya tres décadas atrás. Separaciones de otro estilo generan visiones fracturadas de la realidad, imágenes quebradas como aquella entre lo prehispánico y lo histórico, el campo del arqueólogo y el documento del historiador, cuando el proceso fue compartido, íntimamente ligado por hechos, personas y relaciones (San Francisco y Solar 2008). Otros ejemplos son el cazador recolector versus el agricultor, hoy con especialistas para cada área, a veces sin si quiera compartir teorías, métodos o visiones conjuntas, como si fueran mundos opuestos o realidades paralelas en un film de ciencia ficción. Se privilegia la visión especializada por sobre el diálogo, distanciando prácticas, personas y reflexiones, trasladando nuestras fronteras sociales y personales hacia la imagen que construimos del pasado. Gesto de divisiones que es más cosecha de nuestro propio ordenamiento social que producto de la realidad pasada que observamos.

Es desde esta necesaria idea de totalidad social, humana e histórica, que retomo nuevamente la frase que hicieron famosa Gordon Willey y Philip Phillips (1958:2) “*archaeology is anthropology or it is nothing*”. Un juego de palabras que, cabe decir, se ha convertido en un hilo conductor de este largo debate desde los años 80's marcando tendencia hasta la actualidad (Cornejo 1986, 2016). Por eso gasté palabras en mi primer comentario para juzgar los límites de la antropología, y con ello de lo que decimos que es la sustancia de la arqueología, justamente para expandir su alcance cuán lejos pudiera hacia el dominio de lo humano, tal vez más cercano a esa idea que algunos franceses tienen acerca de la antropología, como un “*discours sur l'homme*¹⁷” (Copans et al. 1971).

Sin embargo, a diferencia de González-Ruibal considero que enfocarse únicamente en la relación entre las cosas y las personas es estancarse en los pantanos de las teorías de rango medio exclusivas a la arqueología. Esa bruma oscura entre las metodologías que empleamos, la teoría social y las inferencias que realizamos, cuando el foco final debieran ser los lazos sociales, en nuestro caso, a través de las cosas. Debemos tener cautela con fetichizar los objetos, invirtiendo los vínculos sociales que los produjeron en una fantasmiosa apariencia de relaciones únicamente entre cosas (Marx 2002). Éstas esconden lazos exclusivamente humanos, ya que las cosas fueron fabricadas por personas, con intereses y motivaciones, dentro de relaciones sociales de producción y en ciertas condiciones materiales. Entendiendo las cosas como un medio humano más de ligazón social. Así también lo fueron los ensayos sobre las fronteras de los 80's, y las réplicas 30 años después.

17 La traducción al concepto debiera ser “el discurso sobre el ser humano”.

Voy a aferrarme a palabras de Émile Durkheim y Marcel Mauss escritas en su estudio acerca de las clasificaciones y formas de representación en sociedades “primitivas”, selección que viene algunas páginas después de la cita textual que escogí como epígrafe. Creo que existe “*un estrecho vínculo y no una relación accidental entre este sistema social y este sistema lógico*” (Durkheim y Mauss 1996[1902-1903]:61); para los autores franceses entre el sistema de clanes/fratrias/tribus y el sistema representacional con el que las sociedades ordenan el universo y las relaciones entre sus partes; en nuestro caso la organización de las relaciones sociales dentro del ámbito académico/intelectual y aquel sistema lógico con que el que ordenamos la diversidad de fenómenos que buscamos observar en campos de estudios por nosotros definidos, separados y distinguidos. Volviendo a sus palabras, “*la clasificación de las cosas reproduce esa clasificación de los seres humanos*” (Durkheim y Mauss 1996[1902-1903]:33). Visto así, la manera en que clasificamos el mundo exterior que observamos se encuentra regida por la forma en que nosotros mismos nos organizamos, y muchas veces transformaciones en la primera esfera son consecuencia de reacomodos en la segunda. El orden no es azaroso, ya que es el aparato ideológico el que se readecúa ante nuevos escenarios sociales y no al revés, funcionando luego como un mecanismo más de reproducción de esta estructura y sus grupos de interés. No creo que estos campos del saber que designamos como disciplinas nazcan naturalmente de la observación de la estructura de la realidad –en este caso pasada–, sino más bien que son el reflejo del ordenamiento y pujas de poder de nuestra propia estructura en el ámbito académico, científico e intelectual, así como también con el resto de la sociedad. Podríamos hablar de nuestro propio fenómeno totémico. El cómo nos relacionamos define el cómo observamos, clasificamos y construimos realidad, sin que esto signifique que no exista algo objetivo y real detrás, sino simplemente que tomamos el universo circundante para clasificar, catalogar y ordenar sus partes y relaciones, volviéndola a presentar ahora dispuesta según un esquema que justifica y mantiene nuestra propia estructura y organización social.

Un buen ejemplo de este fenómeno fue descrito hace casi un siglo por Ralph Linton (1924), puede sernos ilustrativo¹⁸. Cuando Estados Unidos ingreso en la Primera Guerra Mundial Linton se enlistó en el Ejército y fue enviado a Francia antes de acabar sus estudios. Pertenecía a la 42nd División, también llamada la “*División Arcoíris*”¹⁹, un nombre arbitrario escogido por los altos mandos. Poco valor tuvo la designación hasta que arribaron a Francia, donde poco a poco fue volviéndose cada vez más significativa. Cuando otros les preguntaban a sus compañeros quiénes eran, estos respondían con normalidad “*soy un arcoíris*”, siendo habitual también escuchar a soldados de otras divisiones decir que eran “*atardeceres*”, “*gatos salvajes*”, etc. A los ocho meses el sentimiento de conexión con la designación colectiva fue tal que la repentina aparición de un arcoíris en el cielo se considerada un excelente presagio. Tres meses después un arcoíris sobre las líneas enemigas era auspicioso y luego de las victorias los soldados insistían en haber visto uno, aun cuando las condiciones del clima lo hubieran hecho imposible. La creencia abarcaba a toda la división incluyendo los altos oficiales, tildando de herejes a los escépticos y arrojándoles un sólido cuerpo de argumentos en contra. En los meses venideros se volvieron populares las insignias en los vehículos, vestimentas y armaduras como emblemas de las divisiones. Linton asocia este fenómeno con formas de totemismo en la sociedad contemporánea, pero más allá de su reflexión y volviendo a la nuestra, ejemplifica como buscamos a veces sin saberlo formas de distinguirnos utilizando aquello que tenemos al alcance, construyendo un sistema lógico para justificar y cimentar cultural y simbólicamente nuestras clasificaciones sociales. En su ejemplo se trata de la rígida estructura militar, en el nuestro de un proceso de escisión en el seno de las humanidades buscando distinguirnos de los historiadores, antropólogos, sociólogos y filósofos, entre otros.

18 Pequeño artículo que adquirió mayor fama casi 40 años después gracias a Claude Lévi-Strauss (1965).

19 Rainbow Division.

Así visto, considero que las discusiones que se planteaban en los años 80's en Jornadas Científicas y en algunas revistas grafican las alteraciones en las formas de clasificación y ordenamiento de nuestras realidades de estudio como resultado de transformaciones de la estructura académica e intelectual en un escenario organizacional cambiante ya no por el estallido del golpe militar, sino por el acomodo a una nueva forma de sociedad ya instaurada. Aquí toman partido las nuevas instituciones, los museos (privados y públicos) y las universidades como espacios disponibles para los grupos de poder de esta nueva estructura académica, inserta en una nueva estructura social.

Habiendo aclarado mi punto de reflexión lo retomaré ya no desde los movidos años 80's, las letras de Jorge González y el Boletín de la Sociedad, sino desde el contexto actual de la arqueología chilena con tal de quitarle un poco de particularismo a la discusión y tomar una perspectiva histórica comparada. Da la impresión que este mismo afán por establecer fronteras disciplinares ha desembocado en el actual escenario de híper especialización al interior de la arqueología, creando diversas ramas ordenadas y separadas por saberes técnicos acerca de distintas materialidades, disolviendo visiones integradoras, heurísticas y totales del conocimiento sobre las sociedades (San Francisco y Solar 2008). Lo que hace 30 años fue escindir las humanidades y ciencias sociales, hoy es el desmembramiento de la propia arqueología. Éste último y contingente fenómeno podríamos definirlo como el modelo fordiano de producción dentro de nuestro qué hacer científico. Hoy universidades e institutos buscan litigueros, malacólogos y arqueobotánicos, cada uno distinto del otro, con un cúmulo de saberes propios y metodologías particulares, separados y con definiciones personales, campos de acción social específicos donde no participa cualquiera y hay cada vez menos mestizaje. Y tal como queda estampado en sus insignias y emblemas, son sub campos dirigidos a una categoría de materiales demostrando el alejamiento de lo social y humano que vive nuestra arqueología, encaminada cada vez más hacia el objeto de estudio. Nuevamente la idea de la fetichización del objeto (de estudio), olvidándose de las relaciones sociales que le dieron forma ¿Dónde están las personas? ¿No es a ellas y sus relaciones a quienes buscamos conocer? ¿No había hace ya siete décadas²⁰ consenso de que era una Arqueología Social? ¿Hay arqueología social?

Esta es una de las razones por las cuales mi ensayo fue dirigido inicialmente a estos cinco comentaristas: ninguno de ellos es híper especialista. Ejercicio que no realicé porque crea que sólo con ellos puedo conversar este tema, al contrario, sino para usarlos como insumo en mi punto de reflexión histórica y teórica frente a los lectores de hoy y mañana. Aunque algunos de los comentaristas crean que se trató de un ataque personal o un ensayo anacrónico dirigido a ellos, que no los ciegue el ego, ya que mi esfuerzo siempre fue orientado a los lectores y a abrir el debate en una arqueología cada vez más técnica y especializada, embriagada en su materialidad, despreocupada por la sociedad y la cultura, sin discusiones y cegada por los datos. Una arqueología que se escinde y va diferenciado internamente apoyada por un aparato lógico que recalca ahora el valor de la especialización, del análisis técnico, el delantal blanco y la consolidación de “*nuevas fronteras de la arqueología*”. Intenté con esto revivir los grandes debates acompañados de la crítica franca y abierta, nuevamente (Cornejo 1993; Mena 1992).

Pero este proceso de híper especialización se gestó también dentro de nuevas condiciones históricas. Como bien nos lo recuerdan algunos comentaristas, hoy tenemos los Estudios de Impacto Ambiental, con ellos nuevas instituciones (empresas ambientales, o como algunos prefieren llamarles,

20 Las cuatro décadas mencionadas por Berenguer en su primer artículo (1986a), junto a las otras tres que han pasado luego de su publicación hasta la actualidad. También lo destacan otros de nuestros comentaristas en Cornejo y colaboradores 1985.

consultoras) y otra estructura social en la que actúa la arqueología junto a ciertas ciencias sociales (SEIA). Sin lugar a dudas esta alta demanda por informes y estudios técnicos desde las empresas ha avivado el florecimiento de divisiones internas, sub especializaciones y expertos en materiales. El modelo fordiano hace mucho más eficiente y enajenada la producción intelectual, perfecto para el sistema económico en el que funcionamos. Pero cuidado, que la práctica de los estudios de Impacto Ambiental es transversal en el área, incluyendo hasta a nuestros Premios Nacionales junto a académicos de las mejores y más tradicionales Universidades del país. Por eso no creo que el impacto ambiental sea malo en sí mismo, en términos esencialistas, sino cuando funciona fuera de los objetivos básicos de nuestra disciplina como ciencia social. El problema está en cómo lo hemos canalizado, cuál es nuestro compromiso y con qué fin lo realizamos. Con empresarios y consultoras dentro de algunas universidades, a merced de la demanda del mercado laboral ¿hacia dónde y para qué estamos formando a los nuevos arqueólogos? ¿Por qué los estamos sobre especializando ya en su proceso de formación universitaria? ¿Por qué arrebatarnos la visión holística y construir técnicos? ¿Cómo ayuda esto al modelo fordiano? ¿Qué hay detrás de estos procesos de formación de arqueólogos en el presente? ¿Haremos una crítica a cómo hacemos arqueología?

Con eso en mente, aclaro que no aspiro a que mi reflexión sea compartida por todos. Al contrario, nace de condiciones y experiencias muy particulares en mí quehacer como arqueólogo, de los temas y la forma en que los trabajo día a día, y en el medio que me desenvuelvo. Es en ese quehacer donde he visto las trabas, donde me estorban los muros, donde censuran los límites. Donde en las universidades huelo más un aire a faena de montaje de carrocerías de autos americanos que a libros antiguos y madera vieja de una gran biblioteca. Donde no producir al son de la especialización fordiana o fuera de tu cubículo temático de trabajo te hace bicho raro, retrógrado y hasta poco científico gracias a todo un aparataje ideológico montado que dice que la ciencia es igual a métodos sofisticados, encerrarse en un laboratorio y usar palabras que nadie más entiende. Un equipaje de reglas y normas que te hace andar pesado cuando uno sólo quiere andar liviano, sin estar atado a nada, como diría Charly para volver a las voces críticas de los 80's.

Por eso aclaro, evidente que nuestra arqueología se enmarca en un contexto histórico, por esa misma razón me planteé un ensayo sobre los intereses y preocupaciones de la arqueología de la década de los 80's y lo contrapuse con una de las canciones icónicas y tal vez más escuchadas de aquellos años, todo desde restos materiales (revistas y CD). Porque creo que aunque inserta en una realidad cívica nacional, las ciencias seguían un senda propia en su construcción luego del quiebre del '73 y las condiciones que impuso la dictadura. Buscaban ordenarse y establecerse dentro de los parámetros del nuevo sistema post remezón, no librarse de él. Y no lo hacían en un sentido maquiavélico o de aprovechamiento consciente –por eso el ensayo nunca fue un ataque personalista, como lo quisieron ver algunos comentaristas sea para justificarse o por mutua incompreensión–, sino sujeto a las condiciones que imponían esas estructuras inmanentes poco visibles y camufladas por las apariencias. Y esto lo aclaro como reflexión histórica, uno de los fines de mi ensayo, ya que tal vez así podemos superar las historiografías formales de la Arqueología Chilena (Carrión *et al.* 2015; Cornejo 1997; Núñez 2001; Núñez y Mena 1994; Orellana 1982, 1993, 1996). No estudiar solamente aquellas etapas arcaicas para reflexionar también sobre nuestro propio pasado reciente, hasta inmediato, el que nos trajo al presente (Troncoso *et al.* 2008; VV.AA. 1996). Busqué ensayar sobre el *espíritu de la arqueología de los años 80's*,²¹ con sus protagonistas individuales e institucionales, las relaciones que los vinculaban, sus reuniones a discutir, con la revista de moda y los temas en boga. Finalmente en estas últimas páginas aproveché además de mostrar brevemente parte de su desenlace,

21 Sin lugar a dudas me centré en sólo una cara del espíritu, aquella que busco poner en la mesa para discutir.

siguiendo con el tema de las fronteras y límites en la arqueología de hoy, en nuestro escenario actual, donde el modelo fordiano se instauró tan fuerte que no solo quebró las ciencias sociales y humanidades, sino también el seno de nuestra propia arqueología que aún en los años 80's mostraba cierta unidad e integridad. Cómo cambian las cosas. Demás está decir dentro de qué contextos socio-históricos el modelo fordiano es funcional, eso es por todos conocidos, nuestra crítica debiera ser hasta qué punto aceptaremos que esculpa hasta lo más íntimo de nuestras prácticas, relaciones y pasiones, en este caso aquellas ancladas a la arqueología.

Suelo escuchar a colegas decir que simplemente así funciona la arqueología hoy y nada se puede hacer, sólo adaptarse y ubicarse en el medio. Luego el sistema lógico justifica las decisiones. Me pregunto dónde queda la crítica a nuestro quehacer y sociedad, más aún el deseo por transformarlos y el ímpetu por el cambio social ¿Debe ser necesariamente así, o más bien nos acomoda por las plazas y beneficios que nos otorga? ¿Dónde queda la Arqueología Social? Otros ya más consagrados proponen que sólo desde dentro de la academia se pueden hacer reales cambios de su estructura, por lo que hay que comenzar peleando por una plaza e insertarse. ¿Eso significa que para cambiar la sociedad hay que ser político? ¿Que sólo desde arriba se puede mostrar interés, opinión y hacer la crítica? Yo creo que no, que este campo es transversal y civil, de todos y con las herramientas que tengamos en nuestras manos.

Como intelectuales de las ciencias sociales debiéramos dar el ejemplo entregando dichas herramientas. La primera conferencia abierta a todo público dictada por Claude Lévi-Strauss (2016) en París se tituló “*Una ciencia revolucionaria: la etnografía*”, dictada frente a la Confederación General del Trabajo de Francia en 1937. En palabras sencillas el antropólogo francés explicaba que gracias a la etnografía es posible hacer el distanciamiento necesario de la vida propia hacia realidades distintas, la del otro, para desde ahí observarse fuera de sí y lograr hacer la crítica de lo que somos como sociedad. Por eso la define como una herramienta de la revolución. Pero en la presentación continúa aclarando, “*se habla de antropología, de etnología, de etnografía. Pero yo no buscaría tan minuciosamente entre las distinciones de estos términos*”, porque lo que hay de revolucionarios tras ellas es ser todas “*las ciencias del otro*”²², temporal y espacialmente hablando, ya que permiten mostrarnos que la realidad en la que vivimos no es la única posible, que hay sendas distintas y alternativas, rutas paralelas y otras elecciones, que existe la agencia individual y colectiva en el modelamiento del ser. Lo que vivimos es una construcción histórica, así dicho, también reconstruible. Y es en su posición de ciencia que puede quebrar con la idea errada de que otras formas de existencia son utópicas, ya que ejemplifica alternativas con hechos reales en sociedades históricas concretas, no ideas de una novela de ficción. Hacer un breve balance de la historia de nuestra arqueología muestra cómo ha ido cambiando, en qué contextos y cuáles fueron los principales motivos, entonces ¿Cómo no creer en otra arqueología para el presente y el futuro, en poder cambiarla, llevarla hoy al margen del modelo fordiano para volver a integrarla al resto de las ciencias sociales y humanidades, devolverse ese discurso sobre lo humano? ¿Por qué no querer una arqueología menos enajenada, con los ojos puestos en las personas y sus relaciones, no en el fetiche del objeto o la basura, menos instrumentalizada para tener un espacio en la academia o en lo laboral, y más comprometida con el conocimiento como insumo para el presente? No puedo sino volver a corear a Jorge González y las voces de los 80's, “*seremos fuerza, seremos cambio / no te conformes con mirar / en los '80 tu rol es estelar / tienes la fuerza eres actor principal*”. Hoy también, y quebrar esas fronteras es poner en jaque la estructura que sostienen.

22 El otro en términos de realidades, no del ser desvinculado del nosotros (Sepúlveda 2011).

Agradecimientos. Al Editor Roberto Campbell por recibir el manuscrito y permitir reabrir el histórico y necesario espacio de debate del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología, Tribuna perdida desde el año 2001. A cuatro de los cinco comentaristas por su disposición a participar en el debate. Me excuso de no hacerme cargo de cada uno de sus comentarios personales, y aunque debo admitir que me picaron los dedos por responder algunos más que otros, guardé distancia privilegiando no distraerme del foco de la discusión, pensando más en el fino hilo que debía seguir el lector que en endulzar el sabroso drama relacional de la telenovela. Para esto último tendremos tiempo.

Ojala no deba esperar 30 años por réplicas como lo hicieron los comentaristas. En mi caso la idea nunca fue sentar bases temáticas o zanjar discusiones, al contrario, abrir el debate sobre la arqueología pasada, presente y también futura con los lectores, como un lector más.

Finalmente a mis queridos Alex, Jairo y Marcela.

Referencias Citadas

- Abramiuk, M. 2012. *The foundations of cognitive archaeology*. MIT Press, Cambridge.
- Ballester, B. 2016. No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 46:97-103.
- Arqueología y Ciencia: Primeras jornadas*. 1983. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Bate, L. 1978. *Sociedad, formación económico social y cultura*. Ediciones Cultura Popular, México.
- Bate, L. 1992. “Del registro estático al pasado dinámico”: entre un salto mortal y un milagro dialéctico. *Boletín de Antropología Americana* 26:49-67.
- Bate, L. 1998. *El proceso de investigación en arqueología*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Bauman, Z. 2015a. *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Bauman, Z. 2015b. *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Tusquets Editores, Buenos Aires.
- Berenguer, J. 1983. Redefiniendo la arqueología. En *Arqueología y ciencia: Primeras jornadas*, pp. 103-126. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.
- Berenguer, J. 1986a. Nuevas fronteras de la Arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 4:11-15.
- Berenguer, J. 1986b. Nuevas fronteras de la arqueología: Réplica a Cornejo, Gallardo y Núñez. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 5:12-15.
- Berenguer, J. 1996. New York, New York: los últimos días del milenio en la arqueología chilena. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 23: 38-41.
- Berenguer, J. 1998. La iconografía del poder en Tiwanaku y su rol en la integración de zonas de frontera. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 7:19-37.
- Berenguer, J. 2015. Generación de los 70s. Pensando la arqueología en Punta de Tralca, 1993 - 2013: Temas dominantes / temas emergentes. *Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y la Sociedad Chilena de Arqueología: 50 años, ayer y hoy*, pp. 143-149. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología número 5. Instituto de Arqueología y Antropología de la Universidad Católica del Norte, Santiago de Chile.
- Berenguer, J. y A. Torres. 2011. *Compartiendo memoria: 30 años del Museo Chileno de Arte Precolombino*. Museo Chileno de Arte Precolombino / Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Santiago de Chile.
- Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología. 1996. XXX Aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología. *Jornadas de Reflexión* Número Especial:1-47

- Bourdieu, P. 1997 (1994). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- Cáceres, I. 2011. *Detenidos desaparecidos en Chile: arqueología de la muerte negada*. Memoria para optar al título de arqueólogo, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Carrasco, C., I. Cáceres, K. Jensen y J. Berenguer. 2003. Excavaciones arqueológicas en el Fuerte Arteaga, Comuna de Colina, Región Metropolitana: Exhumación de un caso de detenido desaparecido. *Actas del IV Congreso Chileno de Antropología*, Tomo I, pp. 630-632. Colegio de Antropólogos de Chile, A. G., Santiago de Chile.
- Carrión, H., C. Dávila, A. Delgado, N. Fuenzalida, P. Kelly, F. Moya, S. Rebolledo, S. Sierralta, J. Sepúlveda y C. González. 2015. Evaluación de la Arqueología Social en Chile: desarrollo histórico y revisión crítica del proyecto disciplinar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45:95-114.
- Childe, G. 2004[1947]. Archaeology as a social science. En *Foundations of Social Archaeology. Selected Writings of V. Gordon Childe*, editado por T. Patterson y C. Orser, pp. 81-91. Altamira Press, USA.
- Clifford, J. 1995. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Editorial Gedisa, España.
- Copans, J., S. Tornay, M. Godelier y C. Backés-Clement. 1971. *L'Anthropologie: Science des Sociétés Primitives?* Editions Le Point de la Question, Paris.
- Cornejo, L. 1986. ¿Nuevas fronteras de la arqueología? *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 5:9-10.
- Cornejo, L. 1993. Arqueología, museos y sociedad: un espacio para utopías. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17:51-53.
- Cornejo, L. 1997. Buscadores del pasado. Una breve historia de la Arqueología Chilena. En *Chile antes de Chile, Prehistoria*, pp. 9-16. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Cornejo, L. 2010. Arcaico u Holoceno: Historia natural o Historia cultural. *Revista Werken* 13:85-90.
- Cornejo, L. 2016. La fuerza de gravedad: Comentario a “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después” de Benjamín Ballester. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:106-107.
- Cornejo, L., F. Gallardo y L. Suárez. 1985. La arqueología de asentamiento y la reconstrucción etnográfica. Perspectivas de investigación. *I Congreso Chileno de Antropología*, pp. 334-355. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.
- Deleuze, G. y F. Guattari. 2002. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos, Valencia.
- Durkheim, E. y M. Mauss. 1996[1902-1903]. *Sobre algunas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas*. Ariel, Barcelona.
- Engels, F. 1972[1884]. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Quimantú, Santiago.
- Flannery, K.V. 1982. The golden marshalltown: a parable for the archaeology of the 1980's. *American Anthropologist* 84(2):265-178
- Flannery, K.V. y J. Marcus. 1996. Cognitive archaeology. En *Contemporary archaeology in theory, a reader*, editado por R. Preucel e I. Hodder, pp. 350-363. Blackwell Publishers, Oxford.
- Fuenzalida, H. 1944. Don Ricardo Latcham. Recuerdos y referencias. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 104:50-101.
- Gallardo, F. 1983. Arqueología, ¿una Ciencia Social? *Arqueología y ciencia: Primeras jornadas*, pp. 99-102. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.
- Gallardo, F. 1986. Precisando fronteras. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 5:11-12.
- Gallardo, F. 1992. ¿La arqueología es criticable o discutible? *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 14:19-21.

- Gallardo, F. 1994. ¡Al fin! Todos somos posmodernos. La cultura material como paradigma de lo cotidiano. *Mapocho* 35:193-199.
- Gallardo, F. 1995a. "Las nuevas escrituras" y las fronteras de la muerte. *Mapocho* 37:135-138.
- Gallardo, F. 1995b. El naufragio y la esperanza: una arqueología poética de la casa Neruda de Isla Negra. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21:37-40.
- Gallardo, F., V. Castro y P. Miranda. 1990. Jinetes sagrados en el desierto de Atacama: un estudio de arte rupestre andino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 4:27-56.
- Gallardo, F., V. Castro y P. Miranda. 1999. Riders on the storm: rock art in the Atacama Desert (Northern Chile). *World Archaeology* 31(2):225-242.
- Gallardo, F., L. Suárez y L. Cornejo (eds.). 1987. *Segundas Jornadas de Arqueología y Ciencia*. Museo Nacional de Historia Natural. Santiago.
- Godelier, M., K. Marx y F. Engels. 1969. *El modo de producción asiático*. Ediciones Martínez Roca S.A., Barcelona.
- Goody, J. 1998. *El hombre, la escritura y la muerte*. Ediciones Península, Barcelona.
- González-Ruibal, A. 2016. Ethnoarchaeology or simply archaeology? *World Archaeology*: DOI: 10.1080/00438243.2016.1209125
- Hamilakis, Y. 2011. Archaeological ethnography: A multi-temporal meeting ground for archaeology and anthropology. *Annual Review of Anthropology* 40:399-414.
- Hamilakis, Y. 2016. Decolonial archaeologies: from ethnoarchaeology to archaeological ethnography. *World Archaeology*: DOI: 10.1080/00438243.2016.1209783
- Harrison, G., W. Rathje y W. Hughes. 1975. Food waste behavior in an urban population. *Journal of Nutrition Education* 7(1):13- 16.
- Harrison, G., W. Rathje, C. Ritenbaugh, W. Hughes y E. Ho. 1983. *The food loss project: methodologies for estimating household food losses*. Final Report to the Consumer Nutrition Division, United States Department of Agriculture., Washington, D.C. Manuscrito.
- Kamash, Z. 2011. Archaeology as a bridge between sciences, social sciences and humanities, 33rd Annual Conference of the Theoretical Archaeology Group (TAG), Oxford University.
- Kosik, K. 1967. *Dialéctica de lo concreto*. Editorial Grijalbo, México.
- Landaeta, R. 2008. Centros de tortura en Chile 1973-1990: aproximaciones hacia una arqueología del horror. El caso de Londres 38. En *Ayer en discusión: temas clave de historia contemporánea hoy*, editado por E. Nicolás y C. González. Universidad de Murcia, Murcia. www.ahistcon.org/PDF/congresos/publicaciones/Murcia.pdf (15 julio 2016)
- Lévi-Straus, C. 1965. *El totemismo en la actualidad*. Brevarios del Fondo de Cultura Económica, México.
- Lévi-Strauss, C. 2016. Une science révolutionnaire: l'ethnographie. En *Claude Lévi-Strauss. De Montaigne à Montaigne*, editado por E. Désveaux, pp. 33-62. Editions EHESS, Paris.
- Linton, R. 1924. Totemism and the A. E. F. *American Anthropologist* 26(2):296-300.
- Lumbreras, L. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Hístar, Lima.
- Marcus, J. y K.V. Flannery. 1994. Ancient Zapotec ritual and religion: An application of the direct historical approach. En *The ancient mind, elements of cognitive Archaeology*, editado por C. Renfrew y E.W. Zubrow, pp. 55-74. Cambridge University Press, Cambridge.
- Marx, K. 2002. *El capital: el proceso de circulación del capital*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Marx, K. 2007[1857-1858]. *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse)*. Siglo XXI Editores, México.
- Marx, K. y E. Hobsbawn. 1982. *Formaciones económicas precapitalistas*. Cuadernos de Pasado y Presente. Siglo XXI Editores, México.

- Mena, F. 1992. Crítica arqueológica y gran público. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 14:17-18.
- Montané, J. 1963. Bibliografía de Ricardo E. Latcham. *Revista Universitaria* 48:263-277.
- Mostny, G. 1969. Ricardo E. Latcham, su vida y su obra. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 30:9-32.
- Nuevo Delaunay, A., J. Letelier y R. Quiroz. 2015. Espacios Ahumados. Arqueología de las prácticas de consumo de tabaco en áreas verdes de Santiago centro. Ponencia presentada en el *V Encuentro de Arqueología del Centro Chile/Argentina*. 25 a 27 de noviembre de 2015. Universidad Alberto Hurtado, Santiago..
- Núñez, L. 1986. Carta - Comentario al ensayo: “nuevas fronteras de la Arqueología” de José Berenguer. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 5:9.
- Núñez, L. 2001. Chile. En *Encyclopedia of archaeology: History and discoveries*, editado por T. Murray, pp. 301-316. ABC-CLIO Inc., Santa Bárbara.
- Núñez, L. y F. Mena 1994. Chilean archaeology today: an evaluation. *Bulletin of the Society for American Archaeology* 12(1):6-8.
- Orellana, M. 1982. *Investigaciones y teorías en la arqueología de Chile*. Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, Santiago.
- Orellana, M. 1993. 30 años de docencia universitaria en la disciplina arqueológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 17:26-29.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la Arqueología en Chile*. Bravo y Allende Editores, Santiago.
- Rathje, W. 1974. *No cash for these cans: All-aluminum can discard in household garbage, Tucson, Arizona*. A Report Prepared for Alcoa Aluminum. Manuscrito.
- Rathje, W. 1996. The archaeology of us. En *Encyclopaedia britannica's yearbook of science and the future—1997*, editado por C. Ciegelski, pp.158-177. Encyclopaedia Britannica, New York.
- Rathje, W. y E. Ho. 1987. Meat fat madness: Conflicting patterns of meat fat consumption and their public health implications. *Journal of the American Dietetic Association* 87(10):1357-1362.
- Rivera, M.A. 1987a. Pensamientos en torno a la Antropología en la Universidad de Tarapacá. *Chungará* 18:195-198.
- Rivera, M.A. 1987b. Comentarios acerca de las llamadas fronteras de la Arqueología: una consideración de las nuevas corrientes teóricas de la Antropología. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología* 6:7-11
- San Francisco, A. y C. Solar. 2008. Un comentario sobre las sociedades y las teorías: la tipologización de su relación en la arqueología chilena. Ponencia presentada en el *II Taller de Teoría Arqueológica en Chile, Reflexionando en Relación a Nuestro Quehacer Disciplinario*. 11 al 14 de Noviembre de 2008, San Pedro de Atacama.
- Segura, T. 2016. Entrevista a Alfredo Jocelyn-Holt: ‘En las humanidades ha sido nefasto el efecto’. Reportaje La tiranía de las publicaciones académicas. *Tendencias, La Tercera*, sábado 23 de enero de 2016.
- Sepúlveda, J. 2011. Entre la arqueología del otro y la historia. Horizontes políticos para el conocimiento arqueológico. En *Teoría Arqueológica en Chile. Reflexionando en torno a Nuestro quehacer disciplinario*, editado por P. Ayala y F. Vilches, pp. 72-88. IIAM UCN, San Pedro de Atacama.
- Shanks, M., D. Platt y W. Rathje. 2004. The perfume of garbage: Modernity and the archaeological. *Modernism/modernity* 11(1):61-83.

- Tapia Ladino, M. y A. González Gil. 2014. Presentación. Fronteras, regiones fronterizas y migraciones. Entre apertura, integración y cierre. En *Regiones fronterizas. Migración y los desafíos para los Estados nacionales latinoamericanos*, editado por M. Tapia Ladino y A. González Gil, pp. 17-39. RIL Editores, Santiago.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, Estado y Sociedad: retrospectiva crítica de la Arqueología Chilena. *Arqueología Suramericana* 4(2):122-145.
- Van Wiejen, D. y A. Plume. 2014. ¿Publicar o perecer? El aumento del autor fraccionario...-Publicado originalmente en la newsletter Elsevier “Research Trend Issue 38”. <http://blog.scielo.org/es/2014/publicar-o-perecer-el-aumento-del-autor-fraccionario-publicado-originalmente-en-la-newsletter-elsevier-research--trends-issue-38/> (15 julio 2016).
- Varela, F. 1999. *Dormir, soñar, morir. Nuevas conversaciones con el Dalai Lama*. Dolmen Ediciones, Santiago.
- Vilches, F., L. Sanhueza y C. Garrido. 2014a. Arquitectura de remeseros en San Pedro de Atacama. *ARQ* 88:76-85.
- Vilches, F., L. Sanhueza, C. Garrido, C. Sanhueza y U. Cárdenas. 2014b. La minería de la sal durante el siglo XX en San Pedro de Atacama, Chile (II Región): entre la explotación artesanal y la industrialización. *Estudios Atacameños* 48:209-228.
- Wiley, G. y P. Phillips. 1958. *Method and theory in american archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.
- Wolf, E. 1964. *Anthropology*. Prentice Hall, Englewood Cliffs.
- Wolf, E. 1980. They divide and subdivide, and call it Anthropology. *New York Times*, Nov 30, P. E9

Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología

El Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología es una publicación anual fundada en 1984 y editada por la Sociedad Chilena de Arqueología. Tiene como propósito la difusión de avances, resultados, reflexiones y discusiones relativos a la investigación arqueológica nacional y de zonas aledañas. Las opiniones vertidas en este Boletín son de exclusiva responsabilidad de quienes las emiten y no representan necesariamente el pensamiento de la Sociedad Chilena de Arqueología.

Las contribuciones enviadas serán revisadas por el Editor y al menos dos evaluadores anónimos, quienes velarán por la pertinencia y calidad del trabajo y sugerirán su publicación con modificaciones menores o mayores o su rechazo.

Los trabajos pueden enviarse en cualquier momento del año.

Las versiones finales de los trabajos aceptados serán publicadas según se desarrolle el proceso editorial de los mismos.

Instrucciones a los autores

1. Las contribuciones de los autores deben ser originales y no estar en proceso de consideración en otra revista. Su recepción no garantiza su publicación, ya que luego del proceso de evaluación, el comité editorial podrá solicitar cambios tanto de contenido como formales a sus autores, o bien rechazar la publicación del mismo.

2. Los manuscritos deben dirigirse al Editor del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología: schaboletin@gmail.com.

3. El texto completo deberá estar escrito en letra Times New Roman tamaño 12, en formato .doc o .docx.

4. La extensión máxima de los textos, en página tamaño carta e incluyendo todas sus secciones, notas, tablas, figuras y referencias citadas será de 25 páginas.

5. El texto completo deberá presentarse con interlineado simple y justificado.

6. Los márgenes izquierdo y derecho serán de 2,5 cm, mientras que los márgenes inferior y superior serán de 3 cm.

7. Los párrafos no deberán tener sangría.

8. El texto deberá contener obligatoriamente las siguientes secciones en el orden mencionado:

- a) Título principal.
- b) Nombre del o los autores.
- c) Resumen en español (5 a 10 líneas)
- d) Palabras clave en español (máximo 5).
- e) *Abstract* en inglés (5 a 10 líneas).
- f) *Keywords* en inglés (máximo 5).

- g) Texto.
- h) Agradecimientos (opcional).
- i) Referencias citadas.
- j) Listado de Tablas y sus leyendas.
- k) Listado de Figuras y sus leyendas.

9. El título principal se presentará centrado, escrito en minúscula y negrita. No podrá contener notas de ningún tipo.

10. El nombre del o los autores irá en minúsculas y centrado. En nota al pie de la primera página, deberá presentarse en el siguiente orden: filiación institucional y dirección electrónica.

11. El Resumen se titulará con minúscula, centrado y en negrita. A continuación se presentarán las Palabras Clave en minúscula y alineadas a la izquierda.

12. El *Abstract* se titulará con minúscula, centrado y en negrita. A continuación se presentarán las *Keywords* en minúscula y alineadas a la izquierda.

13. El texto se iniciará sin la palabra Introducción.

14. A lo largo del texto los títulos primarios deberán ser escritos en minúscula, negrita y centrados. Los títulos secundarios deberán ser escritos en minúscula, normal y alineados a la izquierda. Los títulos terciarios deberán ser escritos en minúscula, cursiva y alineados a la izquierda.

15. Los Agradecimientos se presentarán al finalizar el texto y antes de iniciar las Referencias Citadas. Se consignará el término Agradecimientos en minúscula, cursiva y alineado a la izquierda. A continuación y en la misma línea, separados por un punto, se anotarán los reconocimientos que el autor estime. En esta sección corresponde indicar los créditos a las fuentes de financiamiento correspondientes.

16. Se presentará como notas toda aquella información adicional relevante al texto y que no pueda ser incluida en el mismo. Las notas serán todas a pie de página y deberán numerarse correlativamente con números arábigos (1,2,3.). La nota 1 corresponderá a la filiación institucional y dirección electrónica del primer autor.

17. Las citas textuales de más de tres líneas se indicarán entre comillas, separadas del texto y en cursiva.

18. Las tablas y figuras se indicarán en el texto entre paréntesis, con letra minúscula y normal, por ejemplo: (Tabla 1), (Figura 3). Deberán ser numeradas en el orden en que aparecen en el texto. Deberá adjuntarse un listado de Tablas y Figuras en formato .doc o .docx con las respectivas leyendas.

19. Las tablas podrán presentarse como archivos separados del texto en formato .doc, .docx, .xls o .xlsx, o presentarse insertas en el texto mismo, en cuyo caso no deberá ser como imagen.

20. Las figuras comprenden fotografías, dibujos y mapas. Estas deberán presentarse en archivos separados del texto, en escala de grises, en formato JPG, TIF, BMP o PNG, con una calidad no inferior a 300 dpi y un tamaño no mayor a 18 x 14 cm.

21. Las citas en el texto se señalarán en paréntesis, minúscula y normal. El autor o autores y el año de publicación no deberán separarse con coma. En una cita que contenga más de una referencia, éstas se ordenarán alfabéticamente y separadas con punto y coma. La expresión *et al.* (siempre en cursiva) se utilizará para referencias que tengan más de dos autores. Referencias que tengan el mismo autor o autores en el mismo año se las distinguirá con las letras a, b, c, etc. Los trabajos en prensa o manuscritos se indicaran en el texto sólo refiriendo al año y sin siglas como Ms.

Por ejemplo: (Castro *et al.* 2001; Hocquenghem y Peña 1994; Llagostera 1979, 1982; Méndez 2012a, 2012b; Suárez 1981).

22. Los números cardinales serán referidos con palabras si el valor es inferior a nueve, por ejemplo: cuatro cuchillos. Si el valor es superior a nueve, se lo referirá con números, por ejemplo: 58 vasijas; excepto al inicio de un enunciado, por ejemplo: “Cincuenta y ocho vasijas ...”.

23. Los fechados radiocarbónicos que se publiquen por primera vez siempre se deben señalar en años a.p. sin calibrar, indicando la fecha con un rango de error (sigma), el código de laboratorio y número de muestra, el material fechado y el valor $\delta^{13}\text{C}$ de estar disponible. Por ejemplo: 1954 $\pm$ 56 a.p., UB 24523, semillas de *Chenopodium quinoa*, $\delta^{13}\text{C} = -27,9 \text{ ‰}$

Para los fechados radiocarbónicos calibrados se debe indicar tal condición, la cantidad de sigmas (1 o 2) empleados y el programa y curva de calibración utilizados; se puede informar también la probabilidad de los rangos de edad entregados. Por ejemplo: 48 cal. a.C.-3 cal. d.C. ($p = 0.105$) y 10-222 d.C. ($p = 0.895$) (calibrado a 2 sigmas con el programa CALIB 7.1 [Stuiver *et al.* 2005] y la curva SHCal13 [Hogg *et al.* 2013])

24. Los fechados de termoluminiscencia que se publiquen por primera vez siempre se deben señalar en años calendáricos (a.C., d.C.), indicando la fecha con un rango de error (sigma), el código de laboratorio y número de muestra, el material fechado y el año base utilizado. Por ejemplo: 430 $\pm$ 130 d.C., UCTL 1537, cerámica, año base 1990.

25. La sección de bibliografía se titulará Referencias Citadas, en minúscula, negrita y centrado. Las referencias serán ordenadas alfabéticamente por apellido y en forma cronológica ascendente para cada autor. La información de cada referencia será dispuesta en el siguiente orden: autor(es), año, título, imprenta, lugar de publicación. Los autores deberán ir en minúscula. Se deberá consignar solamente las iniciales de los nombres de los autores; cuando haya más de un autor, solamente para el primero deberá aparecer el apellido antes que el nombre. A continuación y en la misma línea, separados por un punto, se indicará el año, título del trabajo y el resto de las referencias. Sólo la primera letra del título deberá ir en mayúscula. El título de la revista, libro o monografía deberá aparecer en cursiva. Todos los artículos de revista o capítulos de libro deben anotar los números de página correspondientes.

Ejemplos:

- Libro:

Binford, L. 1981. *Bones: ancient men and modern myths*. Academic Press, New York.

-Libro editado, compilado o coordinado:

Se indicará al autor o autores como “(ed.)”, “(comp.)” o “(coord.)”, respectivamente y según corresponda.

Flannery, K. (ed.) 1976. *The Early Mesoamerican Village*. Academic Press, New York.

- Artículo en revista:

Legoupil, D., C. Lefèvre, M. San Román y J. Torres. 2011. Estrategias de subsistencia de cazadores recolectores de Isla Dawson (Estrecho de Magallanes) durante la segunda mitad del Holoceno: primeras aproximaciones. *Magallania* 39(2):153-164.

- Capítulo en libro:

Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer. 1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande de Chile (1000 a 1400 d.C.). En *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 181-220. Editorial Andrés Bello, Santiago.

- Actas de Congreso como volumen propio:

Dillehay, T. y A. Gordon. 1979. El simbolismo en el ornitomorfismo mapuche: La mujer casada y el “ketru metawe”. *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Volumen I, pp. 303-316. Editorial Kultrún, Santiago.

- Actas de Congreso como parte de una publicación periódica:

Núñez, P. 2004. Arqueología y cambio social: Una visión de género y materialismo histórico para el Norte de Chile. *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena / Chungara Revista de Antropología Chilena* 36 Volumen Especial, Tomo I, pp. 441-451. Universidad de Tarapacá, Arica.

- Memorias, Tesis o Disertaciones de grado o título:

Artigas, D. 2002. *El sueño esculpido: arte rupestre y memoria del mito en el valle de Canelillo, Provincia de Choapa*. Memoria para optar al Título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

- Manuscritos en prensa:

Se indicará de acuerdo a la categoría correspondiente (libro, artículo en revista, capítulo en libro u otro), para finalizar con el término En prensa.

Sanhueza, J. 2005. Registro de un cementerio del periodo Formativo en el oasis de Pica (Desierto de Tarapacá). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*. En Prensa.

- Manuscrito inédito:

Se indicará su institución depositaria y su condición de manuscrito.

Gaete, N. 2000. *Salvataje Sitio 10 PM 014 “Monumento Nacional Conchal Piedra Azul”*. Informe Segunda Etapa. Volumen 3. Archivo Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago. Manuscrito.

- Sitios o Documentos WEB:

Se indicará de acuerdo a la categoría correspondiente (libro, artículo en revista, capítulo en libro u otro), señalando la fecha de consulta más reciente.

Stuiver, M., P. Reimer y R. Reimer. 2005. CALIB 5.0. [WWW program and documentation]. <http://intcal.qub.ac.uk/calib/manual/index> (1 agosto 2015).

Índice

NUEVOS DATOS EN TORNO A LA OCUPACIÓN ALFARERA DE CUCHIPUY, CHILE CENTRAL Pablo Arenas, Johanna Jara, Javiera Bastías y Donald Jackson	7
SISTEMAS AGROHIDRÁULICOS EN EL LOA SUPERIOR: EL CASO DE TOPAÍN César Parcero-Oubiña, Pastor Fábrega-Álvarez, Andrés Troncoso, Diego Salazar, Frances Hayashida, César Borie y Mariela Pino	23
¿OCUPACIONES TARDÍAS DEL COMPLEJO CULTURAL BATO EN MAITENCILLO? IMPLICANCIAS PARA LA TRAYECTORIA HISTÓRICA DE LAS POBLACIONES DEL LITORAL DE CHILE CENTRAL Diego Salazar, Ignacia Corral, Paulina Corrales, Sebastián Avilés, Antonia Escudero, Daniela Estévez, Carola Flores, Cristobal Oyarzo y Camila Palma	43
INVESTIGACIÓN, CONSERVACIÓN Y EDUCACIÓN PATRIMONIAL COMO COMPENSACIÓN DE DAÑOS EN SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE BAHÍA ILQUE C. Rodrigo Mera, Doina Munita, Ricardo Álvarez, Christian García Riffo y Pablo García Riffo	71
MUSEALIZAR LA PREHISTORIA: PARQUE NATURALIA, QUILPUÉ, REGIÓN DE VALPARAÍSO Gabriela Carmona Sciaraffia	85
TRIBUNA	
NO NECESITAMOS FRONTERAS: COMENTARIOS TRES DÉCADAS DESPUÉS Benjamín Ballester	97
VOLVER A LOS 17, DESPUÉS DE VIVIR UN SIGLO Francisco Gallardo	104
LA FUERZA DE GRAVEDAD: COMENTARIO A “NO NECESITAMOS FRONTERAS: COMENTARIO TRES DÉCADAS DESPUÉS” DE BENJAMÍN BALLESTER Luis Cornejo	106
SENTIR QUE NADA ES IGUAL, PERO QUE TODO ES LO MISMO: DE LO SÓLIDO A LO LÍQUIDO EN LA ARQUEOLOGÍA CHILENA José Berenguer	107
COMENTANDO A BENJAMÍN BALLESTER Mario Rivera	115
NO SOY UN ARCOIRIS Benjamín Ballester	119

